

***MI TIO
VENTURA***

Ernesto Montenegro

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Mi Tío Ventura

A medida que el sol amarillento de estos días de invierno va recortando más y más sus rayos oblicuos a lo largo de la pared, mi tío Ventura, como si fuera la sombra del cuadrante en un reloj solar, va retirando también su silleta de brazos para el fondo del corredor, y ahí se queda, por último, horas de horas ensimismado, afirmando la barbilla en las manos anudadas sobre el puño de su garrote. Sus ojos ciegos, de un azul de mezclilla muy lavada, miran sin pestañear al sol que asoma por encima del tejado de la iglesia; y permanece así por un buen rato, con la mirada fija en lo alto, como en espera de que este calorcillo que le cosquillea la cara venga a fundir las telas que le cubren los ojos. Poco a poco el viejecito se anima; la tibieza de este sol casi primaveral hace que corra más viva la sangre por sus venas nudosas; sus flacas piernas, que se retorcían una en torno de la otra bajo el poncho, comienzan un bailoteo vivaracho, y hasta su bastón parece brincarle entre los dedos, mientras su voz cascada y temblona va salmodiando uno de esos romances picarescos con que entretiene sus horas de vigilia. De tarde en tarde saca su bolsa tabaquera, tuerce un cigarrillo de hoja, y después de encenderlo levanta el fósforo a la altura de los ojos para quedarse embelesado mirando la llamita hasta que le chamusca los dedos.

Viene haciendo esto mismo, según creo, desde que se quedó ciego, cuando era ya hombre maduro, hará cosa de cuarenta años o más. Es una costumbre tan arraigada en él esta de acercarse la llama del fósforo a las niñas de los ojos, que sus dedos han criado una costra encallecida, insensible, al dolor.

—¿Alcanza a ver algo ahora, tío Ventura? ¿Son muchas las ganas de ver que tiene? —le preguntamos todos a una.

—No vislumbro ni así tantito —responde juntando sus gruesas uñas encorvadas. Suspira como entonándose y agrega—: Pero más vale así; me parece que si alcanzara a columbrar siquiera un hilito de luz, me moría de gusto, niños.

Es un tío-abuelo materno que viene a pasar sus temporadas con nosotros. Todos los hombrecitos de la familia nacimos años y años después de que él perdiera la vista, y, sin embargo, siempre nos reconoció de lejos nada más que por la voz, como algo que para él tuviera una fisonomía, estatura, color. A veces, con travesura de muchachos, procurábamos confundirle alterando el tono del habla, pero él nos distinguía a cada uno como bajo un disfraz transparente. Más tarde se quedó algo sordo, “por culpa de un aire colado”, y entonces la mano reemplazó al oído.

Llegamos junto a él en la punta de los pies, por un refinamiento de precaución, y le pasamos la mano. Él la toma con dos dedos solamente, pasa las yemas a lo largo del dorso, hasta la muñeca, y dice un nombre que no yerra jamás. El tacto de esos dedos encallecidos, que no sienten la vecindad de la brasa del fósforo, se ha afinado tal si fuera un instrumento de precisión. A veces la mano que se le ofrece se halla vendada a consecuencia de una descalabrada, y entonces él levanta la suya hasta la cara del recién llegado, y con un solo pase por el ángulo de la mandíbula lo identifica tan claramente como si lo estuviese viendo en un retrato de cuerpo entero. Cuando años más tarde he oído contar de un célebre naturalista que

se jactaba de poder reconstruir un animal antediluviano con que le presentaran el hueso de la quijada, he pensado que el tal nunca llevó a cabo hazaña tan patente como la que velamos realizar a cada rato sin alarde alguno al tío Ventura. Toda la parentela viene a saludarle de este modo; más tarde son los vecinos y aun suelen llegar antiguos conocidos de lugares distantes, a los que no veía desde mucho tiempo, años tal vez.

—¡Ah, éste no puede ser otro que mi don Jesús María, que Dios guarde! — dice muy Úfano apenas tiene al visitante al alcance de sus dedos—. Tantos años sin verle por estos lados. Y ¿qué es de misiá Tomasita, esa gran señora?

— La pobre falta desde el año antepasado, don Bencho

—dice, apagándose la otra voz.

El bueno de Buenaventura Lobo se queda cortado por un momento: un nublado de tristeza le oscurece el semblante y su cabeza se agacha como si también sintiera ese llamado urgente de la tierra. Pero con su natural animoso se repone pronto, y dice, aunque con la voz todavía quebrantada:

—Vaya, que Dios la tenga en su santo reino, señor. Y con lo joven que estaba todavía.

—No tanto, amigo, iba para los sesenta y cuatro, la pobre.

—¿Cómo dice, don Jesús María? (*Con mucha animación.*) Usted la confunde con la hermana de la finada, doña Ceferina, que cumplió los sesenta y tres el 23 de junio, vísperas de San Juan. Pero doña Tomasita no nació hasta el día del Tránsito, después de la Seca, un año, un mes y veinticuatro días más tarde. Desde hoy mismo le voy a rezar un rosario todas las noches.

Se despiden con muchas demostraciones de aprecio. Algo pasa de una mano a otra; pero la del tío Ventura es tan pronta como la otra es discreta. Así es también la memoria del viejo: en el pasado remoto, donde uno esperaría verle ir a tientas, nos señala una fecha certera, precisa, como si el sol

que alumbró la primera mitad de su vida siguiera iluminando los contornos netos de aquellos sucesos. De sus hijos y nietos, y de todos nosotros, él recuerda al punto la fecha, el día de la semana y hasta la hora de nacimiento de cada uno, junto con los acontecimientos locales de la época:

—Fue un 4 de octubre, día de mi padre San Francisco. Pusieron la primera piedra de la capilla ese año. Las heladas fueron muy grandes, hasta noviembre: las viñas quedaron hechas una compasión; pero las sandillas se dieron así de hermosas.

La misma cronología infalible se aplica a algunos objetos, si tal puede llamarse su palo, por ejemplo, que ya era un instrumento dócil bajo su mano mucho antes de que ninguno de nosotros aprendiera a dar paso.

— Me lo trajo del norte un entonado de mi comadre Bernardita (que es también su hermana) el año 82 — dice, acanciando el puño de su bastón, que parece una cabecita calva, cargada de experiencia. Es (dice mi prima que acaba -de salir, de la Escuela Normal) como el apéndice nasal del elefante de Cuvier..., de Cuvier o tal vez de Buffon, que se hubiera aprendido de memoria todos los altibajos del camino y que hasta sospecha dónde hay exceso de humedad. Es, en suma, un palo tan fiel y tan inteligente como un perro, que a veces se irrita por su amo y suele caer de improviso-sobre el imprudente que lo provoca.

Tras una de estas excursiones por el pasado, el tío Ventura y su garrote vuelven a sumirse en un bien ganado reposo, el uno sirviendo de soporte a la barbilla del otro. Pronto sale a relucir la bolsa tabaquera (los bordados de lentejuela, que él no alcanzó a ver, pero que encuentra primorosos, son obra de su nieta Carmen) y el ciego se pone a paladear la hoja picante y aromática del maíz. Su boca desdentada engulle con delicia este manjar de humo que no le exige una trabajosa masticación.

Y mientras la pequeña linterna de su cigarro debe de ir persiguiendo por dentro las imágenes que anidan en los recovecos oscuros de su memoria, nosotros le rodeamos pedigüeños en espera de un chascarro, que sea como un tentempié, hasta el cuento de esta noche. El nos siente en derredor, y tan pronto como ha oído la voz de cada uno, podría señalarnos con su palo y pasar lista al grupo entero. Nosotros le observamos sin cansarnos, con la curiosidad glotona del niño, en tanto que sus ojos entornados parecen perseguir un cabo suelto en la madeja revuelta que deben ser sus recuerdos. Pero no hay tal; todo es mencionarle las primeras palabras de una historia para que el resto corra sin tropiezos, sin una falla, como devanándose de un carretel que rueda cuesta abajo...

*A contar para saber
y saber para contar;
pan y harina pa las Capuchinas;
son poquitas y bailan bien
y se arriman al malambo
como moscas a la miel.
Este es que era...*

No importa cuántas veces le oyera uno esos cuentos —y habría por lo menos un medio centenar de ellos —; cada vez cada frase estará dicha con las mismas palabras, exactamente en el mismo tono, hasta con la mismísima pausa al llegar a cierto punto, en que debíamos intervenir a pesar nuestro con un “¿Y qué pasó entonces?” que le disparábamos de lo alto del círculo de silletas y de pisos donde nos agazapábamos.
—Espérense, niños, que me ha dado una secazón muy grande al pecho.
Alguien se levanta con sigilo, pasa al comedor y vuelve con un vaso lleno hasta el borde. El tío Ventura lo vacía de un so-

lo trago, hace un gesto agrio como si en la obscuridad del comedor hubiesen vaciado por equivocación la botella de vinagre (pero ya sabemos que es su manera de expresar que el mosto, está exquisito) y ahora el cuento prosigue sin contratiempos por un breve espacio. Sólo que el tufillo de la bebida alcanza al fin a los personajes y aun las mismas damas de la Corte dan en reírse con descaro, y el propio Rey comienza a usar palabras malsonantes-, hasta que alguno de los mayores de la familia viene a asomar la cabeza por la puerta que da al corredor con miras de hacer entender moderación a toda esa gente. El tío Ventura oye la reprimenda con una risilla socarrona, refunfuña algo, y de ahí para adelante la narración marcha a tropezones, con los personajes a la desbandada, para morir al fin en un balbuceo estropajoso, mucho antes de que el menor de los tres hermanos haya vencido a la Sierpe y conseguido para él la mano de la Princesa encantada.

Pero justamente hoy el tío Ventura no está con ganas de contar cuentos. Entonando una canción antigua por lo bajo, aparece muy quietecito, con su perfil enjuto, de la papada floja y la color subida, tal un viejo gallo de pelea. Sus ochenta y tantos años están escritos como en pergamino con los caracteres menudos y angulosos de sus arrugas, que le cosen la cara sin privar a la piel de una sana coloración, bajo la cual se deja adivinar la afluencia de una sangre todavía cálida, apenas una impresión fuerte, ya provenga de un bromista pesado, un viejo amigo que llega, o hasta el recuerdo de las mozas de antaño, viene a sacarle de su habitual ensimismamiento. El bigote le cae en hebras finas y tupidas sobre una perilla rala y áspera, mientras que unas guedejas sedosas y muy albas le bajan por detrás de las orejas y rematan en la nuca en una pelusilla tan leve y tan blanca, que da la idea de una espuma de jabón sobre la piel rojiza.

Visto que esta tarde no quiere oír hablar de cuentos, ni siquiera de una broma de Pedro Urdemales o una aventura de

San Pedro cuando salió a correr mundo con Nuestro Señor Jesucristo uno de los chicos regalones quiere saber de boca

del tío Ventura cómo fue que se quedó ciego. La historia la conocemos ya por los mayores y por él mismo, pero oírla una vez más es siempre una experiencia agradable.

—Fue el año 59 —dice el ciego, como si dijera ayer—.

- Nos habían licenciado de la revolución de San Felipe y todavía andaban los ánimos entre acholados y soberbios. Yo era entonces medio lacho, les diré, ¿y no tienta el diablo, pues, -que en la chingana de don Ángel Silva me voy topando con mi vecino Tomás Morán (Dios tenga perdonado al pobrecito), que estaba también con sus copas y comenzaba a bailarle una cueca con muchas guaras a una pollona que yo conocía? Verle y ocurrírseme cobrarle allí mismo unos cuantos cobres que me debía de unas semillas ¿noven que hay días en que uno amanece con toda la mala? Bueno, señor, apenas llegan al fin del primer pie, me cuelo por el medio de la pareja con un vaso de ponche que le ofrecí a mi tiemple, y después de brindar con ella me encaro con el guapo de Morán.

— Vaya, amigo —comienzo así con una risita—, tan bien aperado que lo han de ver con el lazo que anda triendo a los corrones, y ¿no le parece que hubiera sido más bien visto que me pagara la miseria que me debe de cuantuá, vamos a ver?

—Claro que te voy a pagar, zarco entrometió, no más. ¡Al tiro te voy a dar esto a cuenta por lo a tiempo que llegáis! — Y sin más me tira con el vaso que le pasaban para que brindara con la suja aquélla. Me acertó medio a medio de la cara, y el vino o la sangre, y el dolor también, no me dejaron ver más. Tampoco sé lo que pasó después con el llanterío de las mujeres y los retos de los hombres. Cuando me sacaron las vendas, como a las tres semanas, lo más bien que podía distinguir algo con el ojo derecho. Me acuerdo de que todas las noches soñaba que recobraba a vista: qué lindo se veía todo otra vez; después; los mismos colores se me olvi-

daron. Ahora hasta cuando miro al sol llego a ver azul-retinto de lo negro de esta escuridá.

—¿Y cómo fue a quedar ciego del todo? —majaderea uno de los más grandecitos.

El tío Ventura piensa un poco y luego parece escoger entre todas las explicaciones explicaciones la que tiene por más natural:

— Fueron unas gotas que me echó el médico en el ojo bueno. Apenas me cayeron dentro, hasta el tino para andar me parece que lo perdí. Llegué a casa a topetones. “¿Que tienes, Ventura, hombre de Dios?”, me dice la pobrecita de la finá Candelaria, tomándome del brazo y llevándome pa dentro. “Me parece que me he puesto ciego de un repente”, le digo yo. Y del dolor, y de la rabia también, me corrían las lágrimas del ojo quemado.

Los niños nos quedamos mirándolo a la cara, mientras el canturrea por lo bajo como para llamar el sueño. Pero mirándolo bien, uno adviene que los ojos es lo único que está apagado en esa cara de greda bien cocida, y por cuya piel pasan palpitaciones rápidas, como de menudas, descargas eléctricas, En las pupilas mortecinas y sin lustre no hay ya ni claridad ni reflejos. En el ojo izquier4o se ve todavía el zurcido de la cicatriz donde hirió el vidrio el vaso que le tiró Morán a la cara; y entre las venillas azules y cárdenas hay desgarraduras amarillentas, como las que se ven en las entrañas de una res recién abierta.

—Miren al tío Ventura, parece que le hubieran echado afuera las tripas del ojo —dice uno de los grandecitos.

—La pura verdad. ¿Y cómo verá él los colores que cuenta?

—dice otro.

El ladino viejo, que parecía dormitar, ladeando la cabeza con la atención del zorzal que sigue el paso de la lombriz bajo tierra, se incorpora y dice:

—Ay, hijitos, en esta miseria de cuarenta años que llevo sin columbrar ni un rayito de luz, raros son los colores que no se me han confundido del todo. ¿No les pasa a ustedes que a

veces quieren recordar el aire de una tonada, y aunque la tienen en el oído, no pueden dar con la entonación? Así mes-mito me pasa a mí con los colores. Hasta las caras que más retengo en la memoria, la finá Candelaria, mi mujer, la finá Cruz, y el finao Andrés, mi padre, como que los viera entre obscuro. Pero hay colores que me parece estar tocando. Me acuerdo que poco antes de perder la vista del todo vino a ver-me mi comadre Bernardita, trayendo puesto un rebozo nuevo, de color solferino, y sumamente frisudo. Por eso será que cuando me hablan de colores fuertes, como que los siento ásperos, y en cambio, cuando mencionan el verde, me recuerdo que con el pícaro de Aniceto íbamos a revolcarnos en el verde del faldeo que había detrás de la casa, cuando nos daba lo fresco y sedoso del pasto por la cara, y yo sigo sintiendo el verde como un color suavcito...

su mujer y dos de sus hijos murieron a lo largo de estos cuarenta años; crecieron sus nietos sin que él llegara a conocerlos más allá de esa especie de caricia furtiva que es el toque de reconocimiento de su mano. Pero su genio es siempre animoso y el buen humor no le falta, mientras que su corazón, enternecido por el propio infortunio, perdió en petulancia lo que ha ganado en simpatía por la desgracia ajena. Nadie como él para contar un caso gracioso con la propia entonación en el habla de los personajes. Pocos tan oportunos para tocar la cuerda sensible bajo la dura corteza campesina:

—Tampoco olvido en mis rezos al finado Tomás, hijito

—le dice como al pasar a alguno de los sobrinos y herederos de Morán, cuando se paran a saludarle y dejarle algún “engañito”, como él llama desdeñosamente a lo que le dan. Los sobrinos le pasan su moneda con el aire contrito de quien paga un legado forzoso, convencidos como están de que no hay otro medio de que el finado acorte sus años de purgatorio.

Esta gracia en el rezar y en el contar es lo que hace al tío Ventura tan bien visto en los velorios, donde comienza por encabezar los rosarios de quince casas con las mujeres, para

terminar espantándoles con sus chascarros el sueño a los hombres a la hora en que el vaso y el mate pasan de mano en mano y las velas comienzan a heder y apagarse. Apenas oye decir que otro de sus conocidos ha muerto, el tío Ventura anuncia que esa misma noche comenzará a rezarle veinte padrenuestros y veinte -avemarías por el descanso de su alma, y así por lo que le resta de vida; pero como estos compromisos parecen acumularse ya con exceso, ha discurrido ir añadiendo una letanía de nombres a los últimos rosarios de cada noche: Por el ánima bendita de la finao Gregoria, de la finao Cruz, del finao Pedro Juan, de mi compadre Fidel, de la comadre Estefanía; y así hasta que se duerme, allá por las diez. Su único alarde, y tal vez su único desliz de memoria, es cuando asegura que no duerme una pestañada semanas enteras y que se pasa rezando hasta el aclarar por sus amigos, parientes y conocidos. En realidad nos ocurre a veces despertamos con los ojos humedecidos de sentir entre sueños su voz lenta e insegura, entonando las Alabanzas:

¡ Ya viene rompiendo el alba
con la luz del claro día;
alabemos al Señor,
a Jesucristo y Manía!

Cuando el tiempo está lluvioso, el tío Ventura se queda en cama rezando hasta muy entrado el día. Su voz de pecho llega hasta el patio como el rumor apacible y monótono de una olla que ha soltado el hervor. La ceguera ha simplificado su vida interior al igual que sus hábitos, reduciendo sus necesidades y explicando muchas cosas por una simple fe en lo sobrenatural. A semejanza de lo que he podido notar más tarde en el caso prodigioso de Helen Keller, el tío Ventura creía en el milagro cotidiano, en una potencia de justicia distributiva, y era también, en consecuencia, y sin explicárselo, religioso y socialista a su manera. Un rincón junto al

fuego, un plato de algo caliente en las noches de invierno y una voz amiga de cuando en cuando, eran bastante a impedirle caer en vacilaciones morosas, manteniéndole en aquella perfecta gracia epicúrea del viejo de cuerpo vigoroso y alma sencilla que ni desea ni teme a la muerte. Como no tiene suyo más que lo que lleva encima, el mundo no puede distraerle con halagos interesados y, según parece, la voz sola resulta menos engañosa y más reveladora que el semblante. Por eso, la palabra de algunas personas, apenas llegaba a sus tardos oídos, tenía la virtud de refrescarle el color de la cara y de animar su voz con exclamaciones alborozadas, mientras que en otros casos su sordera era peor que incurable.

—¿Les he contado alguna vez el caso del jefe de los Cívicos, el mayor Barrera? — nos dice un día que se ha presenta

do uno de esos visitantes importunos Don Samuel Barrera

era un hombre de cara de hacha, con la voz aflautada, áspera como lima. Verán cómo estas cosas se heredan, si está de Dios, que el malvado reciba su castigo en este mundo, cuando más no sea en sus hijos. El jefe de los Cívicos, siendo de los Gobernistas, entró a San Felipe con un piquete del Buin, una vez que los andinos bajaron a ayudar a tomarse la plaza. El pobrecito de don José Mercedes Segura estaba ahí entre los *redotados*, además de haber gastado una fortuna en equipar una fuerza. “¡Búsquenlo hasta por debajo de las

-piedras!”, gritaba don Barrera, echando espumarajo por la boca y revolviendo los ojos, como los que caen con gota coral. Los de la patrulla llegaron detrás de él a la quinta de don Pío Herrera, primo-hermano de los Segura. “Aquí no hay ni un

alma, mi amito lindo”, jilibiaba poniendo tamaña jeta una pícara mulata que hablan criado en la casa; y al mismo tiempo que se hacia que se enjugaba los ojos, mostraba al

parrón con la punta del delantal. Lo bajaron al tiro a punta de lanza, y cuando en la agonía se revolcaba en el suelo vino el Mayor Barrera como el mismo demonio, le atravesó el canillo con la espada y le cortó la lengua. Bueno, ¿creerán

ustedes que a la pobre señora del comandante Barrerale va naciendo ese mismo año una niña con un costurón tamaño en la boca, y el habla toda temblona como un continuo lamento?

Como el tío Ventura siente que las caras están así de largas, y más de alguno está tragando saliva por temor a una pesadilla esta noche, la velada termina con alguna travesura de su niñez —la de las pepas de sandía, por ejemplo:

— Esas fueron cosas del negro Aniceto —~nos adviene en descargo de su conciencia—. Nos hablamos entrado los tres con el finado Pedro Juan al sandial de los Gorigoitia; pero resultó que la fruta estaba apenitas pintona. “Yo les diré lo que vamos a hacer para no perder el viaje —dice el condenado de Aniceto—: vamos a tener una matanza de godos ahora mismo”. Mandamos al pobrecito de Pedro Juan por el sable que tenía mi padre en su poder, como celador que era entonces. “¡A ver, dos de guardia, tráiganme a ese facineroso!”, gritaba Aniceto escupiéndose las manos y remangándose el algodón. Le hacíamos rodar a duras penas unas sandillas azotadas del tamaño de un ternero, y ¡ras! zumbaba el sable, y no quedaba más que el desparramo. “Ahora me toca a mí —decía yo, tomando el sable a dos manos—, arrastren hasta aquí a ese godo coludo”, y, en un-dos-por-tres, dejamos toda aquella fruta verde o a media madurar hecha un picadillo.

Nosotros nos quedábamos mirándonos unos a otros, sin saber si celebrar o lamentar el charqueo de las sandías. Pero él se halla tan metido en sus recuerdos que no siente este silencio, que es casi de reprobación. Con una sonrisa de otros tiempos, una sonrisa de niño, continúa:

—A eso de las oraciones volvimos a casa, con la boca seca, rendidos. Para entrar dimos un rodeo y saltamos las tapias del sitio. Con el apuro, Aniceto metió el sable en la vaina tal y como estaba, y manda a Pedro Juan que vaya a dejarlo en el rincón, detrás de la cama de mi padre. El “patrón” estaba

sentado en el escaño del corredor, sobando un látigo.

—A ver, Pedro Juan —dice—, acércate; ¿adónde han ido tan temprano a las sandillas, niños?

—¿Qué sandillas, padre? Nosotros nos sabíamos que ya tengan sandillas en alguna parte, señor

Aniceto se agachaba hasta el suelo a hurgarse una espina en la planta del pie; yo y Pedro Juan nos miramos asustados, no tanto por los azotes que vemos venir como por la sospecha de tener un padre adivino, brujo, quién sabe. O si alguien ‘nos vio entrar o salir del sandial y vino a decírselo, ¿qué sería de nosotros cuando descubrieran el daño que hablamos hecho? Aniceto estaba descolorido como difunto; a mi me ardía la cara de pura confusión; miro a Pedro Juan, que ya soltaba el llanto, y qué voy viendo, adivinen ustedes, ¡si no son tres pepas mujas así. tamañas que le asomaban por la aventura de la camisa, muy pegadas al pecho!

Los del grupo reímos como locos en el más completo olvido de los rebencazos que debieron seguir, o por eso mismo. Reímos como si el tío Ventura fuera uno de nosotros y se viera todavía en aprietos por culpa de alguna jugada que acabáramos de hacerle. Sólo cuando hemos desahogado bien los pulmones, alguien siente el deseo de saborear los detalles de la escena:

—Aquello no fue nada para lo que nos pasó más tarde —dice el tío Ventura, tocándose una marca serosa sobre el rojo del pescuezo—. Lo bueno fue cuando días después, un lunes, lo recuerdo como si fuera ayer, mi padre quiso apartar una pelea a cuchillo que se había formado entre el Mellado y el mayor de los Terán, que ya estaba debiendo, según se decía, tres o cuatro muertes. Mi padre fue por el sable; ¡pero ni tirando de a dos por lado, pudieron nunca despegarlo de la vaina!

—Ahora que me acuerdan de Pedro Juan y el pícaro de Aniceto, recuerdo un caso que les pasó por la Launa del Co-

pín — dice mi tío Ventura, tirándose pensativamente la perilla rala—. Los habla mandado el dueño de la hacienda, don Pancho Mascayano, a camppear animales a la cordillera para un rodeo, cuando llegaron a alojarse en unos caletones que quedan más arriba del Campo de Ahumada.

—Te convidó a que en cuanto salga la luna vamos a bañarnos a la Launa — le dijo el condenado de Aniceto al pobrecito Pedro Juan.

—El otro no quería ir porque sabía que el Copin también es un ojo de mar. El que se ahoga ahí ya no tiene esperanzas de que lo saquen, porque la hondura de la launa no tiene fin. Otra cosa de que se acordaba Pedro Juan era del Cuero.

—¿Cuero de qué, tío Ventura?

— ¡Buena cosa de niños éstos!, ¿entonces ustedes se han criado en las monjas que no han oído mentar al Cuero? Y para eso sus padres se matan trabajando para que vayan a la escuela, y me salgan con ésas.

—¿Y cómo era el Cuero que vieron en el Copin, tío Ventura?

—Así tan ancho, pues, más grande que una carpa de carreta y con ramales por toos laos. Aniceto se había tirado al agua primero y decía que iba a cruzar la launa a nado, cuando comienzan a saltar borbollones del medio, y el Cuero se viene nadando pa tierra, que llegaba a bufar.

“A Pedro Juan. se le espantó la mula y picó pa'l cerro, y tuvo que hacerla volver a punta de rebenque. Entonces al facineroso de Aniceto se le ocurre pescar el Cuero con un quisco que halló botado en la orilla, y amarrándolo a la punta del lazo, se lo tiró enterito.

‘Todo fue caer el quisco al agua y viene el Cuero y se aferra a él con dientes y muelas. La mula de Pedro Juan era de lo que hay para la cincha; pero el Cuero comenzó luego a arrastrarla pa dentro. De balde se tendía en el cogote el pobrecito del finado y le clavaba las espuelas sin lástima; la mula llegaba a arquearse, al ir arañando faldeo abajo.

Si el negro Aniceto no tiene la ocurrencia de ir por su cuchilla y rebanar el lazo de un solo corte, la misma que el Cuero se almuerza de una sentada a la mula con jinete y todo.”

—Tío Ventura, ¿habla muchos brujos en su tiempo? —le pregunta una tarde el Rucio, uno de los menores de la familia, que es delgadito, del hablar nervioso y atropellado, y que parece gozar con todo lo que da miedo.

—Humm no faltaban por ahí: Atanasio Vargas, por ejemplo. Atanasio se ocupaba en labrar yugos; tomaba toda la semana, desaparecía el sábado en la noche, y el lunes por la mañana tenía toda su obra acabada que era un primor. Lo que hay es que los brujos, en llegando el sábado, entre dos luces, se untan un unto mágico en la cabeza, dejan el cuerpo botado, y se van volando convertidos en chonchón, a juntarse con el diablo y con esos que llaman masones. De mí les diré que nadie me ha podido quitar nunca de la cabeza que fue Anastasio Vargas el que me hizo la broma del Empelotao.

(El círculo se estrecha en torno al brasero; los mas chicos miran de soslayo al rincón obscuro del cuarto. La noche llega, pero nadie se acuerda de ir por la lámpara. El narrador prosigue después de aclarar la voz con un vasito de ponche anisado algo cabezón.)

“Fue la última vez que me metí con *taures*. Yo iba ya para los veinte, y les diré que me gustaba la baraja que era una temeridá. Nos habíamos entretenido hasta tarde en un partido de monte en la Cancha de Gallos de los Rozas, y yo tenía que atravesar la hacienda para llegar temprano a mi trabajo. Lo peor es que acababa de perder en dos jugadas una peseta reyuna que mi madre me había dado para que le mandara hacer unas caravanas a mi hermana Cruz. Como había luna llena, me fui quedando, quedando en espera de que alguien

me diera barato para tentar la suerte otra vez, y era pasada la medianoche cuando salí. La luna estaba como la mitad del día. Paso el potrillo; paso el estero ¡no se vela un alma! nada más que los quiltros que salían a ladrar al camino. Yo y silbando por lo bajo para acompañarme y pensando en todo lo que tendré que trabajar antes de juntar la plata de los aros, cuando me meto a la gatera para salir al potrero del Medio, que tenía que cruzar. Ya les he dicho que habla luna llena; el trigar del potrero, así tan alto: hasta la sombra de las cañitas se veía desde el claro del desagüe. Yo que corto por el medio, cuando diviso a unos cuatro pasos delante, tendido y en cueros vivos, el cuerpo de un cristiano, sin pizca de cabeza, que se meniaba de aquí p'allá como si recién lo hubieran degollado.

“¡Eh, don!, le digo apenas pude sacar el habla, ¡a quién se le ocurre ponerse a dormir así y con el sereno que empieza a caer!” Yo le hablaba como se hace con los que han tomado sus copas y tienen el sueño pesado; pero ya iba viendo que no había tal. Por la espalda me subía un hielo que al llegarme a la nuca me engranujó el cuero de la cabeza. Sin hallar qué hacerme, yo me ladeaba de un lado y otro, haciendo por ver si le divisaba la cara a aquel cuerpo en pelota, ¡pero qué iba a hallarla nunca! Mordiéndome de puro miedo me agachaba a escarbar buscando una piedra, siquiera una champita para tirarle al bulto: un puñado de arena seca era todo lo que se me deshacía entre los dedos, y cuando se lo tiraba, el Empelotao volvía a remecer las cañitas como con burla. No sé cómo junté valor al fin para volver atrás; pasé la gatera y tropezando por aquí y cayendo por allá, alcancé hasta frente al primer rancho, donde me recogieron desvanecido ya con el sol alto.

Un hombre con un brazo metido en el vendaje de un pañuelo de seda carmesí espera desde hace rato en el marco de la puerta. No habíamos reparado casi en él, a pesar de que por momentos apoya el codo con fuerza en el hueco de la

mano, y se muerde los labios descoloridos. Pronto debe de haberse interesado tanto ¿1 mismo en el misterio que nos apasiona a todos, que solamente al llegar la narración a su fin, el desconocido se adelanta y dice con aire compungido:

—Disculpe, don Bencho, vengo a que me haga la caridá de aliviarme de este brazo que me duele montón desde anoche. El doctor del hospital me lo vendó; pero parece que fue pa peor, no más.

A lo que se ve, tener vista es en muchas importantes materias un asunto baladí; en esto de aliñar huesos, vaya un caso. La mano del compositor trabaja con mayor tino cuando el ojo no está ahí para extraviar con falsas apariencias o guiños de dolor. Ahora mismo el tío Ventura toma el brazo dislocado y con gran cautela va tanteando los músculos palpitantes, mientras el paciente vuelve la cara del otro lado para no dejar ver las lágrimas. Cuando menos se piensa, los dedos que resbalaban tan suavemente aprietan sus dobles tenazas, al mismo tiempo que el operador da al brazo un brusco tirón de costado. El hombre queda con la boca abierta, sin alcanzar a dar el grito. Y eso es todo. Luego fajan de nuevo el brazo hinchado, aromatizándolo con tabaco y aguardiente anisado (el aliñador aspira la mixtura como aspira el incienso el creyente) y el visitante se despide dejando algunas monedas y muchas promesas de recompensa futura.

—Hijito —me ruega la voz del tío Ventura por lo bajo si han quedado unas gotas en el vaso, póngamelas en el café, que paso tan desvelado que hasta la memoria comienza a fallarme.

Nos atropellamos dos o tres por ir en busca de las gotas de aguardiente, pues no valen las advertencias de los mayores cuando está en peligro la memoria del narrador.

En ocasiones, nuestra buena disposición para complacerlo le hace condescender a contamos episodios más íntimos de su mocedad, bien que los mayorcitos comprendemos que hay muchas cosas por demás interesantes entre sus recuerdos que

él no puede compartir con nosotros.

— En eso de las apariciones, no se me olvida una vez que me hablan dejado cuidando un piño de ganado cuyano pa'l lao de Catemu —comienza con una voz que al salir acolchada en las bocanadas de humo de su cigarro suena cálida y blanca al oído—. Una noche ya tarde el capataz se enfermó y se fue para las Casas. Yo no era más que un chiquillo que apenas me apuntaba el bocito, con poca experiencia en animales cuyanos, que es ganado que da mucho quehacer. Para mejor, el capataz me llevó mi perro barcino, por miedo a caerse del caballo y quedar abandonao del todo por ahí.

“Algunos de los bueyes estaban tan despeados que no querían ni pararse a tomar agua, y había que ayudarles a levantarse. Otros comen palqui, al que no conocen, o telarañas, y van dejando un hilito de sangre hasta que caen y mueren. Otros se tumban como odres de hinchados, de tanto comer pasto caliente, y no hay -más que meterles el cuchillo ahí mesmito para aprovechar el cuero, antes que los perros alzados vengan y los hagan tiras. Esa noche soplabá un sur algo fuerte, que anunciaba helada de fijo, y yo andaba en la última ronda antes de ir a recogerme. Mi caballo amusgaba las orejas en la escuridá, al pasar casi tocando algún buey echado que se despertaba con un resoplido que olía a alfalfa tierna.

Del corredor llega un grata aroma de azúcar quemada; voces en amigable charla, junto al fuego; y todo esto hace muchísimo más agradable el oír contar al tío Ventura de cuando andaba vagando por las quebradas de Catemu, entre bueyes medio salvajes, y sin más compañía que su perro barcino.

“Al llegar a la aguada voy descubriendo un buey del asta gacha y de mucho cuerpo que se estiraba ya resollando fuerte. No podía pensar en descucarlo, cuando no se veían ni las

manos; pero no habla más que abrirlo y cuidarlo toda la noche. Hice una buena fogata de ramas de maitén, tiré lejos el tripal y puse una buena tira de malotilla en las brasas.

“Yo que comienzo a comer muy tranquilamente, cuando un chonchón pasa casi tocándome y se pone a gritar cori esa risa burlesca que tienen: ja-ja-ja! ¡Vuelve mañana por sal, moledera!, le grito yo, con una palabra más fea. Eso fue lo malo. Había que decirle Sin Dios y sin Santa María, y ver entonces el porrazo que se daría el hechicero.”

— ¿Y volvió?

—Ahora verán. Después de comerme mi asado, yo me tiendo a dormir contra el mismo costado del buey, que estaba todavía calentito. Me estaría quedando traspuesto cuando el viento que soplabá del bajo me trae una voz, pero tan de lejos que parecía que me hablan dicho en secreto bien junto

al oído:

“¡Ventuuraa!”

“Yo me enderezo medio entumido y atizando las ramas de maitén, me empino, gritando con todo lo que me daban los pulmones:

“¡Al fuegoo!”

Los niños nos apretamos uno contra otro, hundiendo la cabeza entre los hombros, a fin de precavemos contra el relente que caía aquella noche, hace medio siglo a muchas leguas de aquí La voz del ciego prosigue mas segura en la oscuridad:

“Lueguito se apareció el capataz mayor, un tal Villagra

—el tuerto Villagra —, al que le daban fama de pícaro. Otra persona quedaba atrás en un caballo negro, con ojos que le chispeaban verdosos a la lumbre del cigarro.”

—¿Cuántos faltan? —me dice don Villagra muy terco.

—Con éste van cuatro —le contesto yo, bien seco también.

—Ese que está ahí es don Borjita, el patrón, que va de viaje —me dice el mayordomo señalando para atrás—. Con

él hemos contado trece animales muertos, y seguro que es la fiebre cuyana, porque no hay uno que no esté destroncado y con la baba colgando. Tenis que quemarlos todos, Ventura.

El caballero revolvió el caballo, sin decir una palabra. El mayordomo clavó espuelas para darle *ancance*, y antes de alejarse me miró de soslayo, se rió igual que el chonchón, y me gritó: “¡Eso te pasa pa que no ofendáis a los que van pasando!”.

Y así no más jué, hijitos. De madrugada encontré la tendalá de novillos, de los más lindos. Ya entrado el día, el campañisto volvió con las nuevas de que don Borjita había muerto hacia para un mes, cuando volvía con un arreo de la Otra Banda. El mayordomo no podría venir a la aparta, porque el día antes se había queido del caballo y se quebró una pierna, según contaba él. Hasta ahora nadie me quita a mí que él jué el que anduvo penando en vida con el ánima de don Borjita, y después se cobró el ganado. Porque —como la finá Petrona decía— “*no hay que creer de brujos, aunque tampoco hay que fiarse d’ellos*”.

Es ya algo tarde, pero como nos queda sonando el nombre de esa Petróna, no falta quien pregunte, afectando cierta indiferencia:

—¿Sería ésa, por casualidad, la mentada doña Petronila Salinas?

— Por cierto, ¿no les he dicho? Si hasta pariente de ustedes era, por parte de su abuelo paterno, el finado Juan de Dios (Este Juan de Dios y sus once hermanos menores tomaron el apellido de su difunta madre en protesta contra su padre por haberles dado madrastra — nos advierte con un ligero paréntesis del narrador—). La Petrona había heredado todas las tierras que van de la Puntilla de los Salinas hasta el Callejón de La Troya; pero como le gustaba regar el gznate antes que las siembras, bien poco fue lo que les dejó a sus sobrinas. Al llegar la víspera del Dieciocho, la Petrona se iba

al pueblo a vender otra cuadra de tierra o una vaca. La cuadra de tierra de lo mejor valía veinticinco pesos, y la vaca tenía que ser una señora vaca para que dieran otro tanto por ella. El día dieciocho temprano la Petrona se echaba mucho afeite y solimán, montaba su caballo sin medias, pero con una espuela en el pie de la estribera, y salía para las ramadas. Si estaba de buen humor, llegaba festejando la gente con un lebrillo de ponche; pero si andaba con el capricho, atracaba su alazán a la vara, y mandaba: “¡A ver, que me bañen en ponche el caballo!”

“Una vez, la Petrona va encontrándose en las fondas con Longo Toro — prosigue el tío Ventura—, ya resignado a completar la cadena tradicional de sus recuerdos (Algunos tomarán este episodio por increíble, pero será únicamente porque no tuvieron la suerte de oírsele a él, en vez de recibirlo ahora de segunda mano). Longo tenía ya más de setenta años cuando el narrador lo conoció, pero así y todo tumbaba un novillo, echándole de a pie un peal de ‘codo vuelto’. Verdad que el hombre tenía las espaldas tan anchas como un buey, y la nariz tan abultada y partida en tres pedazos, que más propiamente podía decirse, atendiendo al tamaño, que eran tres narices en una. Hasta los niños que estaban ya mudando se dormían asustados si les decían: ‘Ahí viene Longo Toro’..

“Cuando Longo estaba de humor, uno podía pasar un buen rato pagándole tragos a cambio de una de sus diabluras: que mordiera una muía en el codillo, pongamos por caso. Habla que verlo cómo se acercaba tan pajitas a la mulá más arisca o al macho más cosquilloso, le tiraba la manta a la cabeza, y se le entraba por detrás, gateando. Y cuando uno se aprontaba a ver volar en astillas la cabeza de Longo Toro, era el macho el que salía gimiendo y pateando al aire, mientras Longo se quedaba con la cara al suelo, muerto de risa, dejando que zumbaran por encima las pezuñas de la bestia.

“Pero en este Dieciocho de que les hablo, Longo entra a la fonda muy provocativo, dándose de cabeza contra el mesón:

‘¡O me la hacen con un lebrillo de ponche o me vuelvo toro!. Los hombres se ríen, pero le esquivan el cuerpo: las mujeres más alharaquientas corren a esconderse, dando chillidos. No queda más que la Petrona, que se enfrenta con Longo, y le grita: ¿Y a mi qué me importa que te volváis el mismo de monio, viejo asqueroso?’.

“Longo se mete al corral y ligerito sale convertido en novillo montés, echándose tierra al lomo, bosteando y bufando que da miedo. Pero la Petrona, como si tal cosa, se pone a llamar a los mirones: ‘Ustedes, hombres, no sean impávidos; ¡alcáncenme esa picana con garrocha que hay afirmada contra la quincha de aquella carreta!’ Ella misma va, por último, a tomarla y se viene derecho para aquel toro bravo de hombre: ‘¡Ah, buey, ah, buey!’, le dice, mientras le va hundiendo el aguijón hasta que la sangre salta a borbotones. No para hasta que Longo se mete al corral y se le pierde entre un piño. Al otro día vienen a decir que Longo amaneció tendido del otro lado de la pirca, tamaño de hinchado y: hecho un sanlázaro. Quedó muy cambiado; ya no amenazaba con volverse toro; hasta tartamudo dicen que se puso.”

— ¿Fue entonces cuando murió?

— No, eso fue cuando le vinieron a decir a la Petrona que un burro se le entraba todas las noches al sitio y le hacía sambardos. Al fin se descubrió que era un burro garañón, pero casi tan grande como un caballo. Contra na trataban de atajarlo; daba un rebuzno, agachaba la cabeza, y no habla lazo ni cabresto que aguantara. Hasta que un día cuentan que el Quemado le dijo a la Petrona: “Vea, doña, ¿cuánto me paga si se lo pillo al animalito ése?”. “Bah, lo que me pidáis te doy, con tal de que me entreguis en el suelo”, dicen que le contestó la Petrona. Convinieron en dos pesos en plata y una cuarta de chicha. Esa misma noche el Quemado trenzó un lazo de totora, hizo la armada con la mano izquierda,

y se fue a esperar en el portillo de la chacra, rezando un Credo al revés. Ahí mismo pescaron a Longo y me lo arreglaron. Al otro día amaneció muerto en su cama: se había ido en sangre, como se vio por las goteras que iban de la chacra hasta el rancho.

La lámpara da también sus últimas boqueadas. Un gallo canta las once. Con un largo bostezo, coreamos:

— Buenas noches, tío Ventura.

— Buenas noches: yo rezaré por ustedes, pobrecitos.

Hoy salió en la conversación el nombre de la Plazuela de don Blas Mardones, que queda a la salida del pueblo, como todo el mundo sabe. Pues bien, esto que a nosotros apenas nos recuerda uno que otro matalón que vimos muriéndose de hambre, tendido en la basura, es nada menos que un sitio histórico, que al tío Ventura le recuerda los tiempos en que sacaban a los condenados de la cárcel para fusilarlos en un lugar público.

—Me acuerdo de un reo que ajusticiaron el año sesenta y cinco, por Semana Santa — dice—. No hubo medio de hacerle confesar la muerte de su mujer, a la que otros decían que le habla dado veneno a pedido de ella misma, por saberla enferma incurable. El caso es que el hombre se emperó en negar y ni de confesión quiso oír. Al sentarse en el banquillo, que estaba contra la pared en el rincón de la plazuela, le vimos volver la cara del otro lado cuando el padre vino a ofrecerle el crucifijo para que se reconciliara. Respiró como si viniera muy rendido, se acomodó en el banco, y dijo:

“¡Tanta gente ociosa, nada más que por ver morir a un inocente!” Y tomando el pañuelo que le pasaban para que él mismo se vendara la vista, se limpió con él el sudor, lo arrolló y lo tiró con rabia por encima de la barda. Un pañuelo que no volvió a aparecer -nunca fue ése. Algunos dijeron que lo hablan visto subir volando en un remolino.

Cuando nos sienten callados y mohínos, alguna anécdota li-

gera viene a devolvemos el buen humor.

— ¿Cómo fue la escapada del fraile, tío Ventura?

Recordamos vagamente que fue en esa misma Plazuela. Azotaban en público a algunos reos, de acuerdo con la piadosa costumbre de Zañartu y de Portales, cuando acertó a pasar por ahí un fraile que no pudo reprimir su protesta:

“¡Qué indolencia —dijo levantando los brazos al cielo— tratar al prójimo como a fieras malvadas!”.

— El jefe del piquete era el tiznao Apablaza. Un genio como la-pólvora. “Ya verís, mocho insolente —le respondió—, lo que te va a pasar por venir a ponerle peros a la ley. A ver, dos de guardia ¡atájenme- a ese fraile para darle una docena a cuero pelado!”. Su Paternidá se arremangó bs hábitos, y patitas pa qué te quiero, no paró hasta enfrentar la Calle Real. Los soldadillos, taloneando y riéndose detrás del Padre, y éste, con tamaños ojos, que se le volaban las sotanas corriendo alameda abajo.

Nuestras carcajadas retumbaban por los corredores y reímos, reímos hasta quedar sin aliento, pues, por no sé qué capricho de la fantasía se nos ocurre a todos al mismo tiempo que el fraile que va de arrancada para que no lo azoten en la Plazuela no es otro que el lego del Convento, Fray José, que tanto nos persigue con sus reniegos y cordonazos.

De repente el Rucio sale con esta pregunta, que debió de caer como piedra en un manantial en la memoria apacible del viejo:

— ¿Ha estado alguna vez en peligro de muerte, tío Ventura?

El agua se enturbia, pero la piedra toca fondo y todo se aclara de nuevo hasta que la luz vuelve a reflejarse en la superficie, que es la cara del narrador. Con voz pausada dice:

— Antes de que el tren corriera hasta Valparaíso mi padre tenía arreos de mulas que traficaban con el Puerto. La primera vez que me llevó con él, tendría yo unos once años Encima de los cordones de la Costa habla un paradero al que

llamaban la Gasa de Tablas, y que tenía mala fama; pero no hubo mas remedio que alojarse en ella, cuando vimos que se nos hablan cansado dos mulas. Yo me tendí rendido encima de un fardo de bayeta, y me parecía que recién habla cerrado los ojos cuando sentí que daban un portazo, y vi entrar un negro que debía ser un gigante. (Comenzaba a rompen el día). Venía el negro cimbrándose y mostrando todos los dientes. Echó una mirada en contorno, vio que el fardo en que yo me hallaba tendido era el más grande, y sin preocuparse de mí en lo más mínimo, me lo quitó de debajo y se lo echó al hombro como jugando. Mi padre se había enderezado en un rincón sin decir nada, teniendo a su perro por el collar. Este perro tenía más cabeza que cuerpo y más hocico que cabeza, y se lo habla dejado un caballero extranjero a mi padre. Se llamaba *Sertino*. Al llegar a la puerta, el negrazo se dio vuelta, y medio riéndose, dijo: “Hasta otra vista, pues, amista, yo me dejo este bultito de recuerdo, y que les vaya de lo mejó’. El que se vuelve para salir, y mi a que le dice por lo bajo al perro: “¡Agárralo!” Ni un ladrido dio siquiera *Sertino*: le saltó al negro al cogote y me lo trajo redondito al suelo, con fardo y todo. El negro manoteaba para clavarle el cuchillo al animal, pero como éste lo tenía estacado por la nuca, todos los cortes iban en banda. Mi padre trajo un látigo y se dispuso a amarrar al negro, pero el indino, viéndome que me acercaba a ayudarle a mi padre, me largó la navaja al pecho. En ese mismo instante el perro debió adivinar su intención y apretar los colmillos, porque la cuchilla me cayó de plano. El negro me la juró, lo mismo que a mi padre, peto como era salteador conocido, le dieron el bajo los celadores antes de llegar con él a Quillota.

Para un hombre que ha visto la muerte de cerca, el tío Ventura tiene un aspecto hartito tranquilo. A nosotros nos parece que después de un trance como éste uno quedaría con el pelo tieso para toda la vida o que no podría reírse jamás nunca Pero él no. Por el contrario, suele ocurrirnos encontrarle

riéndose solo, a la sordina.

—¿Qué hay, tío Ventura?

—¡Vaya!, me estoy acordando de aquel barrabás de Longo Toro y de las jugarretas que se le ocurrían. Figúrense que una vez se le antoja botarse a templado de una rucia muy parada que tocaba el arpa en la chingana de Peralta. Como buen feo que era, Longo andaba fresqueando con todas, y es claro, según pasa con los templados de oficio, unas se reían y otras se enojaban con él. Como la colorina no le hiciera ni pizca de caso, él dice guiñando el ojo: “¡Gijena cosa, tan repolida que me la han de ver! ¡Yo voy a enseñarle a enterada para otra vez!”. Y ahí, delante de todos, comienza a tirarle granitos de choclo. A cada grano que le disparaba, tamaña bola de viento que se le salía a la pobre. La gente se reía sin disimulo, y a las mujeres parecía que les iba a dar el histérico. Al fin, la rucia se levanta de su piso, llameándole la cara. “¡Bah, eñorita! —le dice Longo—, cómo es que no se contentó con dejar caer el apelativo; pues vea la lindura que va dejando olvida en el asiento.” Y ahí no mas estaba, una docena entera de huevos que habla hecho poner a la mujercita el condenado de Longo Toro.

— Tío Ventura, cuéntenle cómo fue que pillaron el león en la Hacienda de Quilpué —dice uno de los regalones.

—Ah, de eso hace muchos años, hijito. En aquel tiempo todos los potreros del plan donde ahora no quedan más que algunos maitenes malos, era una tupición de monte en que se perdía el ganado. Al patrón don Pancho Mascayano le gustaba mucho ir a cazar por ahí, y en cuanto caía la primera nevazón gruesa en la cordillera, se internaba con su escopeta de dos cañones por el lado del faldeo, a esperar a las torcazas.

“Un día, serían como las tres de la tarde, en que el patrón habla pasado porción de rato entre las quilas, algo que no supo lo que fue, si un ruido de la hojarasca o pura aprensión, le hizo volver la cabeza de repente. Detrás se estaba

aprontando para cazarlo a él un animal en que al tiro reconoció al león, en lo macizo de los encuentros y en los ojos de gato montés. El caballero no tuvo tiempo más que de enderezar la escopeta y dispararle con los dos cañones a la vez.

“El puma dio un bufido y un salto tremendo, para caer de nuevo ahí mismo, enterrando la cabeza entre las quilas, estrujándose entre los brazuelos como para sacarse las municiones de la cara. Cuando atinó a levantarse, se fue de golpe contra un árbol, cayó de costado y volvió a darse un encontrón con un tronco. Estaba ciego; por lo visto, los dos tiros le hablan reventado los ojos.

“Don Mascayano, en cuanto se repuso del susto, se disparó para donde el leonero, que vivía unas cuadras más adentro, para la quebrada. Encontró por el camino a un muchacho ovejero y lo mandó a ensillarle el caballo y que se le juntaran los mozos de las casas.

“Herido y ciego como iba, costó darle alcance al león. De lejos lo divisaron corriendo a topetones cuesta arriba, resbalando de repente por una zanja, estrellándose más allá contra los quiscos, para enderezarse por otro lado y seguir trotando para lo alto. A ratos se le vela pararse, meter la cabeza entre las manos y refregarse los ojos con desesperación, como para arrancarse una venda quemante de encima. Tal vez con eso procuraba calmar el dolor o atajar la sangre. Pero, a tientas como iba, no perdía un momento- la dirección deja querencia.

“La cuadrilla de perros del leonero se le venía acercando con ladridos cortos y cada vez más claros. El *perro maestro* estaba ya algo viejo, y los demás no se atrevían a tomarle la delantera, contentándose con aullar de atrás. Así siguieron por más de una legua, hasta enfrentar el Portezuelo. Aquí los hombres espolearon los caballos y animaron a los perros, y se dispusieron a cortarle la retirada al puma para el Alto de Jahuel, por donde buscaba internarse para la cordillera.

“Hasta los muchachos se compadecían del león, de verlo

tan corajudo. Cansado, herido y ciego, seguía cayendo y levantando, tropezando aquí y desbarrancándose más allá, pero siempre firme en el rastro. El mismo don Pancho le decía a sus peones:

“— Píllenlo vivo, niños, si pueden.

“Los caballos comenzaban a resollar fuerte y a espumarajear en los corvejones. El leonero meneaba la cabeza:

No se lo figure, patroncito. El león no se entrega nunca y muere peleando.

“En Las Mesas había un descampado con un peñasco en el medio. Por ahí cortó el puma, dio contra la piedra y se montó encima. Ligerito los perros picaron el rastro, y cuando llegó la gente, ya tenían al león acorralado, ladrándole sin parar como para aturdirlo, pero sin acercarse mucho. Y aquella fiera ciega les hacía cara a todos, ya de un lado, ya del otro. Ahora ya no maullaba ni se sacudía la cara, sino que se había sentado en los cuartos traseros, gimiendo. Una agua rojiza le corría de los ojos hasta el pecho. ¡Estaba llorando sangre! Era el llanto del animal cuando ve llegar la muerte.

“En un descuido, el perro maestro le saltó encima y lo aferró del brazuelo para no soltarlo más. Los otros cargaron por detrás; pero de cada manotada el león echaba dos o tres por el aire.

“Allí no más murió, peleando hasta lo último. El patrón no quiso que se lo dieran a los perros y lo hizo descuerar antes de enterrarlo allí mismo al pie del peñasco. Con el cuero se mandó hacer un lazo para lucirlo en los rodeos del ganado chúcaro del fundo.”

Y así como monedas antiguas que uno encuentra al ir hurgando en los rincones de una petaca, aparecen a lo largo de estas tardes lluviosas otros recuerdos añejos, caras ya tan familiares a fuera de tropezadas en los relatos del ciego, que podríamos jurar que las conocimos de cerca. Nos ocurre con

sus personajes lo que a esos paisanos manchegos que ignoran quién fue Cervantes, pero que no vacilan un momento en indicarnos el camino por donde pasó don quijote, y hasta las ruinas de la venta donde se alojara con Sancho. Hay además gentes de carne y hueso en las historias del tío Ventura que nosotros recordamos mejor que él mismo.

— Ese que usted dice no fue el menor de los Terán — le advertimos con autoridad—; debió de ser su hermano Ángel Luis.

Muy cierto, así no más es —responde el viejecillo ladeando la cabeza—. Al menor de los Terán le decían Lorencito, aunque llegó a tener ocho cuartas de estatura. Pero el otro el mayor, era la misma *pierna de Judas*. Ni en una noche entera podría contarles todas las fechorías que hizo. Hasta que una tarde se va encontrando con el flaco Estay, que era hombre ya algo viejo, de pocas palabras, pero un rayo p al corvo, decían.

Se fueron por palabras, en una maula que le quiso hacer Terán al otro en la rayuela. Se desafiaron allí en la misma falda del cerro. Pero Terán se le vino encima a Estay a la mala y lo clavó en el costado antes de que el otro hubiera acabado de enrollarse la manta al brazo. ‘Me embromaste, perro, fue todo lo que alcanzó a decir Estay; pero como el traicionero se agachara a gozarse en el hipo de la agonía que ya empezaba, el moribundo se enderezó en un codo y le rebanó el pescuezo de un solo tajo. Los velaron ahí mesmito, uno junto al otro, en la esquina de la Piedra del León, sólo que la gente echaba casi todas las limosnas en el platillo de Estay. Algunos ya comenzaban a correr la voz que éste se había vengado después de muerto.’”

Muy a las perdidas aparecen en la charla del tío Ventura alusiones a tiempos más remotos todavía, cuando los indios vivían en las serranías, con su lengua y sus costumbres apenas tocadas por lo español. Nos hablaba de las “*incuiñas*” en for –

ma de montecillo, de donde se solía desenterrar restos de los principales de la tribu, sus utensilios y armas. De los entierros de onzas de oro y de plata de cruz, y de los aparecidos que andaban penando. a fin de que alguien sacara el tesoro y cortara así la ligadura que los ataba a este mundo. Nos contaba de los *chinos* mineros que bajaban allá por mayo cada año con sus trajes de brin, bailando al son de sus pífanos de caña; el peto adornado con talismanes de plata virgen y la corona de cartón con oropeles y espejuelos relumbrantes. De corrido se ponía a recitar los retazos de un romance indiano, con sabor a lengua quichua, que había oído no recordaba dónde, pero que repetía poniendo énfasis en ciertas palabras, como si las entendiera:

Acordate, Pantopi chintorí. — Ye.

Aquí vamu yungasera pani. — Ye.

Kuari mapori lanka. — Ye.

Mata i mata imé.

Santa umé, chiki umé.

Peña mitaña.

Señor de Dios.

¡Santa María!

Con el correr de los años esta memoria antes infalible fue debilitándose por épocas, comenzando a fallar, cosa bien curiosa, por aquellas historias más conocidas de Lodos, no aquellas que había recogido a su vez de un tío-abuelo, gran contador de cuentos en su día, sino cuando ya era hombre maduro, en las tertulias del velorio, el mingaco y la vendimia, donde se juntaba gente andariega y hasta maleante, aparecida de otras comarcas.

Hasta que llegó un día en que la memoria de mi tío Ventura se deshizo, como quien dice, en menudos pedazos, cuando su salud se puso tan endeble que le daba fatiga hasta de rezar un rosario en voz alta. Entonces nosotros comenza-

mos a soplarle los pasajes que se le iban quedando atrás en la narración, los nombres y las fechas que se confundían en su cabeza.

Por último, se vio el caso de que los más chicos le contaran sus propias historias, acercándose bien a su oído para que no perdiera nada. Andaba entonces en los noventa y dos años. Si estaba de buenas, comenzábamos a enumerarle sus cuentos, comenzando por los episodios más memorables, que él escuchaba con aire de incredulidad.

—*¿Te acordáis, gallito?*... — le decíamos con las propias palabras del cuento del Príncipe Jugador.

Y él, con la barbilla casi tocando el pecho, pasándose la mano por encima de los ojos, como he visto más tarde al Milton del celebrado cuadro de Munkacsy, balbuceaba:

—No me acuerdo, hijitos.

LOS CUENTOS

LA VEZ QUE LLOVIERON PICARONES

Había una vez un pobre viejo que vivía con su mujer en un rancho de la orilla del cerro. Un día, ya bien cerca del aclarar, el hombre se enfermó de un repente y no tuvo más remedio que salir de carrerita al medio de la calle. Tocó que había una de esas neblinas arrastras que no le dejan ver a uno ni las manos, y cuando el veterano andaba a atentones por el suelo, dio con un envoltorio más que regular.

Al tiro cortó para adentro y le dijo a su mujer:

—Ve, Catita, lo que me hallé botado. Parece que fuera algo bueno, porque pesa montón. Yo no puedo más, y me voy a mi cama a pasar el calambre.

La señora aquélla iba como diez cuadras adelante del viejo en cuestión de darse cuenta de las cosas.

—Déjelo por ahí, no más, Ño Rosario. (Su marido era mucho mayor que ella.) ¡Siempre ha de andar recogiendo lo que no tiene destino para nada!

Era una bolsa con trescientos pesos.

Lueguito salió ella chancleteando para el pueblo a comprar azúcar y yerba, su almud de harina, su buena panza de grasa, un zapallo tamaño y no sé cuántas libras de chancaca.

Cuando sacó el sueño Ño Rosario, entró ella con un lebrillo pirquito de picarones que llegaban a pegarse solos.

—¿Quién te ha mandado esta lindura, hijita? —dijo el viejo, echándose a la boca dos o tres a un tiempo—. Están superiores. ¿Vos no los habrís comprado, no?

—¿De dónde pecatas mea? Coma y calle, Ño Rosario. ¡Apuesto a que es capaz de no creerme si le digo que están lloviendo *briñuelos*!

— ¡Mm! —hizo no más el viejo con la boca llena. Y se zampó media docena más.

A eso de las tres de la tarde, un caballero bien montado y con su lindo poncho de vicuña se paró a la puerta y se puso a golpear con la chicotera.

—Mamita —le dijo a la vieja de lo picarones, ¿no se habrán encontrado por casualidad una bolsita con plata que perdí por este camino?

Allá salió No Rosario desde la cama, antes de que su mujer tuviese tiempo de hacerse la desentendida:

— ¿Qué fue lo que te dije yo, hija? Vas a ver cómo sale siendo ese mismo el envoltorio que me encontré di albita en la calle.

“¡Gracias a Dios que al fin tropecé con una persona honrada!” — pensó suspirando de gusto el rico—. Devuélvame la bolsita a mi, que soy su dueño, abuelita, y verá que no le pesa.

—Las cosas tuyas, mi caballero —dijo misiá Cata—. Hacerle caso a un pobre lisiado que está en cama sin poder moverse hace una porción de años y que ya no atina ni a limpiarse el rial.

— Ya salistes con tus cosas, vieja — refunfuñó Ño Rosario desde adentro—. Como si no me acordara que poquito después fue cuando me dijiste que comenzaron a llover picarones.

—¡Ahora si que la acerté! —dijo el dueño de la bolsita, dándole un chicotazo a su bestia—. Bueno, disculpe, mamita, que la haya molestado. ¡Adiós!

Y torciendo la rienda, se fue con la cabeza gacha buscar-

do calle arriba.

—Vais a ver, no más, viejo entrometió —dijo la vieja, cortando para adentro—. Cómo se conoce que tus padres no te dieron ni pizca de educación, para venir a dejarme de embustera delante de la gente. ¡A otra que me hagáis, voy y te echo a la escuela!

—¿Güen dar, mujer —dijo él, jilibiando—. ¡No me echaron a la escuela mis padres cuando chico, y voy a salir yendo ahora, a la mil y quinientas!

Ya bien entradas las oraciones, volvió a pasar el caballero, de vuelta a su casa y con las esperanzas perdidas. Por un resto de curiosidad, recordando lo que habla alcanzado a oírle al viejo, volvió a golpear, para salir de dudas de una vez por todas:

—Señora, perdone si vuelvo a molestarla; pero el abuelo parece estar tan cierto de haberse encontrado algo esta ma-nana...

—Déjalo que vea la bolsita, Cata —carraspeó el viejo desde la cama—. Lo mejor es que se desengañe por su gusto, ¿no te parece?

—¡Ahora verás, viejo tal por cual! —le dijo ella dándole un buen pellizcón, y salió muy foronda a recibir al caballero.

— Permítame una pregunta, una sola — dijo el rico, algo desconfiado. Y empinándose en los estribos, como para hacerse oír mejor, gritó para adentro:

¿Está bien seguro que fue hoy mismo lo del hallazgo, abuelito?

— ¡Cómo no he de estar, señor, cuando por más señas esa vieja abusadora estaba por mandarme a la escuela! —dijo todo atingido el viejo.

—¡Vaya en gracia, mi buena mujer! ¡Admiro su paciencia para no mandar a este pobre al hospicio! —Y el caballero salió al galope para su casa.

A los pocos días, un arrollado con chicha vino a librar de

padecimientos al viejo. La viuda se mudó para el pueblo el mismo día del entierro, a gozar de la fortuna que el finado se encontró botada en la calle.

LOS PÁJAROS JUEGAN A LA CHUECA

Un día domingo que lucía un lindo sol, los pájaros se hablan juntado a platicar en una cerca que bordeaba la cancha de la Chueca. Los indios estaban todavía en sus rucas durmiendo la borrachera.

El Pillo, como más intruso, dijo que por qué no habían de jugar ellos un partido, y sin más saltó al medio, palo en mano. El Chuncho se puso envidioso de verse tan retaco al lado del otro que es tan largo de tutos, y salió a pasitos cortos a ponerse al frente.

—Adiós, niñas buenas mozas —gritó el Chuncho a una bandada de tórtolas que iba pasando.

— Pero no para ti, Chuncho cabezón — le contestaron.

— Esta noche lo veremos — dijo el Chuncho.

Las simpatías de los pájaros estaban con el Pillo, pero como conocían lo malintencionado que es el Chuncho, no se atrevían a ponerse del lado de aquél. Sin embargo, como estaban seguros de que el Pillo los convidaría con una lombriz por lo menos si ganaba el juego, comenzaron por formar una tremenda algazara con la intención de darle ánimos y también de aturdir al Chuncho, que es poco amigo de bullas.

Los pájaros que tenían niñas casaderas y que saben que el Chuncho les sorbe el seso tan pronto como se descuidan,

hacían mandas por que ganara el Pillo, que además de no ser rechoncho tiene fama de generoso y bien hablado.

—¿De cuánto va a ser la apuesta? —preguntaron los Zorzales, como más entrometidos.

— Tres chauchas y un diez —contestaron las Diucas.

Luego se armó la fiesta. Afuera se pusieron ramadas, vara para la topeadura y niñas cantoras.

Los veedores, que eran las Lechuzas, pusieron la bola en mitad de la cancha. Cuando el Tiunque diera tres gritos, comenzarla el partido.

A la primera señal, el Pillo llegó de tres saltos al medio de la cancha.

—¡Cabe allá! —gritó, y le pegó tan fuerte a la bola que por poco no descabeza al Chuncho.

—¡Viva el rey! ¡Viva el rey! —decía el Pidén, dando por] ganancioso al Pillo y con la intención de pedirle barato

Los demás pájaros formaron una gritería que era de volverse loco.

El Chuncho, que tiene muy mal genio, creyó que el Pillo lo habla hecho adrede, y viniéndose a la mala por detrás, le pegó el garrotazo en las canillas con todas sus ganas. Ahí no más quedó el otro en el suelo aleteando.

El Pillo creyó que se moría, y comenzó a pedir confesión La Torcaza, más compadecida, se puso a ayudarle a bien morir: Jesús! Jesús!

El único aliñador que había en la vecindad, el Pequén, quería darle una friega al Pillo antes de entablillarlo. ¿Trey tabaco, preguntaba. Yo, nipizca, nipizca!, decía.

Por lo pronto mandó a la Tenca a conseguirle vendas:

Tirilla, tirilla; corrión corrión, andaba pidiendo ésta por todas partes.

— Tener, tener, pedían los Queltehues a los demás pájaros, mientras bajaban al herido.

En ese momento no más se recuerda el Chicol de que tenía un tío doctor: ¿Han visto a mi tío Austín? —salió pre-

guntándole al que encontraba—. ¿Lo han visto ustedes, por casualidad?

A todo esto, los pájaros se agolpaban a preguntar cómo habla sido el pleito.

—¡Con cuchillo, con cuchillo! — aseguraba la Lloica.

Oírla el Chuncho y venírsele encima y pegarle una tremenda guantada que le bañó la pechuga en sangre, fue cosa de un suspiro.

Al Tordo le entró miedo, y dijo que él no habla visto nada: ¡Juraré, juraré!, decía; y como juró en falso, se puso negro enterito.

El Chuncho vio que la cosa se estaba poniendo mala para él, juntó sus pilchas y pasó para la Otra Banda, a esconder-se entre los cuyanos.

Al otro año volvió disfrazado de arriero, con botas de montar, calzones bombachos y arrebozado hasta los ojos. De día pasa escondido, por precaución, no vayan a reconocerlo los demás pájaros, que son tan novedosos y que no pueden callar nada. Por eso no sale más que de noche a sus correrlas.

EL ANIMAL - HOMBRE

Hace muchísimos años, antes, mucho antes de que se apareciera el diablo en Petorca, y cuando los animales se entendían con razones, como los cristianos, un león que estaba ya todo destroncado vino y llamó a la cabecera a su hijo un leoncito que apenas le sobresalía el colmillo:

- Mira hijo óyeme bien lo que voy -a decirte porque tengo más experiencia que vos, y está bueno que no echés en saco roto mis consejos, contimás que te los da tu padre casi en la hora de la muerte..

qué será, taitita?, diga no más.

Lo que quiero decirte es que no te dejes atropellar por nadie pues donde llegó el león no hay quien pegue entre todos los animales. Búscate la vida sin andar con contimpliques; pero no me cansaré de pedirte que en lo que llegó al animal-hombre, con ése si que tienes que andar con mucho tiento.

—¿Será muy fortacho el animal-hombre, padre.?

— No es eso lo que te quiero decir, hijo porque si fuéramos a tomarlo por ese lado, el animal-hombre no es más que un gusanillo, así, que anda parado en las de atrás, y que vos podrías hacer turumba de un manotón.

El cachorro, que se tenía por bueno, se rió al ver con lo que le salía su padre, y pensó que al pobre los muchos años

y el reuma lo estaban poniendo vilote. ¡Un animalito así, que apenas se afirmaba en el suelo, y venir a asustarlo con él...! ¡Las huifas!

El león viejo meneó la cabeza, muy apenado al ver cómo había tomado la cosa el joven:

— Lo mismito decía yo cuando me lo previno el finado mi padre, que Dios lo haya perdonado. Y te aseguro que si yo hubiera sido un hijo más obediente, no me habría pasado lo que me pasó con el animal-hombre. Te digo y te repito que no porque sea tan poca cosa de cuerpo te vayas a confiar en él. ¡Mira que tiene más mañas que pelos en la cabeza, y la astucia del burro que sale tirándose de espaldas cuando nos dejamos caer encima no es nada comparado con todas las que sabe el animal-hombre!

Apenitas se volvió el viejo para la pared, y estiró la pata, el león nuevo salió para el bajo con ganas de tirarse unos cuatro saltos con el mentado animal-hombre.

Andando, andando, llegó a un potrero, donde unos bueyes y caballos estaban descansando, echados a la sombra de los maitenes.

—¿Ninguno de ustedes será el animal-hombre?—les preguntó el león.

—No, señor —le dijeron.

— Pero lo conocerán ustedes.

— Claro que lo conocimos — le dijo el caballo—, como que trabajamos para él.

—Y siendo tan menudito como dicen, ¿no les da vergüenza que venga a mandarlos?

Lo mismo pensaba yo — dijo un buey—; pero un hombrecito vino y me laceó de los cachos, otro me echó un peal, luego cuando estuve en el suelo me marcaron, me arreglaron y, por último, me enyugaron y me pusieron a arar. Y cada vez que quería arretacarme, el hombre me clavaba con la garrocha, y no había más que salir de carre-

rita.

—¿Y usted, amigo caballo? —le dijo el león a un potro retinto de la quilín crespa.

—Yo también era del mismo ditamen, hasta que vinieron unos hombreritos, me echaron la manea, me cegaron tirándome una manta a la cabeza, me ensillaron y me hicieron ver burros negros a chicotazos.

Más allá, por debajo de unos árboles, el león divisó al animal-hombre. Andaba como afirmándose en tres patitas, luego levantaba una, la más corta y se la colgaba del hombro. Así fue acercándose por entre unas quilas hasta que el león pudo verlo mejor. No tenía mucho pelo en la cara, y era todavía más chico de lo que él se imaginaba.

—Mi padre debe de haber estado malón de la cabeza, digo yo —pensó el león—. A este hombrerito me lo almuerzo de dos mascadas.

En éstas estaba, cuando el hombre entró a sospechar algo, porque, aunque estaba como a media cuadra del león, se volvió a mirarlo, puso una rodilla en tierra, levantó la escopeta, hizo los puntos, y le disparó los dos tiros.

¡Cataplún! allá le quedó hecha astilla una pata al león.

—¡Bienhaiga la granadísima! —iba diciendo el león, mientras arrancaba a perderse para los cerros—. ¡Quién iba a figurarse que a esa distancia, el animal-hombre podía levantar una patita, y largarme uno y hacerme tiras una paleta con la ventosidad! ¡Y lo que me habría pasado si me acerco más! Tenía razón el finado mi padre, y está bueno que me pase por metido a grande y por dárme las de más sabido que mis mayores.

¡GARCÍA, GARCÍA!

Un hombre que tenía unos rulos con cebada por allá por el lado de Aconcagua Arriba, se puso a trillar con sus burros, cuando vino el zorro una noche y le robó todos los látigos de los aparejos, sin dejarle uno siquiera para soborrial. Ahí quedó no más el pobre, con los costales listos para bajar la cosecha al plan, y sin saber qué hacer.

El burro más viejo se compadeció del hombre, vino y le dijo:

—Oiga, patrón, yo voy a buscarle los látigos que le robó el zorro.

—Una fanega de cebada que te regalo si dais con ellos, pues, hombre.

Allá salió al trotecito el burro cuesta arriba por ese Tabolango, tanteando llegar a la cueva del zorro cuando todos estuvieran durmiendo a pierna suelta.

Por la mañanita, cuando salieron a tomar aire la zorra y los zorritos, lo primero que van viendo es a mi buen burro que estaba tirado a la larga por ahí en el faldeo, con las orejas y las patas tiesas, muerto, muerto.

Para adentro cortaron atropellándose la zorra y los zorritos, a despertar al zorro, que con tanta trasnochada se había quedado a dormir hasta tarde.

¡Albricias! ¡Levántate, papá, que vamos, a tener charqui

para todo el invierno! —chillaban los zorrillos, atropellándose de gusto.

— ¡García! — le decía la zorra remeciéndolo. (García era el apelativo del zorro)—.

Levántate, que nos han venido a dejar un banquete ala puerta.

El zorro, en cuanto pudo espantar el sueño y salió a olfatear al burro, se recordó de los látigos que había guardado para los meses azules del invierno, en que ni la gente halla qué comer por esos peladeros. Con los látigos vino y amarró al burro de las patas, del pescuezo, por donde pilló, y vino y se amarró él también hasta de las verijas, para tirar mejor. La zorra y los zorrillos le ayudaron a arrastrar al orejas largas cuesta arriba.

El burro los aguaitaba no más con el rabillo del ojo, y cuando los vio a todos bien aferrados de los látigos, se enderezó de repente, pegó su guapo rebuzno, y cortó corriendo a pelárselas cuesta abajo.

El desparramo no más fue quedando por el camino, tan pronto como la zorra y los zorrillos se dieron cuenta de que el burro les estaba pasando catas por loros. Pero como el zorro padre se había echado nudos hasta por no sé dónde, el burro se lo llevó a la rastra y me lo hizo bolsa. De un tirón lo hacia dar contra una piedra, para mandarlo a rebotar en otra un poco más abajo. La zorra se llegó a poner ronca gritándole de atrás:

¡García, García!

¡déjate de esa porfía!

creyendo que el zorro no quería soltarse de *puro encrapichado* que era, por ver quién resultaba más de aguante.

Ahí se quedó la zorra aguaitando para abajo, por si venía el zorro, y todavía debe estar esperándolo.

El burro llegó con toilitos los látigos donde el dueño; pero el hombre era algo apretado de los corriones, y le salió al

burro dándole un montoncito de granzas en pago de su trabajo.

Como burro que era al fin, el otro no supo alegar, y agachó las orejas. Luego resultó que las granzas estaban a no poder más de terrones y otras inmundicias, y el burro se puso a pensar en cómo limpiar aquello para comerse lo poco que quedara. Al fin, como más discurre un hambriento, se tendió en la misma era, con la culata vuelta para el montoncito de granzas y con las patas tiesas.

- Lueguito, no más, creyéndolo muerto, llegó un jote revoloteando, se clavó de piquera, y vino y lo picó por detrás. El que lo pica, y el burro que le hace la apretada, y me lo caza de la cabeza. El jote, a medio ahorcar, alegaba y aleteaba y aleteaba con más fuerza que un remolino; y las granzas se iban limpiando poco a poco de toda la mugre. Al fin, cuando quedaron mejor que si las hubiesen aventado a máquina, el burro le dio larga al jote, se paró y se comió su buena ración bien limpiecita.

El jote salió corriendo medio atontado; pero el apretón habla sido tan fuerte, que desde entonces todos los jotes nacen con la cabeza y el cogote pelados, como ustedes habrán visto muy bien.

¿CAIRE?

Todos sabían que en la casa de lata habla un entierro, porque penaban a todas horas; pero desde que a uno que alojó ahí lo sacaron al otro día lacio y desmayado, nadie se atrevía a pasar ni cerca, y menos de noche. La casita se iba acabando poco a poco, porque nadie quería vivir en ella ni de balde.

Todo lo que se pudo averiguar fue que el gallo ése le mando bendecir una vela al cura, la puso en una palmatoria y es pero hasta cerca de la medianoche para entrar en la casa con su pala y su barreta. Pero nadie pudo sacarle después una palabra tocante a lo que había visto. Contestaba como atontado y no quería que volvieran a hablarle de eso.

El alma del finado debía estar muy necesitada de misas; pero para que pudiera desprenderse del entierro que lo mantenía penando en este mundo, era menester dar con una persona que además de andar trayendo la pana en costales, para dar y emprestar, no fuera nada interesable y le diera su

-parte a la Iglesia. Muchos se desafiaban a quién sacaba el entierro, y hasta hacían apuestas, pero todo quedaba en palabras.. Y el ánima del difunto seguía penando noche a noche, arrastrando cadenas y haciendo llorar a los perros de toda la vecindad.

Hasta que un día llegó un forastero, y se supo que venía

comprometido a sacar el entierro para dar descanso al ánima bendita del finado. Era un hombre muy callado, bajito, ya de alguna edad, y que parecía bien poca cosa. Era arriero, según dijo, y venía por entrada y salida al pueblo.

Lo primero que hizo el amero fue trozar un poco de leña meterla en la casa de lata y pasar luego por el abasto a comprar un buen pedazo de carne de asado. Cuando faltaría poco para medianoche, le dio hambre, sacó unas brasas a un lado y puso la carne en el asador.

Lueguito no más comenzaron unas carreras en el cuarto del lado.

— ¡Bah, son los ratones que vienen al olor de la carne!

—dijo el arriero.

Otro rato se sintió como un llanto en el tejado.

“Alguna lata suelta que está rasguñando con el viento”,

—pensó el arriero.

Al fin, las doce que las dan, cuando viene lo bueno. El arriero estaba probando una tirita de carne por ver si estaba ya en su punto, cuando oyó por entre las vigas que le hablaban nada más que con un hilito de voz:

—¿ Cairé?...

El arriero ni miró para arriba, siquiera.

— ¡Eh, porra — dijo—, no porque penen las ánimas voy a dejar yo que se enfríe la carne!

Y se puso a comer una y otra tajada de lo más jugoso.

—¿ Cairé?.

Nada tampoco.

—¿ Cairé?...

—¡Cae, si querís, pues, moledera! —le gritó el arriero. Ahí no más se dejó caer al suelo una bolsa de güesos Y el arriero masca que masca.

— ¿Querís carne?

—No, caballero, los muertos no comen —dijo la bolsa de güesos

—¿Qué es lo que querís, entonces?

—Ando en busca de un alma caritativa que saque una plata que dejé enterrada en ese rincón.

— ¿Y qué tengo que hacer yo con esa plata, vamos a ver?

—En primer lugar se va al curato y me manda decir una corrida de misas de San Gregorio, las paga adelantadito, y lo que le sobre lo deja para usted, por el mucho corazón que ha tenido para librarne del purgatorio.

—Así se hará, pues —le dijo el arriero.

Y con eso el ánima se perdió por un rincón, de lo más contenta y agradecida.

Al otro día, apenas aclaró, cuando los vecinos vinieron en procesión a sacar al forastero, se hallaron con que la casa estaba vacía, y con un tremendo huraco en un rincón, donde podía perderse un hombre. Del arriero no volvieron a saber en la vida, y algunos se quedaron en la creencia de que se lo había llevado el diablo, por hereje. Pero más tarde contó la sobrina del cura que el amerito había estado en el curato bien diabla, a mandar decir sesenta misas rezadas, y que las había pagado de golpe con platita pura del tiempo del Rey.

NO HAY QUE CREERSE DE LA PRIMER NUEVA

Un joven que casi se mataba trabajando para ayudar a sus padres (porque al pobre caballero le habla dado por trabajar unas minas broceadas desde hacía muchos años, y que estaban dando en agua, de llapa), salió un día a rodar tierras, después de darle palabra de casamiento a una jovencita que se había criado en la casa.

Al mucho andar llegó a la orilla de un estero que estaba de crecida con los soles del verano, y a la sombra de unos sauces llorones se encontró con un viejito de la barba que le llegaba a la cintura y que le pidió que lo pasara al otro lado.

El joven lo pasó a las ancas, y lo llevó un buen trecho de camino.

—Hasta aquí no más, mi caballero —le dijo el ermitaño—. Ahora, para pagarle su caridad conmigo, le voy a dar tres consejos, que si los sigue no le irá mal en nada.

—Como sea su gusto, abuelito; que le prometo hacer en todo lo que usted me diga.

—El primer consejo es: “No preguntes lo que no te conviene”.

—Muy bien, no le dé cuidado, que no soy nada de preguntón.

—El segundo es: “No hay que dejar lo viejo por lo mozo ni lo cierto por lo dudoso”.

Tampoco lo olvidaré, taitita.

—Y el tercero: “No hay que creerse de la primer nueva”.

Con esto, el joven le dio las gracias al ermitaño y siguió su camino. Anduvo hasta llegar a una hacienda muy grande, con unas casas de altos, su buena capilla y todo.

El dueño lo recibió muy bien y le dijo que se quedara a almorzar con él. Cuando estuvieron sentados a la mesa, trajeron a una señora muy donosa con una cadena así tan gruesa al pescuezo, y la amarraron a una pata de la mesa. La señora tenía unos ojos muy bonitos, miraba como suplicando al joven, y las lágrimas le corrían por la cara; pero él se acordó a tiempo del consejo que le dio el ermitaño, y volvió la cabeza de otro lado, para no sentir la tentación de preguntar por qué le daban ese trato.

Conversaron con el caballero toda la tarde, sentados en los escaños del corredor, y después salieron a darle una vuelta al fundo. Pasaron unos grandes potreros, llanitos como la palma de la mano, donde se regodeaba el ganado vacuno y caballar. Los trigales estaban granando y las viñas daba gusto verlas. Por unas alamedas de acacias y castaños tan tupidos que ni la resolana alcanzaba a sentirse, subieron hasta el Portezuelo, y de arriba le echaron un vistazo a toda la hacienda. Tocó la casualidad que el administrador le habla salido un pillo de siete suelas al caballero, y tuvo que echarlo antes de que lo dejara por puertas. Ahora andaba buscando una persona competente y honrada que le vigilara el fundo, para poder descansar él.

La situación le convino al joven, y ahí mismo llegaron a un arreglo. Como el caballero no tenía hijos, se quedaría a acompañarlo en las Casas.

Esa noche volvieron a traer a la señora y a amarrarla a la pata de la mesa. El dueño de casa le tiraba los huesos a los perros, y la señora peleaba con ellos para alcanzar a chupar una astillita siquiera.

Cuando se sirvieron el desengraso, el caballero le dijo al jo-

ven:

—Venga conmigo para acá.

Y le abrió un cuarto que tenía cerrado con siete candados; ya dentro vio el joven una hilera de cuerpos que llegaban a estar secos del tiempo que baria que los tenía colgados.

—Esos son los que vinieron antes que usted y salieron preguntando lo que no les convenía —le dijo el caballero—. Como usted tuvo el buen tino de guardarse su curiosidad por lo que vio en la mesa, le contaré que esa señora es mi esposa y que la tengo castigada porque me faltó.

El joven se quedó administrando la hacienda hasta que juntó su poco de plata y un buen piño de animales de unas crianzas que el caballero le dio en medias. Con el tiempo el patrón quedó tan encantado con el trato del joven, que cuando, al fin, murió la señora, le prometió que lo tratarla como un hijo si se quedaba con él, y le dejarla la hacienda a puertas cerradas para después de sus días.

Pero el joven tenía ganas de volver a gozar de la compañía de sus padres antes que Dios se los llevara y de ver a su novia, que ya debía ser una mujer hecha y derecha. También se acordaba del segundo consejo del ermitaño: “No hay que dejar lo viejo por lo mozo ni lo cierto por lo dudoso”. Y se fue, arreando sus vaquillonas y con su buen fajo de billetes, de lo que habla ahorrado en los años que estuvo a cargo del fundo.

Cuando llegó a su pueblo se paró en la primera casa que encontró, a noticiarse de dónde estarían parando sus padres -con sus hermanos y su novia. Tocó que vivía ahí una vieja escuchina que le llenó la cabeza de cuentos, tocante a un viudo rico que visitaba mucho la casa y tenía ya medio convencida a la novia del joven, y se decía que hasta una mesada le había puesto mientras tanto.

El joven estaba ya por tirar la argolla del compromiso al tarro de la basura, cuando se recordó del otro consejo que le habla dado el ermitaño.

— Vamos a ver. ¡*No he de creerme de la primer nueva!*

—Y picó espuela para la casa.

Resultó que el viudo rico era el padre natural de la niña, y ahora que se le habla muerto la mujer legítima, estaba pronto a reconocerla por hija y dejarla mejorada en el testamento

Cuando se cansaron de abrazarse todos y de contarse cuanto habla pasado en los muchos años que llevaban sin verse, el joven salió a indagarse de una chacra que fue antes de la familia y que estaba por rematarse, pues quena vivir en lo propio. De pasada habló al cura, para chspensa del matrimonio. El caballero de la hacienda mandó adelante su buen cordero abierto y un barrilito como de veinte arrobas de regalo, y se ofreció para testigo. En la misma fiesta, el rico se entusiasmó tanto con la novia, que al tiro los comprometió a que lo hicieran padrino del primer hijo que tuvieran, para llevárselo a la hacienda y entregarle las llaves de todo. La novia sacó el *zancarrón* de su plato y se lo pasó a la visita con su propia mano. Luego empezaron los brindis, y se ola tupidito:

—Lo obligo con la mitad, compadre.

—¡Se la pago, comadrita!

COSAS DE PEDRO URMEDALES

El bribonazo de Pedro Urdemales estaba una vez en una Feria muy celebrada, divirtiéndose con unos anugotes, cuando acertó a pasar al trote un fraile tamaño de sordo, montado en una mula tordilla que tendría bien sus siete cuartas de alto, de la pezuña a la cruz.

—A que no le quita la mulita a Su Paternidá —le dijeron los amigos a Pedro Urdemales.

—Voy a que se la quito, y a que encima lo hago comer de lo que yo he comió —saltó Pedro, que ya se estaba poniendo algo fantaseoso.

Apostaron una damajuana de ponche en leche.

Pedro cortó adelante por el camino por donde tendría que pasar el padre, que iba a almorzar en casa de unas beatas ricas. Hacía un calor de ver culebrillas, y por ahí no más en una parte sola, Pedro se desañudó la faja y le dio descanso al cuerpo. En eso sintió el trote de la mula, se sacó el sombrero y tapó lo obrado con la chupalla, aplastando la aleta a dos manos.

Al padre se le despertó la curiosidad, y se paró en secos

— ¿No me dirá qué hace ahí, hermano, en cabeza y a todo el sol?

—¡No me diga nada, Su Paternidá, que he pifiado la avecita más linda que se pueda imaginar, y aquí estoy sin saber

cómo ir a mi casa a buscar una jaula, antes de que se me va:
ya!

—Vaya, ¿y dices que es un pájaro muy raro, hijo?

— De un plumaje como no se ha visto otro, se lo aseguro, mi padre. Le sacaré bien sus quinientos pesos. Pero, por lo visto, la suene del pobre es no hallar de quién valerse, y al fin le tendré que dar suelta.

—Eso no, hijo; anda en mi mula por la jaula; pero no te demores, mira que no quiero llegar atrasado a mi capellanía.

—Y usted, padre, no vaya a darle floja a la chupalla, mire que el pájaro es muy mañero y me costó mucho pillarlo. Aplástela por todos lados, que ni la luz vea siquiera...

El padre le prestó su sombrero de pita a Pedro, para que no pareciera que se había arrancado en la mula, y se quedó medio en cuatro pies en el suelo, con los hábitos enrollados a la cintura, que no le dejaban sacar bien el resuello. Al poco rato le llegaba a correr el sudor por el cogote, y comenzaban a acalambrársele las piernas. Las moscas también casi se lo comían. ¡Y aquel demonio de hombre sin volver!

—¡Bien hecho, por meterme en lo que no me importa!

— rezongaba el fraile—. Lo que Dios no permita, hasta un tabardillo puede resultarme por prestarle mi sombrero de llapa a ese condenado de hombre. ¡En otra me hablan de pillar!

Y de Pedro Urdemales, ni noticias.

Cuando el padre sintió que comenzaban a zumbarle las oídos, se enderezó un poco y resolvió ver lo que habla debajo del sombrero, no fuera cosa que el pajarito se ahogara con el calor.

Y muy ten-con-ten fue metiendo

la punta de los dedos por debajo de la chupalla, y en cuanto tuvo la mitad de la mano adentro, pegó el manotón para que- no se le escapara.

¡Ahí no más se *embagunó* hasta la misma muñeca!

— ¡Hijo de una gran perra! ¡Y yo que fui a tragarme como un bodoque el cuento del pajarito!

Y sacudiéndose los dedos para librarse de la inmundicia, ¿no le va pegando un papirote a una piedra filuda que habla por ahí?

— ¡Ay! — Y antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se habla chupado los dedos para amortiguar el dolor.

¡Por las once mil vírgenes! Y ahora lo que falta es que el indino me robe la mula y el sombrero, para completarla.

Y desatándose los hábitos, el padre cortó a tranco largo para el pueblo, a buscar su mula.

Mientras tanto, Pedro apenas llegó donde sus amigos se buscó una brocha, un poco de tierra de color, y le dio una mano a la mula, dejándola colorada, tirando a-mulata.

Adivinen a quién se la vamos a vender ahora.

—¿A quién, pues?

—¡Al mismo padre, ahí está la gracia! —les dijo Pedro. Después de desquitarse con el mercedario, y apostar otra damajuana, le trapasó la mida a su compadre, le cambiaron la montura por una enjalma que hallaron por ahí, y la fueron a pasear por la Feria.

Allá llegó el fraile con la lengua afuera, preguntando si por casualidad no habrían visto a un hombre con sombrero de pita montado en una mula tordilla.

Los mismos compadres de Pedro le aseguraron que ellos habían pasado todo el día en la Feria, y no se había visto ni su sombra.

— Pero, por ser a usted, padre, le venderíamos esta mulita por lo que nos costó.

—A ver, hombre. No es mala la mida; hasta se parece a la mía en el porte y la voluntad. ¿Cuánto se dejan pedir por ella?

- Quinientos pesos, nada más, padre. Ya sabe que donde llegó el caballo alazán tostado o la mida mulata, no hay quién pegue:

*Alazán tostado,
primero muerto y no cansado.*

*Mula mulata,
donde pone el ojo, pone la pata.*

Con más fuerza que ganas, el padrecito sacó sus quinientos pesos y los pagó por la mula, montó y salió al trote largo para donde iba de visita.

Esa misma tarde le mandó al mocho del convento que le bañara la mula y se la rasqueteara bien. A los primeros baldes de agua, comenzó a correrse la pintura fresca, y cuando llegó el padre a verla, la encontró tordilla, como antes.

El pobre padre se tiraba las mechas de rabia, mientras Pedro Urdemales celebraba la broma con sus cumpas en las fondas de la Feria.

POR UNA DOCENA DE HUEVOS DUROS

Un hombre que ya no podía más de pobre, resolvió irse a las minas para probar suerte, dejando y poquito y nada que quedaba en la casa para la mantención de su mujer y los niños, su suegra y una hermana viuda con sus huachitos. Después de mucho andar pasó por un pueblo donde después de hacer de tripas corazón se resolvió a pedir que lo convidaran con algo para no caerse muerto de hambre, y al fin, golpeó en la última puerta, donde estaba una señora solita junto al brasero, con su gato y sus gallinas.

— Por la mucha necesidad, no más, patroncita, le pido que me convide con unos cuantos huevitos siquiera, que cuando vuelva de las minas se los pagaré bien pagados.

En ese tiempo los huevos costaban tan barato que muchas veces ni costaba ir a buscar los nidales; y como la señora tenía el tacho hirviendo para tomar mate, tomó un puñado de la canasta y se los echó a cocer de llapa hasta que tuvo rezados tres Credos.

El minero se fue muy agradecido con su docena de huevos duros, y con eso le alcanzó para llegar hasta el mineral de la Descubradora, donde decían que se estaba aburriendo la gente de tanto ganar plata.

Como a los diez años, el minero vio que ya estaba rico y que lo mejor sería volverse para su tierra a socorrer a su familia.

Pero no se olvidó de pasar por el pueblo a cumplirle la palabra a la señora que tenía la crianza de pollos. Ahí mismo no más paró la tropilla de burros que venía arreando.

Ta, ta ta, “¿Qué ya no me conoce, abuelita? ¿No se acuerda de lo que le prometió aquel pobre que pasó por aquí

sin cocaví y usted le dio una docena de huevos? Bueno, una de estas cargas de plata es para usted; elija la que más le guste”.

Y ahí mismo le yació unas cuantas en el suelo.

A la vieja le comenzaba a fallar la vista y estaba muy tarda de oído. Pero le pasaba lo que a otros, que con la edad se ponen avarientos.

—¿Y dice usted, joven, que es plata todo lo que llevan esos burros? ¿Y usted fue a ganar toda esa plata después que me pidió fiados los huevos a mí?

¡La vieja no podía conformarse con que le diera una parte a ella, no más cuando los burros eran tantos! ¡Y. si ella no es de buen corazón, buena minita que se hubiese encontrado!

— ¿Cuánto tiempo dice que hace a, que le vendí esos huevos?

—Diez años por lo muy menos. Fue antes del Temblor Grande.

El gesto se le avinagró del todo a la vieja:

—Entonces, caballero, ¡toda esa plata es mía! Hase visto desfachatez, querer contentarme con una carguita, cuando si yo guardo los huevos y se los echo a mis gallinas, ¿cuántas docenas de miles de huevos y pollos cree que tendría ahora? No, señor, no me venga con engañifas. ¿O porque la ven a una vestida de lana, han de tomarla por oveja? Ayúdeme a echar esos burros al corral, le digo.

Y tirón por aquí, garrotazo por allá, hizo entrar a los burros y atrancó la puerta.

El minero, que era una alma de Dios, no sabía qué hacer con aquella vieja loca. Echarle la puerta abajo, cuando a él no lo conocían ni los perros, hubiese sido para peor, es lo que

pensó.

Andando otra vez para el centro, pasito a pasito y con la Labeza gacha, oyó que le decían:

— ¿No me dirá amigo, qué es lo que ha perdido?

Era un hombrecito de chaqué plomo y con la nariz bien colorada, que andaba con el sombrero al ojo y algo como convino.

Ligerito el minero le contó lo que le pasaba.

—No se le dé nada, amigazo. Mire, yo soy abogado recibido, y le prometo que mañana ganamos el pleito. Haga que le manden una citación a la vieja para las dos de la tarde, y espéreme en el juzgado.

Y le saco el último peso que le quedaba “para enterar la rasca”.

Al otro día ya estaba la vieja muy tiesa donde el juez. Y el tinterillo sin llegar.

—¿Qué hace su abogado que no viene? —le dijo muy mal agestado el juez al pobre minero—. Le prevengo que si no llega a tiempo, lo condeno con costas.

Las dos que las están dando, cuando entra el tinterillo muy asorochado y con la nariz como un tomate.

— Usía me perdonará el atraso — le dijo al juez—; pero con el apuro que tenía en sancochar una cebada- para sembrarla...

— ¡Vaya a contarle eso a su abuela! —le gritó el juez, pegando un golpe en la mesa que por poco la parte—; contimás que nos tiene esperándolo el caballero, y se viene a reír de uno encima. ¿Adónde se ha visto echar a cocer la semilla antes de sembrarla?

—Me extraña que se enoje conmigo, Su Señoría, porque le digo que estaba sancochando una cebada para sembrarla, y deje que esta señora venga a contarle que podía haber sacado miles en huevos y pollos y de una docena de huevos duros que le dio hace como diez años a este buen hombre.

¡Cómo! ¿Estaban cocidos los huevos, señora? ¡Jure decir

verdad! — le gritó el juez.

—Así no más fue, Su Mercé. Por mejor se los di duritos. Entonces, amigo, páguele su real y medio a esta vieja

desvergonzada y llévese su plata, que harto le ha costado ganarla — le dijo el juez al minero.

El minero le dio una carga de plata al tinterillo por lo bien que le defendió el pleito, y se fue con sus burritos para su casa, contento como unas Pascuas.

SI DIOS QUIERE DARME, YA SABE DONDE VIVO

A una pobre mujer le habla tocado casarse con un hombre sumamente flojo, y en cambio se había cargado tanto de familia que andaban siempre los chiquillos sin tener con qué taparse las carnes. Era inútil que ella se lo pasara majadereándole todo el santo día; que cómo era que tenía a menos ir a pedir algo para sus hijos y no le daba vergüenza perder el tiempo armádoles trampas a los pájaros y durmiendo la siesta hasta la oración. Que viera cómo el compadre, su hermano, se había hecho rico, mientras que ellos andaban dándose con una piedra en los dientes.

Pero nada sacaba con eso, porque su marido se contentaba con bostezar y cantarle la misma tonada:

—*¡Sí Dios quiere darme, ya sabe dónde vivo!*

Cuando su mujer lo sacaba de paciencia con íos del compadre rico, le decía:

—Si querís, anda a pedirles por tu cuenta, que lo que, es para mí, no hay hermano que valga. ¿Te acordáis de la última vez que fuiste a pedirle un peso a mi nombre? No te había querío decir nada mejor, pa' no hacerte pasar rabia. Cuando fuimos a ajustar cuentas, me salió con su gracia de siempre: “Un peso que me mandaste pedir, uno que le di a mi comadre y otro que hay apuntado aquí, son tres”. Inútil que yo alegara que era el mismo peso. “El libro no, miente”,

me decía él, y con esto me dejaba callado. Así, cualquiera se hace rico, digo yo.

Entonces, acómídate por b menos a ir por un poco de leña, mientras yo voy a ponerle cara de palo a la comadre, para que me dé un puñadito de harina tostada con que hacerle un chercán a los niños.

Allá iba la pobre con dos o tres chiquillos colgados de las pretinas, a casa de la comadre rica. La tal comadre, que era la misma piedra azul, le salía con que los tiempos estaban muy escasos, que lo justo era que el sinvergüenza de su compadre trabajara en algo, que a ellos lo poco que tenían les había costado su bueno; que Juan Francisco pasaba echándole en cara que se lo daba todo a Pedro, Juan y Diego, y que si ellos quedaran en la calle, nadie, seguramente, les daría una sed de agua.

En fin, que la mandó poco menos que con las manos vacías. El hombre no volvió hasta por la media tarde, con un puñadito de leña y riéndose solo:

— ¿Querís que te cuente, Peta? — le dijo —. Pa' que veas la suerte del pobre; figúrate que a poco andar por el cajón del estero, hacía tanto calor que me tuve que recoger a la sombra, y ahí no más, afirmado contra un quillay, voy viendo un costal pirquito de oro.

— ¡Un costal de oro! — gritó la mujercita, creyendo que el pobre se había puesto malo de la cabeza de un repente.

— Un costal así tamaño, que debe haber pesado unas seis arrobas por lo muy menos. ¿Has visto irrisión igual? Venir a aparecérseme por allá por los quintos infiernos, cuando habría dado lo mismo dejarlo a la puerta de mi casa. ¡Pero no se te dé nada, que yo sé muy bien que si Dios quiere darme, ya sabe dónde vivo!

La pobre mujer no pudo aguantar más y se fue a desahogarse donde su compadre rico. Es cierto que el tal compadre estaba podrido en plata, pero era de esos que no pitan por no botar el pucho. Por lo pronto se hizo no más que no tenía

pizca de fe en lo que contaba de su compadre pobre; pero apenas anochecido, enyugó su mejor yunta de bueyes, los puso a la carreta chica y se fue solito por el cajón del cerro. Tocó que había una luna como de día claro. Por las señas del quillay no tardó mucho en dar con el costal, que llegaba a olear..., pero de boñiga clarita.

— ¡Hijuna con mi compadre! Después de todo lo que les he muerto el hambre a ellos y a su plaga de chiquillos, venir a salirme con ésta. Pero juro por el hijo de mi mamita que no se va a quedar riendo de su gracia.

En cuanto dejó resollar los bueyes, arrimó la culata de la carreta al costal y apretándose las narices como pudo, le puso el hombro hasta amarrarlo a la quincha. Muy contento llegó como a la medianoche frente al ranchito del compadre pobre. Otra fiesta fue para bajar el costal sin que lo sintieran los quiltros. Y ahí no más lo arrimó, bien cargadito contra la puerta.

Después se fue para la casa riéndose solo: “¡No va a ser bueno el primer baño que se pega mi compadre en su perra vida!”, pensaba.

Allá con el sol alto comenzó la mujer del compadre pobre a llorarle que se levantara, que no había ni para darle un agua caliente a los niños. Al último se enderezó el flojonazo y se puso a rezongar, que no lo dejaban ni dormir el sueño de la mañana, que era el mejor. Pero que no se estuviera figurando que iba a portarse por donde su compadre rico, como si por ser pobre él no tuviera delicadeza, o anduviera envidiándole su plata a nadie.

—Ayer, no más, sin ir más lejos, yo podía haberme hecho rico poderoso; pero yo sé bien que si Dios quiere darme...

Y esto que iba diciendo, cuando al quitarle la tranca a la puerta de calle, se le viene encima el costal de oro, y las onzas van rodando por todos los rincones del cuarto y metiéndose hasta en las últimas rendijas.

¿Creerán que eso lo sacó de su pasito siquiera? ¡Psh!, todo lo que hizo fue darse vuelta y muy ufano decirle a su mujer, que andaba en cuatro pies por el suelo con los chiquillos, recogiendo plata a puñados:

¿Te acuerdas de lo que yo te dije una y otra vez? ¡Si Dios quiere darme, ya sabe dónde vivo!

—Pero, *¿qué fue del compadre rico?*

—Ah, se me olvidaba; como la mujer del compadre pobre no sabía mucho de cuentas, ni él tampoco, mandaron a los niños a decirle a su compadre que tuviera muy buenos días, que cómo hablan amanecido todos, y que hiciera el favor de prestarle la cuartilla o el medio-almud por un ratito.

“¿Para qué querrán cuartilla estos infelices?” — pensó la señora; y de puro curiosa tomó una vela y le untó bien el asiento con sebo.

Del alboroto y el gusto, no se fijó nadie en que cuando vinieron a devolver la cuartilla, se había quedado pegada una onza de oro, una onza de a diecisiete pesos dos reales.

El compadre rico y su mujer no se podían conformar con que él no hubiera escarbado siquiera un poquito en el costal antes de írselo a dejar como un bendito de Dios, y a la misma puerta, a su compadre pobre.

Al poco tiempo se remató un fundo en la vecinda y cuando la puja iba ya muy arriba, llegó el compadre pobre y dijo que él también iba a hacer posturas. Todos se rieron de verle la facha; pero cuando sacó los rollos de billetes para pagar la hacienda, todos andaban con Don por aquí y Don por allá.

La mujer del compadre pobre no dilató en bajar al pueblo, se fue a las tiendas y vistió a los niños como unos caballeritos y se compró para ella un lindo pañuelo de rebozo y sus buenos botines de charol. Lueguito se fueron a vivir a la hacienda, y ahí seguirán viviendo hasta hoy y gozando de su platita, porque no fueron nada codiciosos.

-¿ *Y los compadres ricos?*

A los compadres ricos les llegaron a salir piojos de melancolía y no tardaron en morir de la *pensión* que les dio de ver en los mismos totorales a los compadres pobres.

UN BIEN CON UN MAL SE PAGA

Con noche había a madrugada esa vez el campañista a rastrear una vaquillona del asta gacha que se le ,estaba cebando a perderse en el monte. Pero todo lo que anduvo cerro arriba no le sirvió de maldita cosa, y no quedarían más de dos brazadas de sol, cuando volvió rienda y tomó la bajada. Estaba rendido de calor y ya no veía de hambre, cuando se paró de-bajo de una patagua a refrescar el guargüero y mascar un poco de comistrajo que traía en las alforjas. De repente, como en secreto sintió que le decían:

— Arrierito, hágame la caridad de sacarme de este aprieto.

El vaquero se paró a mirar detrás de las quilas y vio una sierpe tamañaza, que estaba estacada entre dos peñascos y llegaba a verse reseca del tiempo que había pasado ahí sin, comer.

(Han de saber ustedes, niños, que en ese tiempo Dios Nuestro Señor permitía que los animales hablaran como los cristianos.)

Bueno, pues, el hombre que era de buen corazón y muy confiado, agarró un palo que encontró por ahí y le hizo unas palanqueadas a la piedra hasta que consiguió correrla un poco. Al fin resbaló para fuera la sierpe, y tan pronto como se vio libre, se le fue a la carga al vaquero, abriendo la tarasca

de par en par:

—Ay, amigo, ahora no tengo más remedio que comérmelo, porque ya no veo de hambre con todos los meses que llevo, sin probar más que mosquitas.

—Pero, señora de mis entrañas, ¿cómo me va a comer a mi que le he salvado la vida de entre esos peñascos?

—Así no más es; pero ya usted está bastante grandecito para saber que en este mundo, un bien con un mal se paga.

El hombre le lloró y le suplicó tanto, que la sierpe le dijo:

—Mire, para que muera a gusto le vamos a preguntar a tres vecinos de por aquí, y si ellos convienen en que siempre en este mundo un bien con un mal se paga, ya no habrá más que hablar. ¿Qué le parece?

El vaquero, por ganar tiempo, le dijo bueno. ¿Qué iba a hacer el pobre?

Lo primero que encontraron fue un caballo todo destroncado que parecía estar desarmándose solo.

—Compadre caballo —le dijo la sierpe—, ¿es o no cierto que en esta vida un bien con un mal se paga?

¿Qué me quiere decir a mi, comadre sierpe, que yo estuve veinte años sirviéndole a un rico que primero me cuidaba como a niña bonita, más tarde me puso a un carretón lechero y, por último, me botó aquí al campo a que me muriera de hambre?

—¿No ve, amigo vaquero? ¡Ya llevamos uno!

Más allá encontraron a un burro, tapadito de moscas y con más mataduras que pelo.

—Compadre burro, dígame si no es cierto que en este mundo, un bien con un mal se paga.

— Ciertito, comadre sierpe. Si no, que lo cuenten estas mataduras que tengo, de todos los años que me dieron ración en palos. Y cuando ya no les serví más para la carga, me echaron para esta quebrada y así no tener el trabajo de Sacarme a la rastra después de muerto.

—Tome nota, amigo vaquero, que ya nos falta uno no

más —le dijo la sierpe.

Al vaquero le iban haciendo tilín las espuelas del susto, cuando en eso divisan' una zorra que estaba parada en una lomita, aguaitando para abajo.

— Comadre zorra — le dijo la sierte usted es la única que falta que nos diga si es verdad que un bien con un mal se paga.

La zorra era despierta como pocas, y luego conoció al hombre, que era el que tenía más lindas gallinas en toda la hacienda. Por eso contestó con muchos fruncimientos:

— ¡No puedo sentenciar hasta ver!

Allá tuvieron que ir la sierpe con el vaquero, a mostrarle a zorra cómo la habla encontrado el hombre entre dos peñas.

— Póngase, comadre, como estaba ahí entremedio. La sierpe fue a meterse como una bendita.

—¿Así estaba, comadre?

—No, un poco más atracadita.

La zorra le hizo una guiñada de ojo al vaquero, y éste le pegó la cargada al peñasco.

—¡Ehem! ¡No tan apretada! —dijo la sierpe.

— Bueno, quédate ahí, que nosotros vamos a hablar de algo muy particular —le dijo la zorra.

Se fueron andando al tranco largo, y la zorrilla bailando por entre las patas del caballo.

—¡De la que lo libré, vaquerito; si no es por mi, se lo almuerza la sierpe de fijo!

—Así no es más es, mi zorrilla linda.

— -Y usted tendrá algunas avechitas que no le hagan falta, ah?

— ¡Cómo no, señora! Y capones también. Verá el costal que le voy a regalar en cuanto llegue a mi casa.

— ¡Superior! Yo lo esperaré en este llanito, porque me han dicho que ustedes tienen unos perros muy bravos.

El vaquero llegó medio muerto de hambre y de susto a la

casa. Su mujer ya estaba con cuidado y le preguntó cómo le habla ido. El hombre se puso a raspar la fuente y poco a poco le fue contando a la mujer la escapada que habla hecho gracias a la zorríta y lo que le habla prometido en pago de haberlo librado de la muerte.

La mujer le hacia unas encogidas de hombros no más, como diciendo: “Si, apróntate, pavos y capones te voy a mandar yo, zorra pícara, para que ya no quieras salir del corral”.

Pues, señor, mientras. el hombre aparejaba el macho, ella fue y le llenó un costal con los perros más bravos que tenía, y le amarró bien la boca.

Pesado está como diablo; no vayas a haberle echado de las moñudas grandes, mujer —le dijo él.

—Anda, hombre, y le das recados de mi parte a tu amiga zorra.

De lejos lo divisé la zorita y le gritaba, bailando de gusto al ver el costal, creyendo que venía repleto de gallinas:

—Vaquerito, suéltame mientras tanto unas dos para divertirme.

Los perros ya habían olfateado a la zorra, y apenas el hombre les desató la amarra, salieron atropellándose aquellas fieras y en un dos por tres alcanzaron a la zorríta y no dejaron más que la pelería.

El vaquero todavía no podía darse cuenta de lo que había pasado, y torciendo rienda para la casa, iba diciendo todo cabizbajo:

— ¡Bendito sea Dios! ¿Será cierto, entonces, que un bien con un mal se paga?

EL NIÑO DE LA ESCOPETA

Un niño que estaba muy aburrido con su madrastra, un día le pidió permiso a su padre para ir a emplearse al pueblo. El padre no dijo que no, y entonces él se hizo unas tortillas en el rescoldo y se fue.

Lo primero que vio al llegar al pueblo fue una herrería. El mismo herrero estaba tirando el fuelle con una mano y sujetando con la otra un fierro que tenía en la fragua. El delantal que tenía puesto era de cuero, pero con tantos agujeritos que parecía que le hablan disparado un tiro con escopeta. Esto le dio una idea al niño, y entró a pedirle trabajo al herrero.

Casualmente tocó que era un lunes y había hecho falla el aprendiz.

—Te tomo con la condición de no faltarme un día al trabajo —le dijo el herrero—. Te daré un real a la semana, además de ropa limpia, la cama y la mantención, se entiende.

El herrerito se quedó muy contento y se puso con todo empeño a aprender. Los domingos le pedía permiso al patrón y se quedaba trabajando por su cuenta en la fragua.

“Tengo que hacer una escopeta que alcance una legua”, es lo que tenía pensado.

Buscó unos fierros que había por ahí botados, los calentó y

los majó en el yunque una y otra vez, y de vez en cuando los metía en el agua para darles el temple. Como a los seis meses tenía hecho el cañón de la escopeta. Después trabajó las llaves. La caja fue lo último que hizo, y le tomó el año justo.

Cuando tuvo armada la escopeta, le preguntó al herrero que hasta dónde habría una legua.

— De aquí a la cumbre de aquel cerro hay una legua justita.

El niño mandó poner un blanco en la punta del cerro. La gente se juntó en la plazuela a reírse del herrero; pero cuando vieron que sacó la escopeta, le hizo los puntos al blanco y lo partió medio a medio del primer tiro, cada uno se fue por su lado sin hablar media palabra.

El maestro herrero le regaló una peseta reyuna por lo bien aprovechado que había salido, y le dijo:

— Lo mejor es que vayas a rodar tierras; yo no tengo nada más que enseñarte.

Y el herrero se fue con su escopeta al hombro.

No habría andado mucho trecho cuando divisé a un hombre retaco que iba con dos troncos enteritos, uno en cada hombro. De vez en cuando tiraba uno para arriba, lo peloteaba en la mano y volvía a ponérselo en el hombro; después tiraba el otro palo, lo recibía en el aire y se lo echaba al hombro otra vez.

— ¿No me dirá, amigo, por qué lleva esos troncos al hombro? —le preguntó el niño de la escopeta.

— Por ejercitar los lagartos, no más —le dijo el otro.

— ¿Y cuáles su gracia?

— Yo me llamo Forzin-Forzén, hijo del Buen Forzador.

— Ya que vamos por el mismo camino, me gustaría acompañarme con usted —le dijo el de la escopeta.

— El gusto es para mí; vamos andando mi amiguito.

Poco más allá vieron un hombre que estaba agachado en el suelo, tomaba un puñado de tierra con las dos manos, lo soplabo y lo dejaba a un lado.

—Eh, joven, ¿qué es lo que está haciendo ahí, no me dirá?

— Estoy haciendo balas de tierra.

—¿Y para qué sirven las balas de tierra? —le preguntó el de la escopeta.

—Bueno, cargue su escopeta, y verá si sirven o no.

El niño tomó una bala de tierra, le hizo la puntería a un jote que andaba revoloteando como a cinco cuadras de altura, y lo trajo redondito al suelo.

—¿Sabe que me gusta su habilidad? —le dijo el de la escopeta—. ¿Y cómo es su gracia, joven?

—Yo me llamo Balón-Balón, hijo del Buen Baleador.

Siguieron andando los tres, y al rato se encontraron con un hombrecito muy flaco que estaba tendido a la orilla del río, le pegaba un sorbetón a la corriente y la cortaba como dos cuadras más arriba.

—¿Qué hace, amigo?, no se vaya a aguar con tanto trago.

Qué, señor, si no hallo cómo remojar la boca con este hilito de agua.

—¿Su gracia, joven?

—Yo me llamo Tomín-Tomón, hijo del Buen Tomador. Los cuatro siguieron caminando toda la tarde. Forzin Forzón agarraba un tronco primero y lo tiraba como una cuadra para arriba, lo peloteaba como si fuese una pluma y largaba el otro más alto todavía. Tomín-Tomón se iba parando a cada rato a ver si hallaba con qué apagar la sed, y los otros dos se entretenían haciendo balas de tierra y disparándoles al vuelo a los pájaros.

Al pasar por un callejón vieron a un mozo que salía de carrerita por un trigal que había al otro lado, hacia levantar-se a unas perdices y las alcanzaba al vuelo una con cada mano.

— ¿Qué hace corriendo tan fuerte, amigo? — le preguntaron.

—Psh, por estirar las piernas un poquito siquiera —dijo el

de las perdices.

—¿Y cómo es su gracia?

—Yo me llamo Corrán-Corión, hijo del Buen Corredor.

— Nosotros vamos a rodar tierras juntos; así que si no tiene otra cosa que hacer, podría acompañarnos —le dijeron.

—¿En qué topa? —dijo el Otro, saltando el portillo.

Por ahí no más armaron una fogata y merendaron perdices y castañas asadas.

Aprovechando la fresca siguieron caminando hasta tarde, cuando casi tropiezan en un sujeto que estaba con la cabeza clavada en el suelo, no se sabía si dormido o despierto.

—Aló, amigo, ¿qué hace aquí tendido en todo el camino?

—¡Chit! —les dijo furioso el otro; y volvió a pegar la cabeza al suelo.

—¿Qué le pasa, o es que no entiende?

— ¡Chit!

Al rato se levantó del suelo el joven y vino donde estaban ellos.

— Les pido disculpas, caballeros, por haberlos hecho callar; pero estaba tan interesado en una conversación que tenían en la Tierra de los Pigmeos, tocante a que el Rey del Reino vecino le da su hija para que se case al que la gane a correr una legua

—¡De allá somos! —dijo el de las perdices.

En cuanto llegaron, el Niño de la Escopeta, por ser el que hacía cabeza, fue a hablar con el Rey.

—Así no más es, mancebo —le dijo el Rey—. Si quieren armarle carrera a mi hija, la Princesa, de ustedes depende; pero sepan que al que pierde, le hago cortar la cabeza.

El domingo fueron a la cancha. La Princesa salió con una pollerita rosada, que parecía un angelito. Los dos corredores se pusieron en facha, el juez les dio la partida.

Corrán-Corión no hizo más que salir y llegar de un solo tirón,- mientras que la Princesita se demoró tanto, que aburrido de esperarla el de los pájaros se tendió en el suelo y se

quedó traspuesto.

Escuchín-Escuchón oyó que uno de los veedores le decía al otro que puesto que el joven se había quedado dormido, le metieran a maula la carrera.

— Oiga — le dijo al de la escopeta—, tírele un tiro que le pase detrasito de la oreja para que se despierte. Balín Balón hizo una bala de tierra. “Chiu” hizo la bala, y el de los pájaros levantó la cabeza todo asustado, al sentir el silbido tan cerca.

—Eh —dijo—; qué, ¿me querían meter a maula la carrera? Yo la gané, y se acabó la fiesta.

En ese momento no mas venía llegando la Princesa con tanta lengua afuera.

—¡Palabra de Rey no puede faltar! —dijo el Rey—. Pero yo estoy dispuesto a rescatar la Princesa.

—Eso mismo veníamos a proponerle, su Carreal Majestad

—dijo el de la escopeta.

—Yo prefiero que nos pague en plata, señor, para así poder repartimos sin pelear —dijo el de los troncos—. Que nos dé lo que yo alcance a levantar en cada mano.

—Convenido, mis buenos mancebos —dijo el Rey.

Pusieron una docena de talegas amarradas en cada tronco. Forzín-Forzón vino, los tomó y los tiró más alto que la torre, para volver a pelotearlos en el aire como jugando.

El Rey mandó que le echaran otra docena más de talegas en cada tronco. La misma cosa.

—Ustedes me van a dejar por puertas. Díganme qué otras cosas les puedo dar, fuera de plata —les dijo el Rey.

— ¡Pídele que nos deje entrar a la bodega para quitar la sed! —le dijo Tomín-Tomón al de la escopeta.

El Rey les dio las llaves de la bodega para que tomaran a su gusto y gana. Tomín-Tomón se paró frente a un fudre de cien arrobas; y dijo:

— ¡Sáquenmele el espiche a éste!

De un solo sorbetón lo dejó seco. Le abrieron otro, y otro.

Por lo consiguiente.

El Rey tuvo que suplicarles que le dejaran un tonelito de unas diez arrobas que tenía para el gasto de la casa.

Los amigos se repartieron los talegos como buenos hermanos y se fueron cada uno por su lado a gozar de su platita.

LOS TRES SOLDADILLOS

Tres soldadillos desertaron una vez, porque uno de ellos los desafió a los otros que fueran a rodar tierras juntos. Para que no los alcanzara la patrulla, se encaminaron para otro reino que quedaba al trasmontar una cuesta muy larga, por la que anduvieron todo el santo día sin hallar ni agua, y cuando ya no podían más, dos de ellos se dejaron caer al suelo y le dijeron al otro:

—Hasta aquí no más llegamos nosotros. Si está de Dios que muramos botados como un perro en este desamparo, qué le vamos a hacer.

Pero el otro, que era el más diablo, les comenzó a meter miedo con el cepo, hasta que consiguió que se pararan y siguieran viaje. Iban caminando de malas ganas, con los pies a la rastra y apenas veían de hambre, cuando divisaron una higuera tamaña que estaba escondida entre dos cerros y que llegaba a negrear de brevas.

A cuál de los tres corría más ligero; llegaron y se encaramaron a la higuera, pero ellos que se zampan una breva, y un asta de este porte que le sale a cada uno en la mollera.

—¡Eh, porra —dijo el más diablo—, no me importa que me salgan astas hasta por no sé dónde, yo tengo que matar esta hambruna!

—No comáis, hombre —le dijeron los otros—, mira que

quién sabe qué más te va a pasar.

Pero el soldadillo. siguió comiendo y comiendo sin hacer caso del matorral que se le iba formando en la cabeza, hasta que los pobres le siguieron de atrás, por temor a que se les reventara la hiel.

Lo bueno fue cuando quisieron seguir camino, porque la cabeza se los llevaba de un lado para otra, que parecían chivatos que han comido yerba loca.

Al otro día, cuando estaban con la misma hambre y ya los dos más guamas pensando en devolverse para el cuartel, donde, por lo menos, tenían su rancho todos los días, se van encontrando con una higuera de higos blancos, que si la otra estaba cargada, ésta tecla afuera.

— ¡No vais a comer, hombre, por Diosito, mira que de esta no escapáis!

—Yo como, no más —dijo el más diablo—. Para morir nacimos. ¿O creen ustedes que van a quedar para semilla?

El que se hecha un higo a la boca y un asta que se le cae al suelo. Todo fue ver esto, cuando los otros dos se colgaron de la higuera como con rabia. Las astas iban cayendo tupiditas. Chas, chas, chas, y ellos comiendo hasta que les quedó la cabeza mocha como antes.

Como a las oraciones vinieron a llegar a la capital de un Reino; pero no hallaban qué pensar de no ver ni un alma en las calles, contimás que ni perros andaban. Entre obscuro llegaron a las puertas de un palacio que debía ser el del Rey; pero ahí también debían penar de día claro según lo solo que estaba.

—¡Eh, porra! —dijo otra vez el más diablo—; yo entro no más.

—Espérate, hermanito, que ahora sale y te balea el rico

— le decían los otros.

Pero él se coló para adentro, y a los demás no les quedó otra cosa que seguirlo. Tomaron por un corredor muy ancho y bien enladrillado y se fueron viendo pieza por pieza, hasta

que llegaron al comedor.

—Lo a destiempo que llegamos —dijo el más diablo—. Fíjense que hay tres servicios puestos y que la sopa llega a humear en la fuente. Yo no aguanto más, aunque después me tengan unos diez años comiendo porotos.

Y se sentó a comer y a beber como si estuviera en su casa. Los demás fueron allegándose poquito a poco y se sentaron en la punta de las sillas, pero en cuanto probaron los manjares y aquel rico chacolí moscatel, hasta valientes se pusieron.

El más diablo le dio un cigarro puro a cada uno y se pusieron a pasearse por los corredores, para bajar la comida. En el jardín habla una pila con sus chorros de agua, matas de magnolio y flores muy lindas.

Cuando les bajó el sueño; se fueron mirando por ahí y dieron con tres dormitorios con las camas abiertitas.

—Esta es la mía —dijo el más diablo—. Lo que es yo, duermo aquí esta noche, aunque sea la última.

Pero en ese mismo momento llegaron tres princesas que los saludaron muy amables y les dijeron que antes de irse a la cama tenían que bañarse y cambiarse ropa. Allí mismo hallaron colgados tres ternos de casimir, sus tres camisas y sus buenos botines.

El más diablo le prendió fuego a todas sus tirillas, porque no fueran a mandarse cambiar solas, según estaban de piojos. Entonces, vestidos como unos reales mozos, fueron donde los esperaban las señoritas.

—Han de saber ustedes —les dijo una de ellas, la mayor— que somos tres Princesas Encantadas, y para que nos desencanten a nosotros y a nuestro Reino, es menester que ustedes vuelvan en un año justo y cabal a buscarnos, sin perder ninguna de las prendas que vamos a darles.

Y una de las Princesas le dio una bolsita a uno de los soldadillos, que donde diera un golpe con ella, caían diez pesos. La otra le dio al otro soldadillo unos manteles que donde los tendía se llenaban con los más ricos manjares que se le anto-

para pedir, y la hermana menor le dio al más diablo un sombrerito que en cuanto se lo ponía se hacía humo.

Sin más, las Princesas se despidieron y desaparecieron. De alba los tres soldadillos siguieron su camino por el lado de la costa, hasta dar con un Reino donde había una ciudad que les pareció lo mejor para pasar un tiempo gozando de las prendas que les habían dado las Princesas.

Los tres soldadillos se alojaron en la mejor posada del pueblo y se pusieron a darse la gran vida. Como parecían unos millonarios, el Rey los mandó convidar a Palacio y les preguntó que de dónde venían y qué hacían. Lo mismo la Reina y la Princesita, no dejaron cosa que no les preguntaron.

Después de almuerzo, uno de los soldadillos sacó la bolsita, y en cada pilar del corredor que golpeaba, sus diez pesos calan al suelo.

—A ver, ¿me permite ver la bolsita, mi buen mancebo?

—le dijo el Rey; y después de mirarla bien se la echó a la cartera.

“Habrá sido una distracción del Rey —pensó el soldadillo—, y después me la mandará a mi casa.”

—¿Y cuál es su habilidad? —le dijo la Reina al otro soldadillo. Y en cuanto le mostró los manteles y le contó para lo que servían, en un descuido la Reina se los echó al seno; y si te he visto, no me acuerdo.

“Para otra vez me los dará”, era todo lo que se le ocurría pensar al pobre milico.

El más diablo sacó el sombrerito y se lo puso, con lo que se volvían locos buscándolo por todas partes.

— ¡Qué prolijidad! — dijo la Princesa —; ¿sería tan amable que me dejara probármelo? — Y apenas lo tomó se lo puso y no la volvieron a ver más.

— Esta broma me la tiene que pagar la Princesita — dijo el soldadillo.

Después, los tres se fueron para su casa, sin hallar cómo

recobrar sus tres prendas. El tiempo pasaba y nadie los volvía a convidar a Palacio, y ya se les iba acabando la lianza con el dueño de la posada. Entonces el más diablo se fue calladito para los cerros hasta que dio con la higuera de los higos negros y se trajo un canastito lleno. Buscó a un hombre de confianza y lo mandó a venderlos.

Pero no vas a gritar en ninguna parte, hasta que no llegues frente al Palacio —le advirtió al frutero.

En llegando frente al palacio del rey, el hombre pegó un tremendo grito:

— ¡A las buenas brevas!

—A ver, cómo es eso, ¿brevas en este tiempo? —dijo el Rey—. Llámenme a ese hombre.

—Y de verlas tan fresquitas, como recién tomadas de la mata, le pagó lo que se le antojó pedirle por el canasto.

— Póngamelas adentro del aparador, con llave —mandó el Rey—, y nadie me las toque antes del almuerzo.

Para el desengraso, pusieron el canastito de brevas en la mesa; el Rey peló una, la Reina otra y la Princesita otra, y los tres se las echaron a la boca a un tiempo. Y a los tres también que les sale su asta tamaña.

El Rey no se cansaba de echar maldiciones y la Reina y la Princesita de lamentarse y de llorar. Vinieron los mejores cirujanos de la corte, y les aserrucharon el asta; pero mientras más la cortaban, más crecía. A otros médicos se les ocurrió quemarías: pero fue para peor. Las limaron: para lo mismo. Las mandas tampoco hacían nada ni las rogativas de todos los frailes del Reino. Hasta machis trajeron para la Corte; pero todo fue tiempo perdido.

El Rey tenía una escuchina que andaba olfateando todas las novedades para venir a contarlas a Palacio. Un día que la vio cerca de su casa, el soldadillo de la bolsita dijo hablando fuerte con los otros:

—Si el Rey me pagara, yo creo que podía botarle el asta.

Todo fue oírlo la vieja escuchina y disparó a contárselo al

Rey, que hasta una chancleta dejó por el camino.

El Rey mandó su rodado a buscar al soldadillo, y le dijo que le cobrara lo que quisiera con tal de botarle el asta.

—Y por supuesto que a la Reina y a la Princesa también

—le dijo el Rey.

— Lo siento mucho, su Carnal Majestad, pero remedio para uno solo es todo lo que traigo.

Esa misma noche salió para la quebrada donde estaba la higuera de higos blancos, y se trajo un higuito seco.

El Rey estaba ya en cama, arropado con dos docenas de frazadas y sudando arroyos de agua.

—Uf —decía el Rey— que me ahogo, doctor. ¿Todavía dilatará mucho el remedio?

Cuando lo tuvo bien sancochado, el soldadillo le dio al Rey el higuito deshecho en un pocillo de agua. A los dos o tres tragos, ¡fuera el asta!

El Rey quedó tan contento, que le pagó mil pesos al soldadillo y le regaló un reloj con su buena cadena encima.

Otro día la vieja escuchina pasó cerca de donde estaban los otros dos soldadillos, y el de los mantelitos, le dijo al otro:

—Hombre, yo creo que si la Reina me pagara, yo le volteaba el asta.

Allá fue la vieja otra vez a- la volapié con el cuento donde el Rey.

Luego no más fueron a buscar al soldadillo.

—Efectivamente, Su Majestad —dijo el de los mantelitos—; pero yo no tengo remedio más que para uno solo.

— Lo mismo que el otro médico — pensó el Rey—; debe ser también de los buenos.

— Pero yo tengo. que llevarme a la Reina a un cuarto lejos, para que el remedio obre como es debido — dijo el soldadillo.

Así se hizo. El soldadillo fue a buscar su higo blanco, y le dio a la Reina un sudor tremendo que duró toda la noche. De vez en cuando venía y le daba un remezón al asta; pero

no se puso a moler el higo hasta tanto no comenzó a aclarar. La Reina estaba poniendo ya los ojos blancos, cuando le dio la toma que le echó abajo el asta. Ella quedó muy contenta con el médico y dijo que sentía no tener más astas para que él la medicinara.

—Ahora te toca a vos —le dijeron los soldadillos al más diablo. Quedaba la Princesita con su cachito.

El Rey no quería que se llevara muy lejos a la Princesita; pero la Reina lo convenció de que no habla más remedio para que obrara la medicina.

Una vez que el soldadillo hizo sudar a la Princesita hasta no poder más, le pidió las llaves del baúl y sacó la bolsita, el sombrerito y los manteles; se puso el sombrero y se hizo humo.

Al otro día, cuando fueron a saber cómo habla amanecido la Princesita, la encontraron con su cachito firme como un peral.

Los tres soldadillos salieron esa misma noche de viaje, porque se iba a cumplir el año y les apuraba llegar donde las Princesas Encantadas.

A la medianoche llegaron al Palacio y las hallaron a las tres lindas como tres flores, que estaban esperándolos.

—A ver, mi bolsita —dijo una.

—Y mis mantelitos —dijo la otra.

—Y mi sombrerito —le dijo la menor al más diablo.

—Aquí están todas sus prendas, tal y coma las recibimos.

Al dar las 12, las Princesas se abrazaron cada una de su cada uno, se iluminó el Palacio y sonaron músicas y repiques de campanas y se encendieron voladores por todas partes. Las tropas estuvieron jugando al ejercicio frente al Palacio y las sirvientes andaban atropellándose por todas las piezas.

Cada una de las Princesas se fue del brazo de su soldadillo y en esa misma noche se celebró el casamiento. Se pusieron a gobernar al Reino como buenos hermanos y todos fueron fe-

lices y quedaron ricos poderosos.

- Para que vean que no hay que andarse teniéndole miedo al miedo para otra vez —les decía el más diablo.

¿ERA EL PAVO , O ERA GALLO?

A una beata que ya le sombreaba el bozo, le dieron una vez un niño huacho para que le sirviera de compañía, pero el indino era tan sin ley que no sabía lo que era tenerle miedo a nada, y ya le estaba haciendo salir canas verdes a la pobre.

Un día en que el chiquillo se habla portado peor que nunca, la beata tomó el manto y la alfombra y le dijo que anduviera adelantito, que iban a confesarse. Allá le contó al Padre toditas las maldades del huacho, sin perdonar ni una.

—De veras, hermana —le dijo el padre. casi sin poder aguantar la risa—. Algunas de esas cosas pasan de la raya, y yo te diré, hermana, lo que vamos a hacer. Hay que atemorizarlo con algo a ese niño; quién sabe si no sea tanto lo malo como lo amigo de la travesura. Déjame aquí en el convento por unos días a ver lo que se puede hacer con él.

El huachito se portó que daba gusto el primer tiempo, y como no tenía ni un pelo de tonto, al poco tiempo aprendió hasta ayudar a misa. Lueguito no más vino el Mes de las Animas, y entonces el Superior con el lego se concertaron para darle un buen susto al huacho, por ver si se enmendaba de una vez por todas.

En la iglesia habían armado el bayo con unos blandones y muchas tiras de luto y en cada altar tenían unas calaveras y unas canillas.

—Oye, huachito —le dijo el padre—, qué tal te bailáis para velar un muerto esta noche, porque el hermano lego ya está muy viejo para trasnochar.

(Pero lo cierto era que el hermano lego estaba dentro del cajón, con el fin de darle un susto al indio.)

—Como no, Su Paternidá, déjemelo a mi cargo, que le prometo portarme bien y no dejar que se apaguen las velas.

Pero como a eso de las 11 comenzó a cabecear el huacho. Entonces se paró a sacudir los santos, que estaban rosillos de tierra; despabiló las velas, y luego no más se le va ocurriendo una idea al ver las canillas y las calaveras del altar de las Animas.

— ¿Y si jugara una partida de chueca para espantar el sueño?

Diciendo y haciendo, puso las calaveras en el suelo, y ¡cabe aquí, ¡cabe allá!, en un decir ¡Jesús! quedaron hechos astillas todos los huesos de difunto que habla en la iglesia.

El lego llegaba a sudar dentro del cajón de ver las otomías de aquel pícaro que no respetaba ni las reliquias de los altares.

El huacho se estuvo sosegado nada más que por un ratito; vino y cambió unas velas que se estaban corriendo, pero como se habla calentado a jugar a la chueca, anduvo buscando por todos lados algo que hiciera las veces de las calaveras que ya no rodaban de puro abolladas.

— Bah — dijo hablando fuerte—, ¡cómo no se me había ocurrido!, voy a cortarle la cabeza al muerto, a falta de otra cosa mejor, y con eso sí que podré jugar a la chueca hasta que me dé puntada.

Y el llanto sobre el difunto, como se dice, ya iba sacando su capagatos cuando el lego tiró la tapa del cajón por allá lejos y salió arrancando con la mortaja más arriba de la cintura y gritando: “¡Favorézcanme!, ¡que éste es capaz de volarme no tan sólo la cabeza!”

En cuanto aclaró vinieron a buscar al huacho, creyendo

encontrarlo desmayado por lo menos, pero ahí estaba muy sí señor durmiendo dentro de un confesionario.

— ¡Bueno que me salió corredor el muerto, Su Paternidá!

—fue todo lo que le dijo.

El Padre se fue para adentro a reírse a su antojo del susto del mocho; pero prometió devolverle el huacho a la beata.

Al poco tiempo el niño vino y le dijo a la pobre señora:

—Oiga, mamita, yo creo que las maldades que le hago vienen de la pura ociosidad. Le aseguro que si tuviera algo en qué entretenerme, seria otra cosa. ¿que le parece si me diera unos cinco pesos para comprarme un gallito inglés?, que con eso vamos a ganar plata a montones. Yo le juro, mamita linda, que entonces voy a ser otro.

La beata, que era medio blanda de corazón y se habla encariñado con el huacho, soltó los cinco pesos, y él se fue derecho a buscar un pollo giro que ya tenía palabreado donde un viejo que hacia muy buenas crías.

Cuando venia muy ufano de vuelta para la casa, con su pollo al brazo, vio que el juez con su compadre, el subdelegado, estaban tomando unas copas debajo- del parrón.

—Ahí viene ese cáscara amarga del huacho de doña Eduvigis Rojas — dijo el juez—. ¿Que le prece, compadre subdelegado, si le hiciéramos una apuesta que lo que trae no es gallo? Lléveme el amén, no más.

Han de saber ustedes que el juez y el subdelegado no dejaban pillería que no hicieran juntos y todo se lo dividían entre ellos.

El huacho oyó que lo llamaban y vio que los dos compadres ya estaban a ando fuerte y tamaños de colorados.

— ¿Que se les ofrece a Su Mercé?

—¿Querís vender el pavo, muchacho? —le preguntó el

—Si no es pavo, señor, ¿no ve que es un gallito de cría fina?

Los dos compadres se pusieron a reírse hasta que les dio hipo.

El huacho ya lloraba de la rabia, pero se reprimió lo que pudo.

—A ver, no seáis filósofo, que no se le porfía a sus mayores. ¿Quieres apostar algo? Yo arriesgo cinco pesos contra el pavito; aquí mi compadre puede definir la apuesta ahora mismo.

—Vamos, muchacho, entrégale el pavo a mi compadre juez, y para otra vez no te andes haciendo el gracioso con las personas de respeto.

El pobre no tuvo más que morderse y entregarle su gallito al juez. Antes de que llegara el huacho a la casa, ya estaba el gallo en la olla.

— Por allá dejé al gallito aprontándose para la pelea, mamita —fue todo lo que dijo al llegar.

A los pocos días supo el huacho que el juez estaba muy enfermo de una lepidia. Se consiguió por ahí una capa, un sombrero de pelo y una muía, y pasó al trote por frente a la casa. El subdelegado, que estaba cuidando a su compadre, salió a la puerta y se puso a gritar muy afligido:

—¡Doctor, venga, venga, por amor de Dios, que mi compadre juez está en las últimas!

—Vaya, hombre, será por un momento, mire que voy muy apurado a un parto.

El huacho se bajó y le tomó el pulso al juez, que estaba con un cólico seco que llegaba a remecer el catre.

—¿Cómo es que no le ha dado esto y lo otro? —le dijo el huacho al subdelegado—. Monte en mi mula y vaya corriendo a la botica, o la de no su amigo pasa a pérdida en poquito tiempo.

En cuanto salió el otro, el niño del gallo amarró bien al juez en el catre, y sacando el rebenque comenzó a pegarle por donde pillaba. Y a cada rebencazo, le volvía a preguntar:

—¿Era pavo o era gallo? ras. Vamos a ver, ¿era pavo o era gallo? *Ras, ras, ras.*

—¡Señorcito, hijito por Dios, no me mate! Se lo pido por lo que mas quiera; mire que estoy en las últimas. ¡Compadézcase de este pobre pecador!

—Pecador, ¿no? ¿Era pavo o era gallo, bribonazo? ¡Era gallo, por supuesto, señor! ¡Si todo fue una broma de mi compadre! No me pegue más. Ahí debajo del colchón tengo una cartera con quinientos pesos. Se los doy con tal de que me deje morir tranquilo.

El niño del gallo se echó la plata al bolsillo y -salió a la puerta a esperar al subdelegado:

—Vaya a calentar agua y le da la toma, que yo le di ya una buena friega y no puedo tardarme ni un minuto más.

Y el niño del gallo se fue el trote largo, hasta llegar a su casa:

—Ganamos, mamita, ¿qué le decía yo? Algo maltratado quedó el gallito; pero le sacamos quinientos pesos a la primera pelea.

La beata no hallaba dónde ponerlo a su huachito. Al otro día el niño del gallo se fue al curato y le pidió una sotana al cura, que era para una penitencia. Con el sol bajo montó en la muía y volvió a pasar frente de la casa del juez. El subdelegado salió al medio de la calle a suplicarle que hiciera la caridad de venir a confesar a su compadre; pero el niño del gallo se hizo algo de rogar, que iba a unas misiones apurado. En fin, se bajó como de malas ganas, y en cuanto vio al juez, se puso a reconvenir al subdelegado.

—¿No ve que este hombre está más para la otra vida que para ésta? Vaya de carrerita a buscarme el óleo para ponerle la extremaunción, le digo.

El juez ya no podía ni abrir los ojos de lo machucado que estaba, y en un dos por tres estuvo estacado en la cama. A los primeros azotes abrió un ojo:

—¡El niño del gallo! —dijo y se desmayó.

—¿Era pavo o era gallo? —le dijo el huacho al oído y desenguaracando la penca.

A los primeros azotes, el otro comenzó a pedirle por todos los mártires que se llevara unos mil pesos que tenía detrás de uno de los santos colgados de la pared, pero que no le pegara mas.

El huacho salió al encuentro del subdelegado y le dijo que dejara solo un rato a su compadre; que se estaba reconciliando con Dios; y que él volverla pronto con el agua bendita.

Todavía lo deben estar esperando, porque con los mil pesos el niño del gallo le dio la mitad a la beata, y se guardó la otra mitad para ir a correr mundo.

—El gallito era de tan buena cría, mamita —le dijo— que con las tripas fuera todavía alcanzó a ganar otra pelea.

El subdelegado halló al juez blanqueando los ojos para morir y le costó muchísimo hacerlo volver.

—Vea bien que no vaya a estar por ahí el niño del gallo

—no se cansaba de pedirle a su compadre subdelegado.

En cuanto se sintió capaz de levantarse de la cama, el juez malbarató cuanto habla robado a medias con su compadre, y después de entrar a una corrida de Ejercicios, se fue calladito para otro pueblo; ¡no fuera a tentar el diablo que se apareciera otra vez el niño del gallo!

TRAVESURAS DE QUICO Y CACO

Había una vez un ladrón muy habiloso, al que lo conocían por Quico. Sus amigotes le trajeron el cuento de que en el reino vecino andaba un roto que se tenía por mejor que él para lo ajeno, y lo llamaban por mal nombre Caco.

— ¡Bienhaiga! — dijo un día Quico—, ya me tienen curcuncho con el tal Caco. Si se me antoja me voy ahora mismo a desafiarlo a ver si resulta tan alentao como lo ponderan.

Los amigos de Caco también le comenzaban a sacar, pica con Quico.

—¿Saben que voy a salir yendo a yerme con el tal Quico?

—dijo Caco.

Los dos se encontraron a la sombra de un peñón que había a medio camino. Quico estaba sesteando debajo de un palquial, cuando vio venir a Caco, con el sombrero en la mano y la chaqueta al hombro, muerto de calor.

—¿Para dónde bueno, amigazo? —le dijo Quico.

Caco lo miró de refilón, medio sospechoso, pero luego le conoció por la facha que era de los mismos trey tabaco, y le dijo, mientras se limpiaba el sudor que ya lo cegaba:

—Voy en busca de un ñiñoco muy bueno para la agarra, que mientan Quico. ¿Y usted?

Yo ando por ver si me topo con otro que se tiene por mejor, y se hace llamar Caco —dijo Quico.

¡Yo soy Caco!

—¡Y yo soy Quico!

Se dieron un abrazo bien apretado y se sentaron a platicar ahí mismo hasta que bajó el sol.

—¡La casualidad de venimos a encontrar aquí, cuando menos lo pensábamos! — dijo Quico—. Y yo que ya me rebanaba de sanas de conocerlo, compadre, con lo mucho que me han dicho que usted es el mejor ladrón de estos reinos.

Y compadre va, compadre viene, cada uno sacó lo que llevaba, y causearon y tomaron de lo lindo.

Cuando se sintieron ya más en confianza, le dijo Caco a

Quico:

—¿Sabe, compadre Quico, que estoy viendo allá arriba de esa peña un nidal de águila, y la hembra que está empollando? Si usted es tan buen ladrón, como se dice, le va a robar todos los huevos al águila; pero la gracia está en que no lo sienta el pajarito.

—Le haremos un empeño, ¿por qué no? —dijo Quico, y empezó a sacarse lo botines.

— Pero no tiene ni que espantarle el sueño al águila —le advirtió Caco por lo bajo.

—No se aflija por eso, amigo —le dijo el otro, medio picado.

Y se puso a gatear cuesta arriba, tanteando que no fuera a correrse una laja siquiera.

Mientras tanto, Caco venía casi pisándole los talones a Quico. Apenas éste llegó arriba, donde esta a el águila cabeceando al sol, vino y le metió una mano por debajo, le robó un huevo y se lo echó a la cartera. Al segundo huevo, como que el águila quiso pararlas; pero Quico le hizo una agachadita, y a la cartera con él. Entonces Caco vino y le sacó los dos huevos del bolsillo al otro, y se descolgó muy forondo cuesta abajo.

Cuando después de pasar más apuros que china de parto, Quico consiguió robarle el último huevo al águila, se vino

para donde lo esparaba Caco haciéndose el dormido.

Qui'hubo, compadrito, ¿cómo le jue con l'águila?

—Bien, no más, compadre Caco —dijo Quico, resollando fuerte.

—No me va a hacer creer que llegó a sacarle todos los huevos del nidal..

—A la prueba me remito, desengáñese por sus ojos, compadre. Aquí tiene los tres huevos, que no me dejarán mentir...

-Quico se paró en seco, hurgó en el bolsillo, se tanteó el-otro lado, y se quedó con los ojos clavados en el único huevo que tenía en la mano.

— ¡Pero si eran tres los que le saqué al águila, le juro, compadre, por mi mamita — choreaba Quico.

—¿Serán éstos, compadrito? —le dijo Caco, mostrándole los otros dos.

— ¡Hijuna que me salió livianito de manos! Reconozco que usted es mejor ladrón que yo, compadre Caco. Lo convido a que nos vamos pa' mi casa, que queda más cerca, y no nos faltará en qué entretenemos puallá.

Para celebrar la amistad, tan pronto como llegaron a su reino, Quico mandó a buscar una damajuana del mejor litreado que tuviera el bachicha de la esquina, y que los niños

le llevaran un recado a una prima que era bastante competente para la vihuela. Tocó que por esos días la comadre Quica habla tenido mellizos, y Caco se ofreció ahí mismo para padrino. A la vuelta de la iglesia, Quico se perdió por los

sitios y volvió apenas anochecido con dos capones tamaños para la cazuela. A Quico se le fue calentando la boca con los tragos, y esa misma madrugada le propuso a Caco:

—Compadrito, lo convido a que vamos a sacar una cuerada de vino a las bodegas del Rey, que tiene de uno morado como para que diga misa el Obispo.

Cuan do llegaron a la bodega, que daba a un callejón obs

curo, le dijo Quico a Caco:

—Aquí te quiero ver, escopeta. A usted le tocará bajar, compadre. Yo le serviré de loro, mientras tanto.

Caco se encaramó por una pilastra, sacó ligerito unas tejas y se descolgó para adentro. No se demoró un Jesús en quitarle el barro a la boca de la tinaja que le habla dicho Quico, y luego le meneó la sogá a su compadre, y salió con su buen odre de mosto. Con eso comenzó la fiesta con más ganas. Al aclarar ya estaban machucando el charqui para el valdiviano.

El Rey tenía por consejero a un ladrón de mucha fama en su tiempo, al que le había hecho sacar los ojos. Al otro día vino y le dijo:

—Mi buen consejero, anoche me abrieron un forado en la bodega y me robaron del torontel que tenía reservado para cuando repiquen fuerte; pero no hallamos ni rastros de los ladrones. ¿Qué le parece que hagamos? ¿Vamos a ver?

—¡Ay, quien vista tuviera

con ellos anduviera! suspiró el ciego. Y después de pensar un rato, le aconsejó al

Rey:

— Yo le recomiendo a su Camal Majestá que mande hacer un mono de brea y lo haga amarrar bien a la tinaja. Veremos lo que resulta.

Al otro día fue Caco el que le dijo a Quico:

—Tengo el gazzate como lija, compadre. ¿Qué le parece si fuéramos por la otra cueradita donde el Rey?

—¿Quién dijo miedo? —saltó Quico, que habla amanecido con la rasca viva.

Divisar el mono de brea en lo obscuro, y venirse encima, fue todo uno para Quico:

—Oiga, cuñao, ¿anda en la misma diligencia por aquí?

—le dijo despacito.

El mono de brea, figúrense lo que iba a decir.

—Mire, don, no me venga a mí haciéndose el gringo, porque a mi no me desprecea naiden

—le dijo Quico, ‘remangándose la camisa—. Quítese de ahí por lo menos, que no me gustan los mirones cuando estoy ocupado. Quitese, le digo, porque si no, le planto un derecho que lo haga pedir confesión a gritos.

Y el mono de brea, tan fresco.

— Toma éste entonces pa’ que vay aprendiendo! —le dijo Quico, largándole una guantada que le dejó el brazo enterrado hasta el codo en la brea.

— ¡Suéltame, hombre, o te mato de una vez con la zurda!

—volvió a gritar Quico. Y le tiró un gualetazo que le dejó pegado el otro brazo hasta el hombro.

Caco la olió lueguito, y tan pronto como halló estacado a su compadre, vino, le cortó la cabeza, se la echó al saco, y una vez que llenó el odre de vino, se las envoló.

A la viuda le dijo que a Quico lo hablan llevado los niños para el retén, y la remolienda siguió como si tal cosa.

Tempranito vino el Rey a decirle al ciego:

—Mi buen consejero, ¡qué le parece!, pillamos a uno de los ladrones con el mono de brea; pero eso sí que le falta la cabe-

—*¡Quién vista tuviera!* —dijo el ciego pegándose una palmada —. ¡Esos sí que son maestros del arte!

—Bueno; pero ¿qué nos toca hacer ahora?

—Su cardal Majestá, no se mi ocurre sino que saquen arrastrando el cuerpo por las calles, y ahí donde suelten el llanto al verlo, que marquen la puerta con una cruz; y ya veremos después lo que se hace.

Así no más se hizo. Todo fue ver pasar el cuerpo, la viuda lo reconoció al tiro por la marca del molino que llevaba to-

davía en la camisa, y ella con los niños soltaron la llantada.

— Aquí tiene que ser — dijo el jefe del piquete; pero todo fue verlo hacer la cruz en la puerta, y Caco que se pega un machetazo en la mano, y sale chorreándole la sangre hasta la calle:

—Ustedes son parientes del finado, ¿no es cierto? —dijo el jefe.

—¿Qué está soñando, mi sargento? ¿No ve la mano como la tengo? La mujercita se figura que ya no voy a poder trabajar quién sabe hasta cuándo para darle el sustento a la familia, y por eso llora, y los chiquillos lloran, es claro, de verla a ella.

— Así será — dijo el del piquete—; pero yo tengo que dar cuenta.

Ellos que dan vueltas las espaldas, y Caco que sale y va poniendo una cruz a la disimulada en cada puerta.

Cuando trajeron la orden de allanamiento, se encontraron con toda la calle marcada con cruces.

— Mi buen consejero — le dijo el Rey al ciego—, tampoco resultó su consejo, porque no dejaron puerta que no marcaron con la misma cruz. Dígame si se le ocurre algo más.

— Lo único que se me ocurre, antes de mandar enterrar el cuerpo, es que lo lleven a velar a orilla del río, por si acaso quisieran rescatarlo — dijo el ciego—. ¡Ah, quien vista tuviera!

Mandaron a la vega dos comisionados con bala en boca, que fueran a velar al finado Quico. Cuando la helada estaba cayendo a pedazos, y los dos infelices llegaban a dar diente con diente junto a un rescoldo de chilcas, ¿no viene y se presenta Caco en una muía, vestido de fraile franciscano y con su guapa cantimplora a los coriones?

— ¡Ave María Purísima! — dijo Caco atracándole los talones a la muía, que se le arretacaba bufando.

— ¡Sin pecado concebida! — dijeron los otros persignando

se con los dedos empalados de frío.

—Hermanos, ¿a quién se le fue a ocurrir mandarlos a velar ese muerto en estas reveniduras? Yo apuesto que no les vendría mal un poco de anisado para desentumirse.

—Mi Padre, debe haber sido el Ángel de la Guarda el que lo trajo por aquí —dijeron los guardianes estirando la mano; y casi se quedan dormidos pegados al gollete.

Lueguito no más, Caco les dijo:

—Hijos, despídanse de la caramayola, mientras yo rezo un responso por el ánima bendita del difunto.

Los pacos se fueron a sacarle los últimos estrujes al frasco, hasta que de tanto chupar les bajó el sueño y se pusieron a roncar como con rabia.

Caco se desmontó de la muía, sacó un par de hábitos que llevaba y se los puso a los hombres. De llapa los afeitó y les hizo cerquillo. Después se echó por delante de la montura el cuerpo de su compadre Quico, y salió al trote para el cementerio.

Con el relente que comenzó a bajar de la cordillera allá por el aclarar, se despertó uno de los pacos, y le dijo al otro, remeciéndolo al verlo vestido de fraile:

—Oiga, Padre, ya es hora de que se recoja al convento, mire que está amaneciendo.

—Y usted, Padre, ¿qué hace que no se va? —le salió diciendo el otro al verlo también con hábito y coronilla.

—A usted, Padre, le digo.

—A mi no me venga con esas bromas, Padre, que soy harto perro cuando me salen tiesos.

Y así se fueron picando hasta que se trenzaron a bofetadas y fueron a arar por el barro.

Ya estaban atontados de tanto pegarse, cuando vinieron a reconocerse, y se quedaron mirando para todos lados:

—¿Y el Padre?

—Eso mismo pregunto yo: ¿y el Padre?

—¿Y el cuerpo?

—¿Qué se ha hecho el cuerpo?

¡El que llegó vestido de Padre y con la cantimplora -ha sido, hijuna grandísima! ¡El mismo que nos curó para robarnos el difunto! —dijo uno.

—Yo no vuelvo al Palacio, compañero, para que me peguen cuatro balas —dijo el otro—, ¡Vámonos para donde no sepan nunca más de nosotros!

—¡Vámonos!

Caco llegó donde la viuda y le dijo:

—Comadre Quica, el compadre perdió la cabeza en un enredo, y yo cumplí ya y lo dejé en sagrado. Ahora me vuelvo para mi tierra. Aquí tiene estos doscientos pesos para que viva en lo propio, y ni usted ni los chiquillos tengan que tomar nunca lo ajeno. No olvide este consejo; dígales a los niños que trabajen cuando lleguen a grandes que *si no habían de ser buenos ladrones, mas cuenta les hará ser hombres honrados*.

Un amigo que anduvo por esas tierras me cuenta que más tarde Caco volvió y se casó con la viuda de Quico. Claro que por ser compadres, el cura tuvo que ponerles freno al casarlos. Con los años aumentó porción la familia, al extremo que hoy en día no hay por donde no ande haciendo fechorías algún *peine fino* que se parezca en la nariz a Quisco o en las uñas a Caco.

MISERIA Y POBREZA

Un herrero, al que le decían Ño Miseria por lo muy manirroto que era, y no porque se negara jamás a otro más necesitado que él, vivía una vez allá por el Callejón en compañía de un perro al que se le había antojado ponerle por nombre Pobreza. Donde iba Miseria a divertirse, allá salía detrás su quiltro, para ir a esperarlo echado a la puerta del boliche, y endilgarlo para la casa si lo veía un poco a la sin rumbo, o quedarse cuidándolo cuando se le antojaba ponerse a sestear por ahí.

De tanto mascar vidrio, Miseria iba perdiéndole la afición al trabajo, a tiempo que le comenzaban los achaques de la vejez. Una mañana que amaneció con mal ánimo y con sed, se le ocurrió pensar:

“Por veinte años con vida y salud, y plata para el bolsillo, yo con gusto le hipotecaba el alma al cachudo.”

Ligerito no más llegó haciéndose el zorro rengo un sujeto de tongo y chaqué plomo, con olor a tinterillo, y pasándole un papel timbrado al herrero, le dijo:

— Echeme aquí una firmita, y le respondo que estos veinte años corren de mi cuenta.

Como no hallaran tinta a mano, el diablo lo picó a Miseria en la sangradera y le pasó la pluma lista para firmar. Tan pronto como el hombre echó la millonaria, el otro secó la fir-

ma con el resuello, se metió el papel a la cartera y se hizo humo.

Los años iban pasando como un suspiro, y un día que Miseria estaba por casualidad en la fragua componiendo unas puntas de arado, vio que se paraban a la puerta dos forasteros con una borriquita en que llevaban sus cacharpas.

—Le digo, Señor, que si no le ponimos la herradura a la burra nos vamos a quedar a la mitad de la cuesta — decía el más viejo, echándose viento todo azariado con la chupalla.

— Bueno, Pedro, sale con la tuya como siempre; pero quiero ver con qué le vas a pagar a este buen hombre, cuando muy bien sabes que ni para alojamiento nos ha alcanzado estos días — le decía el más joven, sin agitarse.

—Con unas cuantas indulgencias que le echemos, san-se-acabó —saltó el veterano.

Miseria, que no era hombre de hacerse el desentendido, dejó lo que estaba componiendo, vino y le dijo a los forasteros:

—Yo con gusto les haría el servicio; pero lo que dificulto es que demos con una herradura que no le quede grande a la burrita.

Y se puso a escarbar con las tenazas en un montón de fierros que estaban devorados por un rincón, cuando lo primero que va hallando es una herradurita de plata flamante.

Miseria la tomó, le entró algo las puntas de dos martillazos en la bigornia, y mientras San Pedro le ayudaba a tener la pata, en un dos-por-tres le dejó herrada la borrica.

— Ahora quiero que sepas — le dijo San Pedro — que ese que está ahí en Nuestro Señor Jesucristo que ha salido conmigo a recorrer el mundo, y por su santa intercesión te puedo conseguir tres gracias en pago del servicio que nos haces herrando a la burrita. Pide, pues, lo que más te guste, pero yo te aconsejo que no vayas a olvidarte de la Vida Eterna.

Miseria se rascó la barba, y pensando que estaban por cumplírsele los veinte años de plazo, salió diciendo al fin:

— Me gustaría que el que se suba a esa higuera que está ahí no pueda bajarse, mientras yo no dé mi consentimiento.

— ¡No eches en saco roto lo que te recomendé! — le sopló por lo bajo San Pedro.

Lo segundo que pido es que todo el que se siente en mi silleta de brazos, no se pueda mover hasta que yo no lo deje.

(—¡Acuérdate de asegurarte la Vida Eterna, badulaque! —le decía desesperado San Pedro, con las barbas que se le llegaban a engrifar de rabia.)

— Lo último que pido — dijo Miseria con su calmita de siempre — es que cualquiera cosa que yo meta en mi bolsa tabaquera no pueda salirse ni a tres tirones.

Las tres gracias que pides son tuyas —le dijo el Señor—. ¡Adiós, amigo!

Y los caminantes cortaron por el callejón, con San Pedro persiguiendo a la borriquita con el látigo de puro ajisado.

Como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, al fin llegaron dos diablos a llevarse a Miseria. El herrero estaba sombreando debajo de la ramada, porque era un día de lo peorcito del verano.

—No me dilato ni un minuto en estar con ustedes —les dijo Miseria—; nada más que lo justo para mudarme y lavarme la cara. Mientras tanto, podrían pasar a tomar unas brevas de la mata, si gustan —añadió como quien no quiere la cosa.

La higuera llegaba a negrear de brevas que se rajaban de maduras. Los diablos no se hicieron rogar mucho para dispararse como gato a bofe hasta el cogollo, a tiempo que el herrero salía por la puerta de atrás y se iba a remoler una semana enterita.

Cuando los diablos vinieron a darse cuenta, se hallaron con que estaban pegados a la higuera como con liga, y contra nada se azotaban con la cola.

Pasó el tiempo de brevas, maduraron los higos, y Miseria

sin que se le ablandara el corazón. Los diablos, todos llovidos, llegaban a dar diente con diente. Pero lo que les hacía tiritar no era tanto frío como el pensar lo que haría el Diablo Mayor con ellos cuando se aparecieran con las manos vacías.

Miseria venía a verlos de vez en cuando, y se sentaba en su silla de brazos, a pierna estirada, torciendo un cigarro de hoja:

—¡Le prometimos lo que quiera, con tal que nos suelte!

—le suplicaban los infelices.

El herrero, haciéndose el sordo, se entretenía mirando el humito botaba el pucho y volvía a perderse por Otra temporada.

Al fin un día vino y les dijo a los dos pobres diablos:

—Bueno, yo los dejaría ir si me firmaran el papel por otros veinte años.

Y los tiznados no tuvieron más que renovarle el documento. ¿Qué otra cosa iban a hacer?

El diablo tuvo muy presente la jugada que le había hecho Miseria, y cuando se volvió a cumplir el plazo, comisionó nada menos que a su mayordomo, con orden de andar muy despierto con el herrero.

—Y sobre todo, ¡ni acercarse a la sombra de la higuera!

—no se cansaba de recomendarle.

Pero Miseria lo recibió con cara de arrepentido, y le puso la silla de brazos en el corredor para que se sentara a esperarlo un momento mientras él se ponía la chaqueta. El diablo se sentó por mejor con la espalda vuelta para el patio, a esperar al herrero.

Ahí no más quedó, quietito. Pasaban horas, y Miseria sin salir. De vez en cuando, el diablo hacía un envión a pararse,

pero el asiento no le daba floja.

Como a los dos meses largos de talle, cuando se le acabó la plata, Miseria volvió ganándole el quien vive al diablo, haciéndosele el enojado

—¿Y vos todavía por aquí?

—Con gusto me iría, si me dejara, Ño Miseria.

—¿Sois gustoso, pues, de irte solo? Pero tienes que renovarme el vencimiento por veinte años.

Al diablo no le quedaba otra que firmar o secarse ahí sentado. Firmó, pues, y salió de carrerita a dar cuenta, todo confundido.

La última vez el diablo padre no se confió a nadie, sino que se presentó en carne y hueso a llevarse a Miseria. El herrero andaba despidiéndose de sus amistades, y cuando llegó, medio alegrón, se hizo que no lo reconocía.

—¿Cómo va a ser usted el Rey de los Infiernos, y con ese chaqué verdoso? ¡No se lo creo! Si por lo menos lo viera convenido en un león, tal vez me iría convenciendo.

—¿Qué me cuesta? —dijo el diablo, picado en su amor propio.

Y ahí mismo se trocó en una fiera con la melena como un matorral y los colmillos de este pone.

—¿Sabe que le voy creyendo al fin? —le dijo Miseria, cuando lo vio otra vez como antes—. Pero para acabar de convencerme, creo que tendría que verlo reducido a un animalito del pone de un ratón.

La soberbia fue lo que perdió al diablo otra vez. Por no dejar al herrero con la idea de que había algo imposible para él, se cambió en una laucha y se puso a correr por el suelo. El que pasa por debajo de la silla, y el herrero que le tira el agarrón y me lo mete en la bolsita.

¡Al yunque síá dicho! Puso encima su bolsa tabaquera con el diablo saltando adentro, fue y agarró el macho más pesado que halló en toda la herrería, y a brazo borneado comenzó a majar al Enemigo Malo hasta que se quedó sin resuello. Cuando lo tuvo hecho albóndiga, se echó la bolsita a la cartera y se fue a pasar el calor a un frutillar.

Después que se aburríó de darse buena vida a costa del diablo, Miseria le dio suelta y lo dejó arrancar a perderse. Luego se puso a arreglar sus trampas y a reconciliarse con Dios. Cuando el herrero murió al fin, sus amigos le hicieron un velorio bien celebrado, donde nada faltó y más bien sobró de todo. Después no les quedó más que ir a enterrarlo, y Pobreza salió a la rastra con los demás.

Miseria hizo una pasadita hasta el Cielo, por si acaso. Pero todo fue divisarlo San Pedro, y me lo va echando puerta afuera con cajas destempladas. ¡Que no fuera a portarse alguna vez por ahí; que tuviera muy presente que le había ofrecido tres gracias y no supo aprovechar una sola!

El herrero no tuvo más remedio, pues, que tomar cuesta abajo y para donde ustedes saben; pero no hicieron más que olerlo de lejos los diablos y ver que venía con el macho al hombro, y ponerse a remachar las puertas y arrancar atropellándose para los profundos infiernos.

Miseria volvió a vagar por el mundo, y su perro Pobreza, arrastrándose de viejo, se vino detrás de él. Dios no ha querido que se separen desde entonces, y por eso, mientras Miseria ande por la tierra, su compañero no le perderá pisada.

DONDE HA HABIDO, SIEMPRE QUEDA

Un caballero de campo que casi lo habla perdido todo con los pleitos, se hallaba -reducido a vivir con la familia en la mediaguas de una posesión que era lo menos arruinado de todo el fundo.

Un día, el hijo mayor, que le había resultado una compasión de flojo y rezongón de llapa, dijo que prefería ir a pasar sus pobrezaas donde ni los perros lo conociesen, antes de que vinieran a embargarlo a él también, junto con todo lo de más. La madre anduvo registrando por aquí y por allá, y con lo que le agenció de bastimento le llenó unas alforjitas, lo abrazó y lo encomendó a Dios, que fuera sin novedad y con suerte.

Después de mucho caminar por una cuesta, con un calor que le hacía escupir corto, llegó el mozo a un portezuelo donde había un algarrobo, y se puso a sombrear ahí. Había comenzado a mascar unas cascaritas de pan candeal con queso de cabra, cuando casi se atora del susto que le da de oír una voz que le dice, casi pegada a la oreja:

— ¿No me dirá, mi buen mancebo, para dónde se encamina?

Pero en cuanto vio que el que le hablaba no era nada más

que un lorito que estaba parado en una rama del algarrobo, no pudo dejar de reírse de su miedo.

—¡Pucha! y quién iba a figurarse que erais vos, lorito, no mas, e! que me hablaba! Te diré que ando en busca de una pega donde se gane montón de plata sin matarse trabajando.

— Pues ha de saber, amigo, que allá abajo, donde se divisa ese humito, le darán trabajo.

De allá somos, entonces —dijo el joven, recogiendo hasta las migas.

—¿Y no me dejará algo de lo que estaba comiendo, por los informes que le di, mi buen mancebo?

— ¡Las ocurrencias! ¿Qué no ve que se me hace poco para mi, y que iba a exponerme a morir de necesidad en estas serranías! Le daré las gracias: ¿qué más quiere?

Y se fue. A puestas de sol llegó a las casas de una hacienda. Les he de advertir que aquella era una Doña Hacienda, con su palacio y su torre con reloj y todo. El dueño, que era un caballero de la patilla blanca, lo recibió muy bien al joven y le prometió trabajo.

—Mientras tanto, pase a descansar, y que le den alojamiento y su buen plato de merienda. Mañana se levanta temprano, ensilla la borriquita que hay en el corral y me va a dejar esta carta.

—¿Están aquí las señas, patrón?

—Donde se pare la borriquita ahí es.

El mozo se quedó enredado en las sábanas al otro día, y hasta el sol alto no vino a salir en la borriquita a dejar la carta. A poco andar divisó la orilla de un río tan correntoso que llegaba a bramar, y la otra orilla que no se alcanzaba a columbrar siquiera.

Ahí no más se arretacó la burrita. El joven se puso a mirar por todas partes, y no viendo ningún vado, al fin tiró la carta al agua.

— Aquí debe ser, puesto que me dijeron que donde se parase la burra, dejara la carta.

Y volvió para atrás muy suelto de cuerpo, sin ver que la

carta quedaba dando vueltas y más vueltas en un remolino.

—¿Ya por aquí, hijo, y me trae la contesta? —le preguntó su patrón en cuanto lo divisó.

—No me dieron nada para Su Mercé —dijo el otro, mirando para un lado.

—Muy bien. Yo no tengo más trabajo para usted. ¿Con qué prefiere que le pague, con un almud e harina o un almud de plata?

—¡Un almud de plata, qué tiene que ver!

Le dieron su almud colmadito de plata, se echó el saco al hombro y se fue entonándose de gusto.

Al poco tiempo le entraron ganas a otro de los hijos del hacendado pobre, de ir a rodar tierras. Sin decir palabra a nadie, se metió a rastrorear por todos los rincones, se aperó de cuanto pudo juntar para su sustento, y se fue calladito. Cuando llegó al algarrobo, se puso a comer a pierna estirada, afirmado en el tronco, y luego no más el lorito salió preguntándole:

—¿No me dirá, amigo, en qué anda por estos lados?

El muchacho dio un salto tamañazo, pero apenas se dio cuenta de que era el brito que le hablaba, le contó que iba en procura de mejor suerte.

—Corte por ese camino derechito, y hallará lo que busca y más, todavía. Y ahora que está bien encaminado, quisiera que me convidara con algo de lo que trajo para comer, mi buen mancebo.

—Con gusto le darla, lorito, pero es poco para mí, ¿no ve?

—Y se fue muy sí-señor, sin despedirse de la avecita ni acordarse siquiera de darle los agradecimientos.

Cuando llegó a las Casas, el patrón lo dejó descansar, y al otro día lo mandó en la borriquita con el papel. Al llegar a la orilla del río lo primero que va viendo fue la carta que había echado al agua su hermano.

—Aquí no más echo yo también mi carta —pensó, y tiró

la que llevaba al agua. La carta se fue de golpe a juntarse con la otra.

A la vuelta, el caballero no se dio por entendido, le pagó su almud de plata y lo mandó cambiar.

Pasado su buen tiempo, el menor de los hermanos le pidió licencia a sus padres para ir a recoger nuevas de los perdidos, y ver si no podría ganar alguna cosa para ir reparando la casa, que tenían que estar apuntalándola por todos lados. Los viejecitos le lloraron y le suplicaron que no fuese ingrato como sus hermanos, que no los dejase solos, cuando les quedaba ya tan poco que penar en esté mundo; pero él los consoló diciéndoles que sería para su bien. La pobre mamita fue y le pidió algo prestado a una amiga de sus buenos tiempos, y con eso le preparó su atado de ropa remendadita, pero bien limpia, y su poco de comistrajo.

Allá fue a parar el chiquillo, al pie del algarrobo, donde lo esperaba el lorito con la misma pregunta de siempre.

—Ando buscando trabajo para aliviar a mis padres que están muy viejos; lorito real —le dijo.

—Llegue hasta donde se ve salir ese humito, y le darán ocupación.

—Gracias por su noticia. Y ahora baje a almorzar conmigo, ¿quiere?

En cuanto el lorito se hubo hecho que comía, le dijo al pequeño:

—Mira, niño, yo sé que Eres un hijo como hay pocos, y que tienes muy buen corazón. Te voy a dar por eso un consejo, que si lo sigues al pie de la letra, te irá bien en todo. Cuando te vea el dueño de aquella hacienda, te dará una carta para que vayas a entregarla en la burra de los mandados. No vas a demorarte en divisar la orilla de un río que más parece mar, y tan correntoso que uno se marea de puro mirarlo. Pero no haces más que acercarte a la orilla, cierras los ojos, taloneas a tu bestia, y sales-gritando: “¡Arre, burrita!”

Entonces verás. Cada vez que se te arretaque, vuelves a hacer la misma cosa, hasta que llegues donde se pare la burrita, y asunto concluido.

Dicho y hecho. El caballero lo aconchavó para que fuese a dejarle la carta. El niño llegó a la orilla del río, y aquí fueron sus apuros, porque si el río venía antes de crece, ahora estaba por salirse de madre. Ya le comenzaban a tiritar las piernas, cuando de repente se pegó una palmada en la frente, y dijo:

— ¡Lo que tenía más presente! Consejo que me dio mi lori to: ¡Arre, burrita!

Y cuando volvió a abrir los ojos, ya estaba del otro lado del río, y ni lo que es la punta del pie le habla salpicado el agua siquiera.

Un poco más allá la borrica llegó al borde de un zanjón que se llegaba a ver azul para abajo de la onduca, y por puente, *una quilín*. El niño se quedó pensando un rato, y luego recordó:

— ¡Consejo que me dio mi lorito!: ¡Arre, burrita!

Y sin saber cómo ni cuándo, muy bien que estuvo del otro lado.

Al poco andar, llega a una angostura de la quebrada donde la huella quedaba entre dos peñascos que a cada momento se largaban uno contra el otro, de topada de camero, y llegaban a sacar chispas del encontrón.

— ¡Arre, burrita!

Allá quedaron pegándose los dos peñascos como dos toros bravos. Caminando, caminando con su pasito bailarín, la burra pasó junto a la cerca de un potrero con un pastal de este alto, y perdidos en aquella lindura, unos bueyes que andaban pica aquí, pica allá, y trasluciéndose de flacos, mientras que en una loma pelada que quedaba por ahí cerca, se divisaban unos novillos tan gordos que cuando se ponían a dar corcovos de gusto, si uno se caía, llegaba rodando hasta abajo, como una bola.

Más lejos el niño alcanzó a divisar dos casas de varios pisos, en que trabajaban muchos maestros albañiles y carpinteros, y mientras iban levantando las casas por un lado, el fuego las iba consumiendo por otro.

El niño iba cavilando en esas cosas, cuando la borriquita endilgó por el portón de una chacra, donde salió a recibirlo una señora muy donosa y de muy buen trato, que lo convidó a desmontarse y que pasara a servirse un bocadito, mientras ella leía la carta.

Le dieron ganas de soltar la risa al joven, al ver que le pasaban un platillo como para muñecas, para que se sirviese. Pero comió y comió hasta que dio puntada, y el manjar *intautito*.

—Bueno, hijo; ahora que has hecho algo por la vida, aquí está la contesta, y que te vaya bien.

Cuando el niño vio que no quedarían ni dos brazadas de sol y recordó que su patrón lo estaría esperando, se acordó del consejo del loro, cerró los ojos, y gritó: “¡Arre, burrita!” La borrica se paró de golpe junto a las varas del corredor de la hacienda, y su patrón que sale a decirle:

—¿Ya estás por aquí de vuelta, hijo? ¿Y cómo te fue?

—Muy bien, pues, señor. Aquí tiene la carta que me dieron para su Mercé.

— Bien, hombre, así me gusta. ¿Y qué prefieres que te pague por el mandado, un almud de plata o un almud de harina?

—Con la harina me conformo; así mis pobres viejos podrán volver a probar pan fresquito de su mano.

—Vaya, hijo, como gustes. Pero antes de irte para tu casa, cuéntame qué viste por el camino.

—Vi, señor, primero un río que nadie soñaría con pasarlo, de lo grande y correntoso que era.

— Ese río tan revuelto, niño es la vida con sus tentaciones y peligros. ¿Y qué más viste?

—Poco más allá vi, señor, un zanjón tan tremendo que no se le divisaba el fondo, y por puente, una *quilín*.

—Ese es el trance de la muerte, hijito, y el puente lo tienen que pasar los justos para salvarse. ¿Qué otra cosa viste?

—También vide, señor, dos peñascos tamaños que se daban encontrones y llegaban a sacar chispas.

— Esos son dos compadres que no supieron avenirse en este mundo y siguen peleando en la otra vida. ¿Algo más viste?

—Más adelante vi un potrero que llegaba a olear de alfalfa, y unos animales que pegaban una mascada, la dejaban y se calan de flacos.

—Eso, niño, son los ricos avarientos, que mientras más tienen, más quieren. ¿Y nada más viste?

— Vi poco mas lejos un peladero donde ramoneaban unas reses de rajarías con la uña de gordas, y tan felices y contentas.

— Esos son los buenos cristianos que se conforman con lo que Dios les da.

Por último, el chiquillo se fue tan agradecido con su saquito de harina, y porque su patrón le prometió ir a hacerle una visita para conocer a sus padres.

El niño encontró muy acabados a sus pobres viejos, y los terrenos topados de malezas, con las bardas caldas, las tapias llenas de portillos, y adentro no sé cuántos animales aparecidos. La casa ya casi no tenía teja buena, y con más goteras que una ramada. Todos estuvieron muy felices de volverse a ver, y la viejecita hasta echó su moqueada por los dos ingratos que faltaban.

A los pocos días se dejó caer de visita el caballero de la hacienda en compañía de un veterano mal agestado y regodeón, al que mentaba el Maestro Pedro.

Todo fueron carreras para un lado y otro, buscando unas silletas que sí tenían el respaldo bueno, no fuesen a estar cojas, y algún pedazo de estera para ponerle a las visitas.

— Hijo .— le dijo la señora a su marido—, anda adentro a platicar con esos grandes caballeros, mientras yo voy al sitio por si tengo la suerte de pillar algún pollo alzado para una cazuela.

Allá salió a trompezones la viejecita detrás de un gallo de la espuela caracoleada que era todo lo que les quedaba del gallinero. Como a las dos horas que estaba el gallo en la olla, las visitas bostezando y con los ojos adentro de hambre, cuando viene la señora a suplicarle al dueño de casa que se comida a pasar por la bodega, a ver si por casualidad quedara un conchito de vinagre con que ablandar al pícaro del gallo, que está más duro que al principio.

— ¡No estés desvariando, hija! ¡Que vinagre va a haber después de tantos años!

—Anda, no más; *hijo, que donde ha habido, siempre queda.*

Arrastrando los pies, y con mil disculpas para las visitas, pasó el pobre hombre por las bodegas. Por ahí encontró un cántaro abollado, y de mala gana lo metió en la primera tinaja que halló a mano. Como metió el brazo hasta el hombro, hasta el mismo codo le va quedando empapado en un vinagre fresquito, oloroso, de puro vino blanco.

—¡Vaya en gracia! —fue todo lo que alcanzó a tartamudear de la sorpresa; y salió trotando para la cocina.

—¿No te decía? —le dijo la señora—. Ahora, hijo, anda a ver si descubres una garrita de charqui, para que vayan mascando las visitas, que ya a cazuela no tardará. Busca con fe, no más, *que donde ha habido, siempre queda.*

—Ya te dio con ésa, mujer, como si yo no supiera que ni muestras han dejado las polillas en la despensa.

Pero todo fue abrir la puerta, y casi se le viene encima una ruma de lós de charqui, sin contar las chiguas con quesos alicahuinos, y de cuanto hay.

—¿No te parece que ahora vendría bien un poco de chacolí, para que vayan pasando el calor las visitas? —dijo la se-

nora—. Ya sabes, hijo, que donde ha habido...

El viejecito no esperó oír más, y salió a paso redoblado para las bodegas de abajo. Ahí al pie de la escalera va viendo un barrilito tapado con telarañas, con un vino añejo que daba hebra, y más adelante unas cuarterolas de moscatel rosado, de ese que hace cosquillas en el gaznate. El pobre casi no daba con el camino, de ver las filas de toneles que llegaban a estar quietitos de llenos, y los fudres que topaban al techo.. Por la puerta de otra bodega alcanzó a divisar los rimeros de sacos de trigo, de porotos, los montones de cebollas, de papas, de zapallos: de cuando Dios crió.

Pasaron la tarde como en la gloria, comiendo, bebiendo y platicando con las visitas. Hasta el Maestro Pedro estuvo de lo más ocurrente. Allá por las oraciones se levantaron de la mesa, y el caballero mayor llamó al niño a un lado y le dijo:

—Hijito, has de saber que yo soy Dios, tu padre, y éste que anda conmigo es San Pedro, el que tiene las llaves del Cielo, y que me acompaña a recorrer el mundo. La señora a la que le fuiste a dejar la carta era la Virgen Maria, mi Santa Madre. Como veo que has sido obediente y nada codicioso, quiero dejarte bien puesto. Anda con tus padres a asomarte por esos potreros, y vean como les dejo la casa refaccionada y llena de un todo. El ganado y las siembras son para que los goces con tus viejos. Ahora, si quieres saber de tus hermanos, te diré que esas casas que viste ardiendo cuando fuiste a dejar la carta, y que no acababan de quemarse nunca, son las que ellos levantan con la plata que me cobraron por su engaño. *Tus hermanos están condenados.*

Y los dos forasteros los abrazaron a todos, salieron al camino, tomaron el tranco largo por una alameda, y antes de doblar la puntilla ya se hablan perdido de vista.

EL “MOSTRO”

Una viuda que habla quedado con un solo hijo, y no dormía pensando en el casorio, vivía en el campo en una posesión que le dejó el finado, con una majada de cabras y ovejas. El mozo era buenazo, pero la viuda lo trataba muy mal, porque quería aburrirlo para que se fuera y ella juntarse con un marchante que tenía, brujo por más señas.

El niño salía diariamente a pastorear el ganado por los cerros y no volvía hasta el sol dentro a encerrarlo en el corral. Un día que estaba pasando la siesta debajo de un espino, mientras los animalitos ramoneaban por ahí, se presentó un hombre ya mayor con tres peritos y le dijo que si le quería cambiar esos tres peritos por tres ovejitas, así tendría quien lo cuidara y lo defendiera en cualquier apuro.

—Bueno, pues, taitita —le dijo el joven—; ¿y cómo se llaman los perritos?

— Ese se llama Rompe-Hierro, este otro Pasa-por-Todo y ese de más allá, Vuela-por-l’Aire. Si alguna vez te vieras en un apuro, no tienes más que llamar a tus peritos y ellos vendrán a favorecerte.

El joven convidó al viejecito con unos quesillos hechos de su mano y un pedazo de tortilla, y lo que les sobró se lo dieron a los perritos. Hasta que no se perdió de vista el forastero no se vino a arrepentir del cambio, pensando en lo que

se enojaría su madre con él. Pero viendo que los perritos le hacían fiestas como si lo hubieran conocido toda la vida, se le pasó bien pronto la aprensión.

La viuda no se cansó de tontearlo tan pronto como le contó el cambalache que había hecho. Esa noche ella se vio con su marchante, y el brujo la convenció de que no serían felices mientras no se librasen del mancebo.

— Mañana —le dijo—, usted le encierra los perros para que no los lleve al campo; yo me encargaré de lo demás.

Al otro día tempranito se levantó la viuda y se llevó a los tres peritos para el chiquero, donde los dejó bien amarrados y le puso armella a la puerta.

—Usted no me va al campo con esos perros hasta que no estén bien enseñados —le dijo la viuda—. Yo se los cuidaré aquí y les daré bien de comer.

El mozo sintió mucho no poder irse con sus perritos; pero como era muy dócil, se fue calladito no más a pastorear sus animales.

A eso de las doce se sintió un bufido tremendo que salía de la quebrada y apareció el “*Mostro*”, que no era otro que el brujo que venía a comerse al muchacho. Al ver a aquel animal que vomitaba fuego por boca y narices, se acordó de sus tres perritos y de lo que le había dicho el forastero:

— ¡Rompe-Hierro; Pasa-por-Todo; Vuela-por-l’Aire: favorézcanme!

Todavía no acababa de decir esto, cuando llegaron-en tropel los tres peritos, y hasta una oreja le cortaron *al Mostro*.

El niño se fue feliz con sus peritos a contarle a su madre el peligro de que lo habían librado. Y le mostró la oreja del *Mostro* que había recogido del suelo.

—¡Tira por allá eso! —le gritó la viuda—. ¡Y llévate tus perros, que no me vengan a emporcar la estera!

El no hallaba qué pensar, al ver lo cambiada que estaba su mamita desde tiempo atrás. Por no molestarla sacó su cuero de oveja al corredor, y ahí se acostó, con los tres peri-

tos que vinieron a echarse a los pies.

La viuda amaneció taimada y ni desayuno le dio antes de mandarlo para el cerro. Así pasó como una semana, y el pastorcito feliz con sus tres perros que lo seguían a todas partes.

Cuando el brujo pudo andar de nuevo por sus pies, vino a decirle a su marchanta que tuviera más cuidado con los perros; que esta vez sí que no se le escapaba el muy bribón. Al otro día la viuda madrugó y escondió los perros en su cuarto y los amarró con látigos y con cuanto a las atas del catre. Después atrancó la puerta y le gritó al pastorcillo que ella tenía miedo de quedarse sola.

El tuvo que irse sin sus perros, y sin entender tampoco los caprichos de su mamita que antes no podía ver a los perros y ahora no quería separarse de ellos. “Qué vamos a hacerle; mi madre no más es”, se fue pensando.

Como a las tres de la tarde ve que se viene encima rompiendo monte y saltando barrancas, quién habla de ser, sino el mismo Mostro de antes. El pastorcito no alcanzó más que cerrar los ojos y decir:

— ¡Mis tres perritos, favorézanme!

No había acabado de abrir bien los ojos cuando ya los tres animalitos, Rompe-Hierro, Pasa-por-Todo y Vuelapor-l’Aire, estaban encima del Mostro y no lo soltaron hasta dejarlo hecho un harnero.

La vieja se puso como una fiera; al ver que ni las patas del catre podía encontrarlas. Apenas vio llegar al joven, le tiró la merienda por allá. No quería hijos desobedientes; que se fuera donde no lo viera nunca más y que ojalá Dios se acordase de él.

Cuando el joven iba a salir, ella quiso largarle un trancazo, pero Rompe-Hierro le dio un empujón, que la hizo arar por el suelo; tan pronto, como se paró y quiso pegarle otro golpe al mancebo, llegó Pasa-por-Todo y la fue a tirar por allá de un empellón; ella que se endereza con más ganas, y Vuela-por-l’Aire que la estrella contra la pared, y ahí no más

quedó quietita, péndose.

El pastorcito iba a socorrerla, pero como vio que era un simple aturdimiento, tomó su ponchito y sus alforjas y con la fresca se fue con sus perritos a buscar trabajo.

Anduvieron y anduvieron hasta repechar una cuesta de donde divisaron por allá muy lejos una polvareda como de un arreo que se iba perdiendo por la vuelta de una loma. A poco andar dieron con un descampado donde habla una ramada recién hecha, y sentada en un banco una jovencita que estaba llorando sin consuelo.

— Mi patroncita — le dijo el joven—; ¿no me dirá por qué la han dejado tan sola en estas serranías?

—Ay, buen mancebo —le dijo ella—, no me pregunte mejor, y váyase ligerito antes que le toque mi misma suerte. Ha de saber usted que yo soy una Princesa de sangre real y que vecino a mi Reino hay un *Mostro* que tiene que recibir todos los años una dama de la corte para librarse de - que arrase con todo. Esta vez el Rey, mi padre, tuvo que venir a dejarme a mi, que soy la última hija que le quedaba.

—Vaya, si no es más que eso, no tenga cuidado, señorita. Yo voy a dormir un boca-abajo, porque ya estoy medio muerto de tanto andar. Usted no se olvide de despertarme cuando sienta al *Mostro*, y déjemelo a mi cuidado.

El mancebo se tendió en el mismo banco, y no hizo más que poner la cabeza en la falda de la Princesa, cuando se puso a roncar. A puestas del sol, por allá viene bramando el *Mostro*, Señorcito, que llegaba a temblar la tierra. A la Princesa se le comenzaron a caer unos lagrimones de este porte al ver venir al *Mostro*, y el joven sintió los goterones calientes que le calan por el pescuezo.

—Eh, ¿qué es lo que pasa? —preguntó el joven refregándose los ojos.

—¡Qué!, ¿no ve lo que viene ahí, por amor de Dios? —le dijo la Princesa—. ¡Aquí nos va a comer a los dos! — Y se abrazó de él llorando a lágrima viva.

—No se le dé nada, mi Princesita —le dijo él. Y cuando vio que el *Mostro* no venia a más de cien varas, le dijo a los perritos:

— ¡Rompe-Hierro, Pasa-por-Todo, Vuela-por-l' Aire: háganme pedazos a ese animal!

Los tres perritos se le fueron a la carga al *Mostro* y ya no le dieron suelta hasta que lo mataron.

— Ahora — le dijo el joven a la Princesa—, présteme una navaja y un pañuelo.

La Princesa fue a sacar de la petaca una navaja con cacha de oro y un pañuelo de seda bordado con su nombre y apelativo. Entonces el pastorcito se fue y le cortó al *Mostro* las siete lenguas, las envolvió en el pañuelo y se las echó a la cartera. Después vino y le dijo a la Princesa:

— Ahora usted tiene que prometerme que no va a hablar con nadie por un año.

La Princesa le dijo que sí y le rogó mucho que no se fuera; pero como lo vio tan resuelto, se conformó con prepararle un buen bastimento para el camino.

Lueguito no más pasó por allí un negro leñatero con sus burros, y todo fue ver la sierpe en el suelo y descolgar el hacha que llevaba en el aparejo:

—¡La sierpe tá umía! —dijo el negro escupiéndose las manos.

Y ras, y ras, y ras; le cortó las siete cabezas. Amarró las cabezas encima de las cargas y casi les sacó el cuero a los burros para llegar más pronto al Palacio:

—Facico, la vía zolzalina que vais a pasal di'oi en ailante—decía hablando-solo—. ¡Me caso con señoita, me caso con señoita! —Y esto sin dejar de apalea los burros.

La guardia del Palacio no quería dejarlo pasar, pero cuando les mostró las cabezas de la sierpe, fueron a avisarle al Rey. cosa —dijo el Rey, rascándose la cabeza—; palabra de Rey no puede faltar; tendré que darle a mi pobre

hija, Facico.

Y con noche mandó a un piquete que fuera a revienta-cinchas a buscar a la Princesa.

Cuando vieron que estaba muda, todos creyeron que del susto habla perdido el habla. El Rey dijo entonces:

— La boda no puede ser antes de un año, mientras se hace lo posible por conseguir que la Princesa vuelva en sus sentidos.

El médico de la Corte dijo que hasta las Princesas podían perder el habla de un susto muy grande; pero que en las mujeres siempre habla esperanzas de mejoría. La gente no se cansaba de lamentar la suerte de la pobre Princesita, que huyendo de las llamas habla caldo en las brasas. El Rey la sacaba a pasear a los baños, le mandaba hacer trajes por docenas; pero no conseguía que mirara siquiera cuando la hablaban.

El negro ya se reventaba de enterado y hasta se había mandado alisar las motas para parecerle mejor a la Princesa.

La víspera del casamiento llegó a la Corte el pastorcito con sus tres perros, y se alojó en casa de una viejecita pobre, un poco distante del Palado.

—Puede ser, mamita — le dijo—, que algo toquemos de la fiesta.

— ¡Qué vamos a tocar nosotros, hijito: cómo se le ocurre que el Rey se va a acordar de gente tan pobre!

—No se le dé nada, mamita, ya verá.

Cuando tanteó que hablan servido el primer plato, el pastorcito le dijo a Rompe-Hierro:

—Vaya a traerme el primer plato que le sirvan a ese negro.

Rompe-Hierro entró al trote al Palacio y le arrebató el plato de cazuela al negro, que se quedó con tamaña boca abierta.

La Princesita conoció al perro, pero no dijo nada.

—A ver —dijo el Rey—; pónganme doble guardia en la

puerta, para que no vuelvan a ocurrir estas cosas.

Después fueron a la cocina a buscar el concho de la olla para servirle al negro.

Mientras tanto, el pastorcito y la viejecita se saboreaban con la cazuela de ave tan sabrosa.

—¿No le decía, mamita, que el Rey se iba a acordar de nosotros? Espérese no más, y verá bueno.

—Ahora —le dijo a Pasa-por-Todo— anda a buscarme el asado que le sirvan al negro, y si es posible tráeme el plato con jeta y todo.

Pasa-por-Todo se metió por entremedio de la guardia y salió con el plato que llegaba a humear todavía.

El Rey pegó un golpe en la mesa que llegó a hacer saltar las copas y mandó que pusieran centinelas con balá en boca en la puerta de calle.

El negro blanqueaba los ojos, y la Princesa no podía ya sujetar la risa.

‘El pastorcito y la dueña de la pensión se comieron el asado de cordero, que estaba superior a toda ponderación. Un poquito más tarde le tocó a Vuela-por-l’Aire:

—A traerme el desengraso que le sirvan al negro. ¡Ya está aquí!

El perrito se coló como Pedro por su casa en Palacio y desapareció con medio molde de dulce de membrillo que le habían servido al novio.

—Aquí, cuatro de la guardia —gritó el Rey— - Síganme a ese perro y tráiganme a su dueño ahora mismo, o les hago cortar la cabeza.

El piquete salió trotando detrás del perro y alcanzó a verlo entrar con el plato en el hocico en casa de la viejecita.

— El Rey le manda que se presente ahora mismo a dar cuenta de las fechorías que han hecho sus perros.

—Díganle al Rey que yo no voy si no viene a buscarme él mismo en su rodado —les dijo el joven.

Quisieron tomarlo, pero los peritos los hicieron salir más

que ligero.

El Rey llegaba a echar chispas cuando oyó el recado: pero, al fin, mandó poner el coche y fue a buscarlo.

—Su Carreal, Majestad, mis perritos tienen que subir conmigo al coche.

¡Cómo, sus perros también! ¡No faltaba más!

—Entonces, yo no voy tampoco.

—¡Vaya, hombre, que suban!

El joven que entra al Palacio, y la Princesa que corre a abrazarlo, riéndose y llorando de gusto:

¡Este sí que es marido!

—¡Cómo, qué estás diciendo! —le dijo el Rey—. ¿Te has vuelto loca de veras?

Ella le metió la mano a la cartera al joven y sacó el pañuelo con las siete lenguas de la sierpe: “¿Ven, ahora?”, les dijo, mostrándoles su pañuelo con nombre y todo.

El negro se habla puesto cenizo de susto.

— ¡Vayan a desenterrar las cabezas de la sierpe! — mandó el Rey—. Vean si tienen lenguas o no.

—¡Va, ya se las habrán comido las humigas! —dijo el negro todo tartamudo.

Al ver que las cabezas que desenterraron estaban sin pizca de lengua, el Rey dio orden de que fueran a buscarle cuatro potros chúcaros que si era posible no hubiesen visto gente nunca, y que amarraran al negro de pies y mano y les prendieran cuatro voladores en la cola.

El pastorcito pidió permiso al Rey para mandar buscar a su madre antes de la boda, porque tenía que pedirle su consentimiento. el Rey mandó el mismo día su propio birlocho a buscar a la buena pieza.

La noche del casamiento, la viuda dijo medio lloriqueando:

—Yo quiero ir a acostar a mi hijo.

—Bueno, entonces yo acostaré a mi hija —dijo el Rey.

La pícara de la viuda, que no dejaba de sospechar quién había muerto al Mostro, venía nada más que por desquitarse, y al tenderle la cama al pastorcito, le puso de punta tres alfileres curados entre la sábana de abajo.

—Ahora, ustedes me disculparán —dijo la marchanta del brujo—; pero yo tengo que irme para mi casa esta misma noche, porque no dejé quién me cuide mis animalitos y se me pueden secar las siembras. —El Rey le prestó un mozo para que fuera a acompañarla, y los novios se fueron para su cuarto.

Poco después de apagar la vela, la Princesa notó que su marido no le decía nada ni se movía de su lado. Lo tocó entonces, creyendo que se estaría haciendo el dormido, y lo encontró helado como un muerto.

Al llanto desconsolado de ella vino el Rey a ver lo que pasaba, y se encontró con la Princesa llorando como una Magdalena y sin querer soltar a su marido.

Después de hacer todo lo humanamente posible para hacerlo volver del ataque, no tuvieron más remedio que irlo a enterrar. Los perritos seguían detrás del entierro, y no se movieron de la sepultura, por más piedras que les tiraba el panteonero. Ahí se quedaron gimiendo hasta el sol bajo.

Poco más tarde, el Rey convidó a la Princesa que subieran al mirador, por tomar el aire y distraerse un poco. Ya iba entrándose el sol, y la Princesa no quería moverse del balcón. De repente se quedó mirando calle abajo y le dijo al Rey:

—Mire, papá, ¿no es mi marido el que viene allá caminando con esos tres perritos?

—Déjese de esas cosas, mi hijita. ¿No vio que su marido se murió y lo enterramos?

Pero cuando pasó un rato y se acercó el pastorcito, ella se dejó descolgar escalera abajo y salió al encuentro del mancebo, que venía un poco descolorido, pero andando por sus piernas y con sus tres perritos detrás de él

Lo que había pasado fue que en cuanto salió la gente del

cementerio, los perritos se pusieron a escabar la sepultura hasta dar con el cajón. Como pudieron se bandearon para abrirlo y una vez que pusieron el cuerpo boca abajo, le sacaron con los dientes los tres alfileres brujos que se habla clavado en la espalda al acostarse en la cama que le tendió su mamita.

El joven les contó punto por punto al Rey y a la Princesa lo que habla pasado con su madre, y de cómo lo hablan librado sus perritos de quedar enterrado vivo para seco-de-la-sin-fin.

El Rey mandó a un propio con gente bien armada que le trajeran a la vieja bruja, aunque fuera a la rastra, viva o muerta. La viudita sabía muy bien lo que le iba a pasar y por eso comenzó a lamentarse de que estaba con una ciática que la tenla en un grito, poco menos que agonizando, y que la dejaran morir en su casa. Pero los comisionados no entendían de paliques; y se la llevaron con pataleta y todo. Por el camino no más le dieron el bajo, en cuanto se les quiso arrancar.

Los tres perritos fueron donde el yerno del Rey y le dijeron:

—Hasta aquí no más te acompañamos. Ya se nos cumplió el plazo. Nosotros somos tres ángeles del cielo que Dios te mandó para que te acompañáramos y te sacáramos de apuros, y ahora te dejamos ya bien casado y con plata. ¡Adiós! ¡Adiós!

Y los tres se convirtieron en tres palomitos que se remontaron al cielo y no se volvieron a ver más.

EL CABALLITO DE SIETE COLORES

Había una vez un caballero medio arruinado que tenía tres hijos hombres, y al que él quería más era al “puchito”; pero sus hermanos lo tenían por tonto. Todo lo que le quedaba al caballero era una chacra de melones y sandillas, con unas matas de porotos y un maizal por una esquina, de donde tenía que sacar para todos sus gastos.

Un día descubrió que una bestia se le estaba entrando noche a noche a la chacra y haciéndole mucho daño, y mandó al hijo mayor que se alojara en la ramada para que espantara al animal dañino y si era posible le diera sus buenos azotes, que no le quedaran más ganas de volver.

El joven era muy descomedido; se llevó un cuero a la rastra y se tendió a dormir. Al otro día los camellones eran una compasión como hablan quedado. Su padre vino y le pegó una zumba de azotes que le hizo humear el lomo.

A la otra noche le tocó al del medio ir a cuidar la chacra. A éste le gustaba el trago y se llevó su botellita de fuerte para no constiparse. Lueguito no más le ganó el sueño, hasta el sol alto en que vino a ver los destrozos que habían hecho esa noche en la chacra. El caballero llegó y casi me lo peló a huascazos.

Esa misma tarde los dos hermanos mayores ensillaron sus caballos y se fueron de la casa. “Dónde se ha visto que a

hombres barbados les pegue su padre por cualquier nada como si fueran chiquillos”, se iban diciendo.

Padre, déjeme a mí ir a cuidarle la chacra le dijo el más chico, al que le decían el Tontito.

—No, hijito, que vais a hacer vos; cuando tus hermanos que son ya cuartudos no pudieron atajar el daño.

—Déjeme, no más, papá, que yo con mi lacito me sabré defender muy bien.

Tanto porfió que, al fin, su padre lo dejó ir a quedarse en la chacra. Lo primero que hizo el niño fue salir a buscar unos quiscos al cerro y los puso formando rueda y se sentó en el medio, Cabezada que daba, quisca que se clavaba y volvía a espantársele el sueño. Al fin, cerca del aclarar, entró un caballito a la chacra; pero él se le fue por detrás, le echó el lazo y lo pilló.

—No me hagáis nada, pequeño —le dijo el caballito—, que yo soy tu Ángel de la Guarda, y te prometo que mañana la chacra va a amanecer más linda que nunca. Si alguna vez te hago falta, búscame no más por ahí que yo te sacaré bien en todo.

El niño le dio suelta al caballito y esperó que saliera el sol. Cuando vino el caballero, no fue gusto el que tuvo al ver la chacra como una lindura y a su niño sin que le hubiera pasadonada.

A los pocos días, el pequeño le dijo a su padre que quería ir a ver qué era de sus hermanos, no fuese que les hubiera pasado algo. Después de mucho majaderearle, el caballero le echó la bendición y lo dejó irse.

Por entremedio de unas zarzamoras el pequeño se encontró un caballito de mala muerte, se montó en él y siguió viaje. Luego llegó a un Reino donde el Rey tenía a la Reina muy atrasada, que ya estaba perdiendo las esperanzas de salvarla. El médico le había dicho que si no conseguían el Agua de la Vida, no les quedaba otra cosa que encomendársela a Dios.

El pequeño llegó a la Corte haciéndose el tontito y se aconchavó para los mandados. Lo primero que vio fue a sus dos hermanos mayores que hablan venido a ayudarle al Rey a pelear con los moros.

—Nosotros iremos a buscarle el Agua de la Vida para la Reina —dijeron los hermanos.

—Déjenme ir a mí también —les suplicó el pequeño.

—¡Qué vas a hacer vos, a estorbar no más! —le dijeron riéndose de él.

Pero el pequeño se fue detrás en su caballito de virtud. A los pocos días de viaje se encontró en un Reino donde había un rey ciego, al que un gigante que era conocido por el Cuerpo sin Alma, le había sacado los ojos. A todo el que pasaba, el Rey ciego lo hacia llamar para preguntarle que de dónde venía y para dónde iba. Cuando sintió el tranco del caballito del pequeño, le dijo al chiquillo que lo cuidaba:

—Llámame a ese que va por ahí.

El pequeño le dijo que iba muy apurado a buscar el Agua de la Vida para su patrona que estaba muy enferma.

—Yo te voy a decir dónde puedes encontrar el Agua de la Vida, hijo —le dijo el Rey ciego—. Pero me tienes que traer a mí una botellita y quitarle los ojos que me dejó escondidos el Cuerpo sin Alma. Toma por este camino derecho, hasta que llegues donde hay tres animales cuidando un manantial. Te fijas bien si esos animales están con los ojos cerrados o abiertos. Si tienen los ojos cerrados y están vueltos para adentro, entonces están despiertos. Pero si tienen los ojos abiertos y están vueltos para afuera quiere decir que están durmiendo, y puedes acercarte, meter estas dos botellitas que voy a darte, y volver a montar en tu caballito y disparar.

“Lo primero que haces, entonces, es tomar un trago de una de las botellitas, y site persiguen los animales, no se te dé nada ni mires para atrás. Cuando llegues al castillo del Cuerpo sin Alma, lo convidas a pelear, y después que lo mates se te va a convertir en un animal feroz, pero no le tengas miedo

y cuando mates también a este le sacas la hiel y la quemas. Entonces puedes entrar a la cueva del gigante y rescatar los ojos, que me los tiene escondidos debajo de siete colchones. Y no se te olvide de llenar estas otras dos botellitas con agua bruta, por si te las quitan por el camino.”

EL pequeño anduvo y anduvo hasta dar con el manantial del Agua de la Vida. Un águila, un león y una serpiente estaban a la orilla del manantial, vueltos para afuera y con los ojos tamaños. Los tres brutos llegaban a roncar. El pequeño fue y metió las dos botellitas al agua y volvió a montar en su caballito, corriendo que se las pelaba.

Primero lo alcanzó el águila; pero él, como habla tomado un trago de Agua de la Vida, le pegó un solo apretón debajo del brazo y la botó muerta a un lado. Más allá lo alcanzó el león, y le pasó la misma cosa. La serpiente no pudo darle alcance y ligerito la dejó perdida lejos.

Allá le salió el gigante a atajarlo:

— ¡Qué andas haciendo por aquí, gusanillo de la tierra!

—A pelear con vos vengo.

Pelearon un día entero, hasta que mató al gigante; pero entonces se le convirtió en un chanco jabalí; mató al jabalí y se le convirtió en una paloma. El pequeño se cambió en gavilán y la alcanzó. Una vez que le hubo sacado la hiel, la quemó y se vio libre del Cuerpo sin Almá. Debajo de la cama del gigante encontró los ojos del Rey envueltos en algodones y se fue a entregárselos.

Con unas gotas del Agua de la Vida que el Rey se roció en las cuencas, al ponerse los ojos le volvió la vista como si jamás en su vida hubiera estado ciego. El Rey se guardó una botellita y dejó que el pequeño le llevara la otra a la Reina.

Por el camino, el pequeño se encontró con sus hermanos, que volvían aburridos de preguntar por el Agua de la Vida.

—¿Y vos, diste con ella, tontito?

—Claro que sí, pues.

— Convidanos con un poco.

Les doy si acaso me dejan ponerles esta marquita más abajo de la cintura.

—Anda, tonto badulaque, qué te habís figurado.

—Entonces no les doy nada de Agua de la Vida, para que vean.

—Dejémoslo, hombre —le dijo un hermano al otro—, que nos ponga la marquita. ¡Qué tanto será!

El pequeño calentó el fierro y cuando estaba bien cobradito, se lo cargó al más grande.

¡Ay, tonto pícaro, que me llegó al hueso!

Después la volvió a calentar y marcó al otro bien marcado. A cada uno le dio su botella de agua bruta, y los dos se fueron adelante a dársela a la Reina. En llegando, le pasó su botellita el mayor; la Reina que la toma, y se pone a pedir confesión. Le dieron de la otra botella y comenzó a boquear.

En eso llega el pequeño y apenas le echó unas gotitas entre los dientes, la Reina se sentó en la cama y dijo:

—¡A ver, pásenme la ropa, que quiero levantarme!

Del gustazo que les dio, el Rey y la princesita abrazaron al pequeño y le hicieron muchísimos regalos. Todos quedaron muy contentos, menos los hermanos que se la juraron al tontito.

El día que iban a salir para la guerra, él le dijo al Rey, haciéndose siempre el leso:

—Yo también quiero carniar moros, patrón.

—¡Qué va a hacer éste, a estorbar allá! —dijeron los hermanos—. ¿No saben que un tonto no es bueno nada más que para una avería?

Pero el Rey se puso a reír y les dijo que lo dejaran ir no mas.

El pequeño se fue a la cocina y tomó el machetón que servía para picar carne y lo amarró en la punta de un hurgonero y se fue por esos callejones. Cuando vio que no lo veía nadie, dijo: de virtud, por la virtud que Dios te ha dado,

déjame que me convierta en un general que por donde pase no quede nadie ni para contar el cuento.

El pequeño se convirtió en un general tan bizarro que los otros parecían asistentes suyos cuando más. Iba montado en un caballo de siete colores que llegaba a echar fuego por los ojos. El Rey estaba en lo mejor de la pelea con los moros, y se estaba sintiendo afligido, cuando llega aquel guapo mozo que iba dejando la tendalada de moros en cada embestida que hacía. Al último los moros volvieron cara a perderse, de ver los estragos que comenzaba a hacer el del caballo de siete colores.

¡Atájenlo decía el Rey—, que quiero darle las gracias por lo que nos ha ayudado a ganar la pelea con los moros!

Pero el jinete se les escapó como jugando y el Rey se quedó con las ganas de saber quién podría ser. Al anochecer llegó el tontito, con un ratón ensartado en la lanza: “¿No ven como yo también sé matar moros?”, decía.

Al otro día iba a ser la definitiva. Los moros trajeron gente como nunca, y ya los del Rey iban reculando, cuando, hijitos, llega otra vez el general en el Caballito de Siete Colores y se los come vivos a los moros. Ahí no más se le acabaron todas las ganas de pelear.

—¡No me lo dejen escapar, por favor! —decía el Rey; pero, inútil, porque se fue como por entre los dedos.

El Rey se lo pasaba cavilando en cómo averiguar el paradero del general. Al fin discurrió hacer publicar un bando, prometiendo que le daría la mano de la Princesa al caballero que viniera a tirarle tres naranjas de oro al balcón. Mientras tanto, toda su gente estaría al aguaito para rodear al jinete y no dejarle escapatoria.

Tal como lo pensó, se hizo. El pequeño se fue en su caballito por allá detrás del palacio, y dijo:

—Caballito, por la virtud que Dios te ha dado, dame un traje que si el de ayer era bonito, éste diga afuera. Y quiero tres naranjas de oro que sea cada una más linda que la otra.

Llegó el Caballito de Siete Colores, y su jinete con una manta bordada que era un primor, se empinó en los estribos y le tiró las tres naranjas de oro a la Princesa. En esto estaba, cuando llegaron todos los mozos de Palacio y se lo llevaron por la fuerza al Rey. El Rey lo abrazó y al ver que era el tontito, le dijo:

— Ah, pequeño, con que eras vos el que me hizo sonar a los moros, ¿no? ¡Y yo que te creía pillando ratones guarenes por los albañales! Cuándo le parece que hagamos el casamiento? Yo soy muy gustoso de que sea mi yerno.

— Yo no me puedo casar, mientras estén en la Corte esos dos sujetos —le dijo el pequeño al Rey, señalándole a sus hermanos, que estaban que se los comía la envidia.

—¿Por que, hijo?

—Porque son mis esclavos. Si no lo cree, hágales bajarse los pantalones.

Los mozos dijeron que ellos no podían empelotarse delante de tanta gente; pero no, señor; ah mismo tuvieron que mostrar la marca de fuego, y salir a paso redoblado para donde no se volviera a saber de ellos en su perra vida.

Las fiestas del casamiento duraron como una semana. El caballero dueño de la chacra vino a acompañar a su hijo y congeniaron mucho con el Rey. El pequeño se despidió del Caballito de Siete Colores, que subió volando al cielo; y mandó que les repartieran las sobras de los manjares a los pobres. Hasta nosotros tocamos un conchito.

ALEJANDRO, MI AMIGO

Un Rey y una Reina, ya algo viejos, hablan tenido un solo hijo que se llamaba Alejandro. El joven salió muy aprovechado en sus estudios, y al poco tiempo vino el preceptora decirle al Rey que él ya no tenía más que enseñarle, que lo mandaran a aprender el ejercicio de armas.

Alejandro conoció allá al hijo del cónsul, que se llamaba Usebio, y se hicieron tan amigos que pronto llegaron a ser como mellizos. Los dos aprendieron a jugar al estoque a la perfección, y cuando ya se iban cada uno para su casa, Usebio le dijo a Alejandro, su amigo:

—Te voy a regalar este anillo con tal que me jures que no te vas a desprender nunca de él.

Usebio le dio un anillo de oro con su nombre y apelativo y él mismo se lo puso en el dedo.

Alejandro le prometió todo lo que quiso y se separaron llorando los dos amigos.

Alejandro se entretuvo en las vacaciones aprendiéndole la lengua a los pájaros. Un día que se andaba paseando por el jardín, vio dos pajaritos que se pararon en un naranjo y se pusieron a conversar. Un pájaro le decía al otro que quién podía figurarse que habla de llegar un día en que los dos Reyes viejos vendrían a servirle al joven, uno con la palangana y el otro con el paño para secarse las manos. Alejandro no pudo aguantar la risa al oír tamaño disparate, y los Reyes que

estaban asoleándose en el corredor lo oyeron y se enojaron con él.

— Hase visto pícaro como éste — le decía la Reina al Rey—, que después que lo hemos echado al mundo y servido de un todo, ahora se venga a reír de nosotros, porque nos ve viejos.

Esa misma noche resolvieron mandarle botar al mar, porque, como decían ellos, “si ya se nos ha puesto tan ingrato y quiere reírse de nosotros, qué más será cuando ya no podamos valernos solos; entonces nos echará al hospicio o nos mandará a la calle a que pidamos limosna”.

Pero el carpintero, que había visto al niño desde chiquitito, se conolió de él y le dejó unas rendijas encima al cajón para que pudiera tener aire. Alejandro anduvo varios días con sus noches dando tumbos adentro de su encierro, hasta que al fin el mar lo echó a una isla desierta donde el cajón se hizo astillas y saltó el joven más muerto que vivo a tierra.

En esa isla pasaría Alejandro bien sus cinco años, sin ver nunca un cristiano y falto de todo. Le creció un vello tan largo por todo el cuerpo que más bien parecía animal montés. Para no morir de hambre tuvo que aprender a cazar cabritos y manscar.

Una mañana amaneció un buque en la isla y Alejandro no dilató en tirarse a nado y subirse a bordo como un gato. Los marineros se asustaron al principio, de verlo con el pelo hasta los ojos; pero luego que lo afeitaron a navaja, se veía tan buen mozo que el capitán le dijo que lo iba a dejar para esclavo suyo.

Un buen día desembarcaron en un gran puerto donde había unos letreros que decían que el Rey de aquel Reino haría rico poderoso al que fuera capaz de adivinar lo que decían dos palomos que venían todos los días a pararse encima de un galpón que quedaba a un lado del palacio.

El capitán con toda su gente se acercó a los palomos que estaban ahí con un pichoncito: *Currucucutú, currucucutú..*

alegando todo el santo día; pero todos tuvieron que darse por vencidos, lo mismo que les habla pasado a los lenguaraces del Reino. Entonces el Rey le dijo al capitán.

—Y ese mozo, ¿por qué no lo dejas que vaya a oír lo que dicen los palomos?

—Su Carreal Majestá, ese mozo es mi esclavo —le dijo el capitán del buque.

— ¡Cómo!, ¡más parecís vos esclavo de él! —le dijo el Rey—. A ver, pase para acá, buen mancebo, y dígame si entiende algo de lo que dicen estos palomos, que ya estoy al volverme loco de curiosidad por saber lo que alegan.

Alejandro oyó un rato a las avecitas y le dijo al Rey:

—Ha de saber, Su Majestad, que estos palomos no han tenido más que un hijo: ese pichoncito que está ahí. El palomo dice que él lo engendró y que le ha dado el alimento, y que de consiguiente el pichoncito debe irse con él. Pero la paloma alega que el huevo era de ella y que ella lo empolló; y que el pichoncito debe irse con ella. Y vienen todos los días a la Corte, esperando que Su Majestad les defina el pleito.

— Está patente como la luz del día que el pichón debe irse con su padre que le dio el ser — dijo el Rey.

Sin más que oír esto, el palomo y el pichoncito cortaron volando para un lado, y la paloma solita para otro.

Todo aquel gentío se quedó con tamaña boca abierta de ver el despejo de Alejandro. No tardó el Rey en pagarle su rescate al capitán y le prometió casarlo con una de las Princesas de la Corte.

Tocó que ahí era donde vivía Usebio, y luego no más se encontraron los dos amigos y no se cansaban de abrazarse y de preguntarse por su vida.

Usebio estuvo muy alegre en el casamiento, y con las copitas se entusiasmó y le pidió a Alejandro que fuera esa misma noche a pedir para él la mano de la menor de las Princesas, con la que estaban ya palabreados. Alejandro puso una tabla medio a medio de la cama antes de acostarse, y dejó a Usebio

en su lugar y él se fue a carrerita a conseguirle la novia con el Rey. Su novia se acostó en el obscuro y se pegó un rodillazo en la tabla:

¡Quite esa tabla!

Ni una palabra.

—¿Quite esa tabla, le digo! —volvía a decir más enojada la novia de Alejandro. Y Usebio bien aferrado a la tabla, ni resollaba siquiera.

Al fin volvió Alejandro, contento a más no poder porque le habla ido bien en su diligencia, y se vino a acostar muy a la disimulada.

Pero la Princesa todo fue sentirlo y se levantó a buscar un vaso, le echó un puñado de veneno al agua que llegaba a hervir, se lo pasó a Alejandro y le dijo que se lo tomara de un solo trago para refrescarse.

Luego le comenzó una comezón por todo el cuerpo al pobre Alejandro y ligerito le salieron unos granos de este por. te, que le brotaba la podrá hasta la cara y no se podía aguantar la hediondez.

La Princesa se arrancó para su casa, porque ella no podía vivir con un hombre que estaba hecho una pudrición.

El Rey mandó buscar a Alejandro y en cuanto lo vio dijo que se lo llevaran lejos y le cortaran la cabeza para que no fuera a pegarle la lepra a nadie.

—*Y he draen los ojos de buesdra* —dijo el Rey a los de la guardia, tapándose las narices a dos manos y gangoseando.

Uno de los guardianes tenía una perrita con los ojos azules lo mismo que Alejandro, y les propuso a los otros que en vez de matarlo, lo dejaran botado por allá bien lejos para que muriera solo, y le llevaran los ojos de la perrita de muestra al Rey.

Usebio lloró mucho a Alejandro, su amigo; pero no pudo saber nunca lo que había sido de él. Cuando perdió las esperanzas de volverlo a ver, apuró el casamiento con la Princesa y se fue a vivir al palacio. Luego no más se murió la mujer de

Alejandro y ligerito le siguió los pasos el Rey, quedando Usebio para gobernar el Reino.

A Alejandro se le habla secado un poco la lepra, y en cuanto oyó a unos pajaritos que pasaban a invernarse las nuevas de que Usebio era ahora Rey, se puso en camino para ir a verlo. Alejandro estaba inconocible de viejo y andaba afirmado en un palo. Por el camino la gente no quería ni acercársele y le tiraba de lejos una garrita de charqui o un puñado de chicharrones, con tal de que siguiera su camino.

Alejandro estuvo horas de horas esperando frente al palacio por si salía Usebio, pero al fin se aburríó y se fue a hablar con un negro que habla en la puerta.

— Oye, negro, ¿quieres ir a decirle a tu amo que por Alejandro, .su amigo, me dé permiso para sentarme en un pisito en el corredor?

—¡Quítate pallá, cochino asqueroso! —le dijo el negro, haciéndose un lado—, ¿qué te habis figurado que éste es un lazareto?

Usebio oyó los reniegos del negro y lo llamó para adentro:

—¿Qué litigio tenias con ese pobre, vamos a ver?

— Primero me mata, mi Rey. ¡No igo nunca!

El Rey entró al cuarto de los aperos y sacó un látigo trenzado que dejó al negro medio rosillo con las marcas de las azotes.

— ¡No me pegues mas, mi amito! Lo que quiere ese podrío roto es que, por Alejandro, su amigo, lo eje entrar a sentarse al corredor.

¡Vaya, hombre!, por Alejandro, mi amigo, no digo eso haré —dijo el Rey—. Dile que pase a sentarse.

A la hora de almuerzo, Alejandro llamó otra vez al negro y le dijo:

—Anda a decirle al Rey que, por Alejandro, su amigo, me mande el primer plato que sirva.

—¡Mire el bonito precioso! —le dijo el negro y llegaba a bailar de rabia—. ¡Qué le van a servir a él primero que a

naide!

Allá lo llamó de nuevo Usebio.

—¿Qué te ha dado ahora con ese infeliz?

—Se va a enojar conmigo usted, mi amito. ¡No igo nunca! El Rey le dio otra felpa de azotes al negro que lo dejó tordillo al todo, hasta que la confesó, moqueando:

—Ice que por Alejandro, su amigo, le mande del primer plato que sirva, mi Rey.

—Vamos, llévale, hombre, que por Alejandro, mi amigo, no digo eso haré.

— ¡Toma, come hasta que te reventís! — le decía pasándole el plato de lejos el negro a Alejandro—. Y después se te antojará otra cosa y yo tendré que sacarte tamién.

—Negro, anda a decirle al Rey que por Alejandro, su amigo, me mande una copa de vino del mejor que tenga.

Allá llegó el negro a contarle al Rey lo que le pedía ahora el cuerpo al forastero.

— Por Alejandro, mi amigo, no digo eso haré. —Y le llenó la copa borde a borde.

— ¡Tómatalo too, cúrate y vomítate encima pa'que yo tenga que limpiarte después! —decía el negro pataleando de rabia.

Alejandro se tomó la copa hasta la mitad, se sacó el anillo que le habla regalado Usebio y lo echó adentro a la disimulada.

— Mira, negro, anda a decirle al Rey que por Alejandro, su amigo, se tome lo que he dejado.

El negro pegó un brinco más alto que esta casa, y casi se le saltaron los ojos.

— ¡Cómo!, ¡qué estáis diciendo! ¿Qué el Rey se tome lo sobrado tuyo? ¡No le igo nunca!

Allá salió el Rey con el látigo en la mano:

— A ver, qué es lo que dice ese hombre.

— ¡Que Su Majestá se ha de tomar el concho que ha dejado él en esta copa!

—Vaya, hombre, por Alejandro, mi amigo, no digo eso haré.

El que se empina el vaso, y el anillo que le da en los dientes.

—Y este anillo, ¿de dónde lo sacaste?

—Me lo hallé, señor.

no te lo podís haber hallado.

— Lo compré, señor.

— No, este anillo no se vende.

— Me lo regalaron, señor.

— ¿Quién te lo regalo?

Alejandro se paró y le abrió los brazos:

—Entonces, ¿tan desfigurado estoy, Usebio, que no me reconocís?

Se abrazaron una y otra vez y así pasaron para el salón. La Reina no estaba porque habla ido a visitar a unas amigas.

Alejandro le contó a Usebio todo lo que le habla pasado y cómo al saber que él era ahora Rey, se había venido para que le ayudara en la curación:

— El único remedio que tengo según me ha dicho un cuervo muy viejo que consulté, es darme un baño de pies a cabeza en la sangre de dos niños recién nacidos.

— ¡Qué casualidad! —le dijo Usebio —. ¡Y mi mujer que tuvo mellizos que todavía no los bautizamos, porque no enteran los cuarenta días! Apurémonos y así le daremos una buena sorpresa a mi mujer.

Fueron a la cuna donde estaban durmiendo los mellicitos; Usebio los degolló en una palangana y Alejandro se vacio toda la sangre de la cabeza para abajo hasta que quedó blanquito y limpiecito como si hubiera nacido de nuevo. Después se puso mi terno casi flamante de Usebio que le quedó como pintado al cuerpo.

Al sentir que llegaba la Reina, Alejandro se escondió en el ropero. Usebio la llevó para la otra pieza y le dijo:

—Hijita, ¿te acordáis de Alejandro, mi amigo?

—Claro que me acuerdo —dijo la Reina.

— Y si lo vieras, ¿crees que lo reconocerías?

—Como no pues, hijo. Pero qué sacamos con apenarnos, cuando hace tanto que murió el pobre.

En eso entró Alejandro, joven y buenmozo como antes, y la Reina lo abrazó contenta tal que si hubiera sido un hermano.

—Ahora falta lo mejor —dijo Usebio—. Pues, hija, te diré que para mejorar a Alejandro, mi amigo, no habla más remedio que bañarlo en la sangre de dos mellizos, y yo...

— ¡Qué vamos a hacerle! — dijo suspirando la Reina—. Por fortuna estaban moros todavía, y los enterraremos en el jardín.

En esto se fue para adentro y no tardó en volver, riéndose y llorando a la vez:

—¿Ha visto, Alejandro, qué marido tan bromista tengo yo? Venga a conocer los niños y a ver cómo están.

Ahí estaban los mellicitos, gorjeando, como si no les hubiera pasado nada.

Todo fueron celebraciones y paseos en la Corte hasta que un día le dijo Usebio a Alejandro, su amigo:

—Alejandro, sería bueno que hicieras un viajecito a ver a tus padres, que según he sabido están ya muy acabados y necesitan de alguien que gobierne por ellos.

Un propio fue adelante a prevenirles que se aprontaran para recibir al nuevo Rey, sin decirle una palabra quién era. Los viejos salieron a recibirlo, él con la palangana y ella con el paño para que se secase las manos. A Alejandro casi se le saltaron las lágrimas de verlos todos tembleques, pero les puso una cara bien seria y cuando terminó la fiesta y todos se fueron para su casa, les mandó que se sentaran uno a cada lado.

—Y ustedes, abuelitos, ¿no tuvieron ningún hijo que los heredara?

—No, señor —dijo el Rey.

— Me parece que ninguno — dijo la Reina.

—¿Cómo es eso? —les dijo Alejandro, poniéndoles cara fea.

—Sí, señor, creo que tuvimos uno —dijo el Rey.

— Pero nos salió tan sin entrañas —dijo la Reina — que lo mandamos botar al mar, porque habla dado en reírse de nosotros.

— ¿Y no volvieron a saber nunca lo que fue de él?

—No, señor —dijo la Reina—; es de suponer que se ahogó, nomás.

—A ver, mírenme bien, ¿no me reconocen? ¡Yo soy Alejandro!

Los viejos casi se cayeron del asiento del susto que les dio.

—Yo soy Alejandro, y les perdono todo lo que hicieron conmigo. Han de saber ustedes que yo no me estaba riendo <le ustedes, sino de la ocurrencia de unasavecitas que decían que ustedes vendrían un día, uno con la palangana y otro con el paño para que yo me enjugara las manos. Ya ven cómo todo salió cieno. Pero yo no les guardo rencor y para que vean que es así, denme una abrazo bien apretado.

—Ahora, ¡otro más fuerte!

EL PRINCIPE JUGADOR

Este es que era un Príncipe muy buenmozo que se llamaba Don Juan, pero tan enviciado en el juego, que no soltaba la baraja ni para comer. En la vecindad vivía un pícaro Fariseo que, a fuerza de trampas y maulas, se iba quedando con todas las posesiones del Príncipe, hasta que un día el joven ya no tuvo nada que apostar, y le oyó decir al Fariseo:

— Bueno, Don Juan, ¿qué le parece que si le gano a esta última carta, usted será en adelante esclavo mío para toda la vida?

Estaban jugando al monte, y el Fariseo, quien conocía los naipes por el revés y el derecho, estaba seguro de ganársela al Príncipe en un dos por tres. A Don Juan lo que menos le gustaba era ganar, porque decía que entonces los demás ya no querían seguir jugando.

—A la Sota voy —dijo Don Juan.

El Fariseo le echó el Rey en puerta.

—Me ganaste, Fariseo —le dijo Don Juan—. Mándame ahora lo que tengo que hacer.

—Mañana —le dijo el Fariseo— quiero, Don Juan, que se vaya tempranito a la Poza del Sauce y me forme un castillo que esté dando fuego para mi palacio.

Don Juan se fue con la cabeza gacha a ver por dónde quedaba la Poza del Sauce. Las tres hijas del Fariseo se esta-

ban bañando, y a Don Juan, que le gustaba la menor, que se llamaba Mariquita, se le ocurrió esconderle la ropa por ver si podía hablar con ella solita. Las hermanas dejaron atrás a Mariquita, afanada buscando su ropa, y entonces se presentó Don Juan, y le contó lo que le habla pasado con su padre, y la orden que le habla dejado de levantarle un castillo en la laguna que estuviera dando fuego para su palacio.

—No se le dé nada, Don Juan, que mañana usted me espera aquí en la Poza del Sauce y en cuanto yo llegue me corta presa por presa, me envuelve en un sábana y me tira al agua. Ya verá la fiesta que se forma. Cuando quiera que corte el fuego, me vuelve a sacar y me arma de nuevo, que quedaré la misma de antes.

Al otro día con el canto de las diucas se fue Don Juan para la laguna y se juntó con Mariquita. Con una navaja que ella le dio, la cortó presa por presa y la echó al agua envuelta en la sábana. De repente se formó un castillo que empezó a disparar tupido para el palacio. El Fariseo estaba durmiendo a pierna suelta cuando sintió aquel estruendo, que parecía que se venía el mundo abajo:

¡Pare, mozo, pare!, ¡que me va a dejar el palacio por los suelos! ¡Pare el fuego, Don Juan!

Cuando disparó todo lo que quiso, Don Juan sacó la sábana de la poza y puso a Mariquita presa por presa hasta que volvió convida. Ella se fue corriendo antes de que la fueran a echar de menos a sus hermanas y se lo contaran al Fariseo.

—Ah, se me olvidaba una cosa —le dijo-Mariquita, dándose vuelta de la mitad del camino—. Mi padre es brujo y le gusta alimentarse con carne de cristiano. Por eso, si ahora cuando llegue allá le pide él que pase la mano para verla, pásele nada más que el dedo chico. Y mientras tanto, Dios permita que se les forme a mis hermanas un jardín de flores en el camino, que se queden entretenidas hasta que yo les dé alcance.

Dicho y hecho. Apenas vio a Don Juan, el Fariseo le dijo de adentro: “A ver, joven, pásame la mano por la ventanilla”. Don Juan le mostró el dedo chico, como le habla aconsejado Mariquita.

— ¡Qué flaco viene! Pase para la cocina a que le den bien de comer. Al otro día, al rayar el sol, cuando se presentó Don Juan con los demás trabajadores, el Fariseo le dijo:

— Ponga dos yuntas de bueyes y me va a buscar una carretada de plumas a aquel cerro. - Tiene que estar de vuelta antes de las doce.

Don Juan se fue para el corral muy afligido y allá llegó Mariquita y le dijo:

— Por poco se aflige, Don Juan. Mire, váyase a la puerta del potrero y pegue un chillido, que los bueyes vendrán solos a enyugarse. Ahora tome este librito, y cuando llegue con la carreta a aquel cerro, siéntese dándole la espalda y póngase a leer, que ya verá.

Así no más fue. Todo fue abrir el librito, cuando se formó una nevazón que no se velan ni las manos, y en poco rato la carreta quedó llena hasta los mismos topes con plumas.

La mujer del Fariseo estaba esperando en el balcón que asomara Don Juan para llevarle las nuevas al viejo. Tan pronto como lo divisó, corrió para adentro a avisarle;

— ¡Figúrate que ya viene con la carreta oleando de plumas! Al Fariseo le dio rabia al ver á Don Juan con la facilidad

que le había cumplido el encargo; pero se mordió no más.

—Vaya a soltar los bueyes, y que le den bien de comer

—le dijo—. Mañana a la misma hora quiero que me vaya a buscar un canasto de brevas, uno de damascos y otro de duraznos. Y mucho cuidado conque no llegue temprano de vuelta.

En ese tiempo apenas estaban abotonando los huertos.

Mariquita vino más tarde a buscar a Don Juan y le dio tres clavos para que los plantara en la falda del cerro, después sa-

cara el librito y se pusiera a leer.

Así lo hizo Don Juan, y luego se vio a la sombra de una higuera que tenía los ganchos agachados de brevas. El durazno y el damasco, por lo consiguiente.

—Ahí viene este pícaro de Don Juan con los canastos tapaditos de fruta —dijo la vieja, refregándose los ojos—. A mi no me la quita nadie que alguien lo está ayudando con los secretos del Arte, ¿no te parece, hijo?

El Fariseo no aguantó más y le dijo a su mujer que fuera a afilar los machetes, que esa misma noche se iban a comer a Don Juan.

Tan pronto como se quedaron dormidas sus hermanas, Mariquita vino a juntarse con Don Juan y le dijo que tenían que irse esa misma noche, si quería salvar con vida. Le hizo cavar un hoyito en el suelo y le mandó que escupiera hasta llenarlo con su saliva. Después apagaron la luz, dejaron la cama bien arreglada y se fueron haciendo pininos por el corredor hasta salir al corral.

Mariquita dió silbidos y vinieron trotando los dos caballos mejores del Fariseo, uno que corría sesenta leguas y el otro cuarenta. En un decir Jesús los ensillaron y salieron.

A eso de las 11, el fariseo se vistió y bajo a tantear el sueño

a Don Juan:

—¿Don Juan?

— ¡Señor! — Era la saliva que había dejado Don Juan en el hoyito.

Un rato más tarde vino otra vez el Fariseo:

— ¿Don Juan?

—S-e-ñ-o-r —dijo la saliva más despacito, porque se estaba secando.

—Apróntate, vieja —le dijo el Fariseo a su mujer.

Esperó un buen rato y volvió a llamarlo:

— ¿Don Juan?

—*Mm* —fue todo lo que hizo lo que quedaba en el hoyito.

— ¡Ya está, nos fuimos! —dijo el viejo.

Los dos entraron al cuarto de Don Juan, cada uno con su machete bien afilado, y dar, y dar, no dejaron tira buena en el colchón.

—Yo creo que le corte la cabeza —decía la vieja.

—Y yo, ¿crees que le pegué con lástima?

—¡Mariquita, trae la vela!

Nada, ni una palabra. Volvía la vieja a llamar más fuerte:

—Mariquita, niñas, ¿no hay ninguna que se comida a venir con la palmatoria?

Al fin llegó una a trastabillones, medio dormida todavía. Para qué decir nada mejor la rabia que les dio a los viejos cuando vieron que no había ni muestras de Don Juan.

—¿Y Mariquita?

—Apostaría que esta pícara facinerosa ha sido la que le estuvo ayudando a Don Juan —decía la vieja—. Anda a montar a caballo y los matas adonde los alcances, viejo.

El Fariseo fue al corral y quiso llamar a su caballo que corría sesenta leguas; pero como ya le quedaban pocos dientes, de balde hacía magancias. Allá como a la media hora llegó rengueando una yegua medio cegatona de puro vieja. El Fariseo montó como pudo y salió al trote y al galope detrás de Don Juan y Mariquita. La vieja se quedó fraguando toda clase de encantamientos para hacer correr la bestia en que iba el Fariseo.

A fuerza de conjuros y de espuela, el mancarrón iba dándoles alcance poquito a poco.

Mariquita, tan pronto como divisó a su padre, se puso a decir:

—Dios quiera que los caballos en que vamos se vuelvan dos podridos eternos y Don Juan un repollo y yo una *guerita* bailando encima.

Cuando el Fariseo llegó allí, su animal se arretacó y comenzó a bufar de la fetidez que había donde quedaron botados los caballos de Don Juan y de Mariquita.

El viejo no tuvo más remedio que devolverse para su casa.

Cuando le contó a la vieja, casi se cayó muerta de rabia:

—No viste, viejo leso, que éstos son: Don Juan era el repollo y ella la pinguerita que estaba bailando encima. ¡Monta a caballo, que yo haré que los alcances otra vez!

Allá como a media tarde, Mariquita le dijo al Príncipe:

—Don Juan, creo que mi padre viene de nuevo siguiéndonos el rastro. ¡Dios quiera que los caballos que nos traen se vuelvan dos peñascos y nosotros dos galanes taloneando encima!

Al verlos, el viejo les preguntó:

—¿No han visto pasar hace poco rato a un joven con una jovencita que venían de a caballo por este camino?

—No, señor. Nosotros estamos aquí como veinte años y nunca ha pasado ninguna pareja por este camino.

El Fariseo ya se desarmaba de los años que hacia que no montaba a caballo y se puso a descansar lo andado. Al verlo, la vieja estuvo para arañarlo por lo torpe, que no había conocido que esos galanes no eran otros que Mariquita con su Don Juan.

—No importa —dijo la vieja—; yo voy a ver si estos pícaros se salen riendo de mí —Fue al corral y sacó casi a la rastra un pingo que tenía una matadura más grande que el lomo, le echó encima un libro de colchón y se largó detrás de Mariquita.

—Don Juan, por lo que alcanzo a divisar, ahora es mi madre la que viene detrás de nosotros. ¡Dios quiera que se forme entre ella y nosotros un río tan torrencioso que no lo pueda pasar!

La vieja se metió no más con su armazón de huesos al río, y salió al otro lado medio entumida.

— ¡Dios quiera — dijo Mariquita — que se forme ahora un río de podre, que ella no se atreva ni a acercarse a la orilla!

Pero la vieja se metió al medio y salió medio ahogada al

—Don Juan, ahora sí que creo que nos alcanza mi mamita. —Mariquita tiró un puñado de ceniza para atrás y dijo:

—Dios quiera que se forme un neblinazo que uno no sepa ni por dónde salir.

Pero la vieja, a tentones, salió al otro lado.

Mariquita se sacó un peine del moño y lo tiró al suelo:

—Dios ha de permitir que se forme un quiscal que el que se meta ahí! lo arañe hasta los ojos.

Pero la vieja se fue culebreando por aquí y por allá, hasta que paso.

— Virgen del Carmen — dijo Mariquita —, creo que mi mamita nos va a pillar, Don Juan. Dios ha de querer que se forme un brazo de mar, nosotros de este lado y ella del otro.

—Mariquita, hijita —suplicaba la vieja, con el caballo arretacado en una orilla — no dejes a tus padres que ya están con un pie en la sepultura, por irte con tu Príncipe jugador.

Pero Mariquita con la cabeza decía que no.

—Mariquita, hijita, devuélvete para casa, que te perdono todo lo que habís hecho con tus pobres padres.

Al fin se convenció que Mariquita estaba resuelta a irse con Don Juan, y entonces le echó su maldición:

— ¡Dios quiera que éste que te lleva te deje por ahí y no se vuelva a acordar más de ti!

La vieja se devolvió para su casa a desquitar su rabia con el Fariseo. Mariquita y Don Juan siguieron su camino más tranquilos:

—¿Será cierto, Don Juan —le decía Mariquita — que usted no se va a acordar más de mi?

— ¡Cómo se le ocurre, Mariquita, que me voy a olvidar de todo lo que usted ha hecho por un táure como yo!

Pero como la madre siempre es madre y la maldición que le echa a los hijos no se puede despintar, en cuanto llegaron Mariquita y Don Juan, él la dejó en una casa y se fue a ver a unos parientes que tenía en la Corte. Espaldas vueltas, memorias muertas. Don Juan no se volvió a acordar de su Mari

quita, tal como si en su vida la hubiera oído mentar.

El Rey recibió muy bien a Don Juan y lo convidó a alojar-se. Luego el mancebo se hizo muy amigo de dos jóvenes de la Corte y de la hermana de ellos. Y como los jóvenes sabían que había llegado una forastera muy donosa que se llamaba Mariquita, le dijeron a Don Juan que irían a hacerle una visita uno cada noche.

Primero le tocó a uno de los sobrinos del Rey. Mariquita lo recibió muy amable y le dijo, pasándole un peine:

—Tenga este peñecito, mientras yo voy a arreglarme un poco allá adentro.

Cuando el joven se vino a dar cuenta, ya estaba entrando luz por las rendijas.

— ¡Por poco no me quedo completamente calvo, por causa de esta pícara de Mariquita! — dijo el joven dando un salto, y tirando el peine por allá, salió a la carrera: pero no dijo nada a los otros de lo que le habla pasado.

Esa noche le tocó al hermano. Mariquita le pasó un libro, y le dijo que se entretuviera leyendo, mientras ella volvía.

A la madrugada, el otro se paró medio cegatón del asiento, tiró el libro al suelo y se fue todo confundido para su casa.

Don Juan les dijo que mejor convidaran a la tal Mariquita para allá. La esperaron con sus buenas once, y Mariquita y la novia de Don Juan se hicieron muy amigas desde que se vieron. Después de levantar la mesa, Mariquita propuso que jugaran un juego de su invención para pasar la tarde. Ella tiró dos canas y salieron un gallito y una pollita. La pollita se paró delante del gallito, y le preguntó:

— ¿Te acordáis, gallito, de cuando me, escondiste la ropa en la Poza del Sauce y yo te dije cómo tenias que hacer para levantar un castilo en la laguna y dar fuego al palacio, y que me descuartzaras y me echaras al agua dentro de una sábana?

— No me acuerdo — dijo el gallito.

—¿Te acordáis, gallito, de cuando mi padre te mandó a

que le llenaras una carreta de plumas y yo te di un librito para que lo leyeras, mientras llovían plumillas?

—No me acuerdo —dijo el gallito.

—¿Te acordáis, gallito, de cuando mi padre te mandó en tiempo de la brota a que le trajeras un canasto de damascos, otro de duraznos y uno de brevas, y yo te di tres clavos para que los plantaras a la orilla del cerro?

—No me acuerdo —dijo el gallito.

—¿Te acordáis, gallito, cuando mi padre te iba a matar y yo te hice llenar un hoyito con saliva y la misma noche nos arrancamos en un caballo que corría sesenta leguas y el otro cuarenta?

—No... me parece que no me acuerdo —dijo el gallito.

—¿Te acordáis, gallito, cuando mi padre nos iba a alcanzar y yo hice que los caballos se trocaran en dos podridos eternos y usted en un repollo y yo una pinguerita bailando encima?

—No, me parece que no me acuerdo —dijo el gallito.

— ¿Te acordáis, gallito, cuando mi padre volvió a seguirnos, y yo hice que nos cambiáramos en dos galanes taloneando encima de dos peñascos?

—No, me parece que no me acuerdo —dijo el gallito.

—¿Te acordáis, gallito, de cuando mi madre llegó detrás de nosotros y yo le puse por delante un río y después un río de podre, una niebla oscura como la noche y ‘un quiscal que

no se podía pasar?

— Vaya .— dijo el gallito—, ¡como que me voy acordando!

—¿Te acordáis, gallito, cuando mi madre pasó, y yo hice que se formara un brazo de mar, ella de aquel lado y nosotros de éste?

—¡Ya me voy acordando! —dijo el gallito.

—¿Te acordáis, gallito, cuando mi madre me echó la maldición y me dijo: “Que ese que te lleva no se vuelva a acordar nunca más de vos”?

— ¡Ahora sí que me acordé! —dijo el gallito. Y Don Juan

se paró de su asiento y abrazó a Mariquita. “¡Esta si que es mi mujer!”

— ¿Y yo — dijo la jovencita de la casa—; cómo voy a quedarme con todos los aprontes del casamiento? Para no perderlo todo, seré la madrina, si les parece.

Y hubo una semana de fiesta, carreras, títeres, de cuanto hay, y hasta un traguito alcanzó para su pobre tío Ventura.

CARTILLA DEL LENGUARAZ

Aguatarse, hincharse del mucho ingerir bebidas simples. (Enaguacharse.)

Ajisado, enojado, irritado, por similitud con el efecto que causa el ají picante.

Asorochado, falta de aliento, como el que sufre de puna o soroche.

Bayo, catafalco sencillo en las iglesias de campo.

Botines, zapatos de caña alta, con tela elástica en los costados.

Cabezón, ponche cabezón, cargado de aguardiente.

Cabresto, látigo corto (cabestro).

Cacharpas, las prendas que sirven de abrigo y de cama al pobre.

Cartera, bolsillo; también bolsico.

Causeo, comida improvisada, sin beneficio de cocina.

Catas por loros, una cosa por otra engaño.

Cocaví provisiones de viaje, tan indispensable como la coca al indio del Altiplano.

Conchito, conchos, golosinas que sobran de una fiesta. También el menor de la familia.

Contimpliques, contemplaciones, andarse con miramien-

tos.

Corrimiento, dolor neurálgico, hinchazón causada por un absceso.

Convino, “como convino, y no como conviene”, tolerablemente ebrio.

Corvo puñal corto de punta engarfiada.

Cuarta, medida de un cuarto de arroba para líquidos.

Curado (alfiler curado), embrujado, capaz de causar maleficio. También el estado de ebriedad.

Chiflar, silbar.

Chorear, rezongar, protestar.

Chonchón, pájaro de mal agüero; guairabo. A veces el chuncho.

Chiquero, recinto cerrado para el ganado menor. Habitación sucia y maloliente.

Descomedido, desatento, de mala voluntad.

Devorado, abandonado, de desecho.

Embagunado, embadurnado, empantanado.

Encaracharse, encararse en forma desafiante, insolentarse.

Enterado, orgulloso, envanecido.

Fariseo, algún prestamista judío, probablemente.

Forondo, orondo, ufano.

Gotacoral, ataque de convulsiones, epilepsia.

Guaina, comenzando la edad viril.

Guqietazo, aletazo, golpe de molinete.

Guaras pasos y posturas añadidos al baile. Perifollos.

Guargiiero, garganta, tragadero.

Hebreo, una manera más elegante de decir ebrio.

Impávido, embobado, distraído.

Laja, piedra rodadá, lasca.

Launa, laguna.

Lianza, crédito por una temporada.

Loro, el ladrón que se queda vigilando para dar la alarma.

Machi, médica, hechicera, curandera.

Magancias, gesticulaciones, carantoñas.

Majada, hato de cabras u ovejas.

Marchante, amante.

Mercedario, el ponche de leche, por alusión al color de los hábitos de la Orden.

Milico, soldado, militar.

Mocho, hermano lego.

Motas, pelo ensortijado de los negros.

Mudando, al venir la segunda dentición.

Mujas, pepas de sandía de color pardo o leonado; muscas.

Once, refrigerio de media tarde.

Otomías, picardías, maldades.

Otra Banda, del otro lado de la cordillera; la tierra de los cuyanos.

Pana, hígados; valor; sangre fría.

Para seco de la sin fin, para sécula sin fin.

Pensión, melancolía aguda.

Piedra azul, avaro; por el color de la piedra bruta que no rinde metal.

Pierna de Judas, de la piel de Judas; incorregible.

Pilchas, atavío del pobre.

pinguerita, el picaflor.

Pinínos, andar en puntillas; pinitos.

Pirquito, rebosante.

Pitar, fumar.

Plata de cruz, moneda colonial marcada con una cruz a falta de cuño.

Podre, pus, podredumbre.

Pucho, colilla de cigarro. Puchito, se aplica por cariño al hijo menor.

Quilín, pelo de las crines.

Rasca, borrachera.

Retén, cuartelillo de policía.

Reyuna, moneda del tiempo del Rey.

Rial, saliva; caérsele la baba.

Su Carrrial Majestd, Su Sacra Real Majestad.

Taitita, padrecito. Tatay.

Talento, buen juicio. Sin talento; sin seso.

Temerída, una barbaridad; con exceso.

Ten-con-ten, paso a paso.

Totorales (en los mismos), muy próspero; más prominente que la totora del techo.

Truchímán, bribonzuelo. Trujamán.

Turumba, lo hizo turumba; lo zarandó a su gusto; lo hizo perder el tino.

Tuto, canilla..

Vilote, acobardado; de ánimo vil.

Zumba (de azotes)m tunda.

EXPLICACIONES DEL AUTOR

La primera parte de **“Mi Tío Ventura”**, lo que podría llamar propiamente la porción biográfica y anecdótica del personaje, la escribí en 1930, durante las primeras vacaciones que pasé en mi tierra de Aconcagua, después de años y años en el extranjero. (Cuando algún amigo práctico insiste en que le precise lo que entiendo por “mi tierra” —si es algún fundito de la familia o una mera casa de campo de mi pertenencia, y hasta si me deja sus buenos pesos, un año con otro —, yo me veo obligado a reconocer que con ello no pretendo marear un pedazo de lo propio, sino que estoy ejercitando ese derecho de posesión que todos creemos tener en abstracto sobre el rincón nativo, por el puro derecho de nacimiento.) Al escribir de gentes y sucesos menudos de mi niñez, se me ocurrió que otros podrían hallar entretenimiento en lo que yo me complacía en evocar en la edad madura; y mandé lo escrito a un Concurso Literario que se hallaba abierto por esos días en Santiago. Como la brevedad del relato, la escasez de episodios sentimentales y amorios, o el hecho de tratarse de un jurado individual para un gran número de trabajos de diversa índole, no me diesen siquiera una mención entre los

concurantes, dejé a un lado esas niñerías para continuar ateniéndome a mis tareas de traductor y de colaborador de diarios y revistas. Pero, dos años más tarde, el entusiasta empeño de doña Amanda Labarca me hizo revivir la idea de completar un volumen para darlo a la Colección de Autores Chilenos de la Empresa Letras, añadiendo a “Mi Tío Ventura” algunos de los cuentos a que en ese relato se hace referencia.

Estas circunstancias accidentales explican la satisfacción, no exenta de sorpresa, con que el autor hubo de recibir los elogios de la crítica a la aparición del libro en 1935, luego el Premio “Atenea” de la Universidad de Concepción y, por último, el anuncio de que se había agotado la edición original. Entretanto, muchos profesores de castellano hablan incorporado la lectura de los cuentos de “Mi Tío Ventura” en sus programas de clases, a la vez que en las cátedras de Literatura Hispanoamericana que profesan en el Instituto Pedagógico Mariano Latorre y Ricardo Latcham se iba estimulando entre los futuros maestros de nuestros liceos un interés razonado y hasta sistemático en los autores criollos.

Entre todos los autores de cuentos para niños, la fantasía extravagante de ese profesor de matemáticas que se firmaba. Lewis carrol acaso lo que mejor responde hasta hoy al caprichoso barajar de los acontecimientos y a la lógica paradójal de la imaginación del niño. En cuanto a Andersen, la mayoría de sus fábulas alcanzan una intención filosófica y un fervor poético que sobrepasan la comprensión infantil. Los hermanos Grimm y Charles Perrault son probablemente los autores individuales que han logrado una fusión más feliz de la robusta vena popular con la belleza depurada del arte: la espontaneidad de la concepción oral con la concreción intencionada del escritor.

Pero si se quiere conservar todo el espíritu del pueblo en las historias populares escritas, no hay que ser demasiado exigente ni en el lenguaje ni en la finalidad. Por una parte, sería

absurdo pedirle una pulcritud estricta a quien ha creado sus leyendas bregando mano a mano con la vida en las más rudas circunstancias. Tampoco sería justo esperar siempre una moraleja ejemplarizadora de quien se ha debatido cara a cara con la realidad. Todo lo que puede exigirse a un recopilador de esas historias que pretenda hacer con ellas una versión artística, es justamente, a mi ver, que respete hasta donde sea capaz la moralidad artística, excluyendo de su trasposición la chabacanería, la profusión de detalles injustificados, el torpe alarde verbal; todo eso, en fin, con el mal narrador va recargando y desfigurando el relato.

En lo fundamental, lo que podríamos llamar la ética popular es también parte de una filosofía. El pueblo no se hace escrupulo por palabreja más o menos, y no es suya la culpa de que a otros les suene a crudo lo que para él representa lo familiar. Torpe como es el pueblo, cruel a menudo por ceguera o encallecimiento, distingue, sin embargo, entre lo que daña fatalmente y el daño intencionado y mezquino. No se escandaliza mayormente porque alguien se aficione de sobra a la bebida o porque el diablo tienta al hombre y la mujer. Hasta perdona que alguno mate por pasión o borrachera; de éste dice que le tocó en suerte *fatalizarse*; y de la soltera apasionada o condescendiente, dice que tuvo un descuido. Pero lo que no perdona el pueblo son los verdaderos pecados capitales: la tiranía y el abuso del poderoso; la simonía en el cura o la prevaricación del juez; la codicia que deja en la calle a la viuda con sus huérfanos; la cobardía que se encarniza en el débil; la avaricia que lo resume todo en su apetito de lucro; la soberbia que pretende desconocer el molde común a la naturaleza humana. Ni siquiera perdona de buena gana el pueblo los pecados de omisión: la falta de arrojo en el hombre y de decoro en la mujer, aun la falta de alegría o de ingenio. Al que nace idiota, lo disculpa llamándolo inocente; pero al romo de voluntad o de espíritu, a éste lo persigue el pueblo con los alfilerazos de su socarronería,

cuando no se afana en compensar con los recursos de la intención picaresca las desigualdades del nacimiento y la fortuna.

El folclore, como se ha dado en llamar en todas las lenguas cultas al estudio de las costumbres y tradiciones populares, aparece, así, como una aplicación del psicoanálisis a la conciencia colectiva; una trasposición de los sueños individuales al subconsciente de la multitud. El nos ofrece una confesión en clave de las represiones morales del pueblo, de sus aspiraciones contenidas, de sus simpatías y aversiones, empapado todo eso en la savia turbulenta y cálida de su vitalidad inextinguible. Los cuentos populares serían, de consiguiente, sueños en alta voz, en que el niño-pueblo va confesando como sin advertirlo su concepción de la vida y del hombre, sus aspiraciones y sus rencores. El propio misterio, el mundo del espíritu y del más-allá, se reflejan en él como la imagen invertida de este mundo. A los grandes de la tierra, igual que a los antiguos reyes, los supone gente tan llana y campechana como un buen patrón de fundo, sin otra diferencia que su manía de estar siempre amenazando con mandar cortarle la cabeza a éste o a aquel otro. El pueblo nos dice además por boca de sus personajes que la astucia y el ingenio pueden burlar y deben enseñorearse al fin de la fuerza bruta, y que a menudo el ladrón, el rústico y el vago saben sacarle más partido a la vida y resultan incomparablemente más simpáticos que aquellos que afean las virtudes de la honradez, el estudio o el trabajo a fuerza de extremarlos en su provecho.

En cuanto a la finalidad moral de estos cuentos, lo mejor sería no buscarla siempre en un sentido demasiado literal. Sus fábulas son experiencia animada, son la tradición inmemorial y multitudinaria, son juegos de la fantasía socarrona y despreocupada del pueblo a través de incontables generaciones. Si alguien se empeñase en intentar una corrección de las consecuencias poco ejemplares que creyera ver en ciertos relatos, acaso tuviera que arrepentirse al considerar que un día el niño apartará los ojos del libro para encarar el mundo real. -E.M.*

1933-1938.